



SEGUNDA ÉPOCA
XV ANIVERSARIO (1998 - 2012)

Julían del Casal

(IN MEMORIAM)

COMP. F. MORÁN



Julían
del Casal
(IN MEMORIAM)

© Francisco Morán. 2012
of this edition © Stockcero 2012
1st. Stockcero edition: 2012

ISBN: 978-1-934768-53-2

Library of Congress Control Number: 2012941255

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

ÍNDICE

AQUEL NOMBRE TAN BELLO: ASEDIOS A JULIÁN DEL CASAL

LA HABANA ELEGANTE. JULIÁN DEL CASAL IN MEMORIAM

Presentación por Francisco Morán	7
Bibliografía de Julián del Casal	13
Bibliografía sobre Julián del Casal	13
La última velada. Fragmento de una crónica de El Museo. 1883.	21
A través de los mares. Carta villana por Francisco Chacón. 1886.	22
Ecos y Murmullos. Crónica de La Habana Elegante. 1887.....	22
Hojas al viento por Enrique José Varona, 1890.....	22
Sociedad literaria hispano-americana. Fragmento de una crónica de El Porvenir. 1891.....	24
Nieve por Enrique José Varona. 1892.....	25
Julián del Casal por José Martí. 1893.	26
Una carta de Eduardo Rosell y Malpica. 1893.	28
Julián del Casal por Rubén Darío. 1894.	29
Una carta de Enrique Hernández Miyares a Rubén Darío. 1894.	31
Julián del Casal en el Diario del Teniente Coronel Eduardo Rosell y Malpica. 1895 y1896.	33
Julián del Casal por Esteban Borrero Echeverría. 1895.....	33
Del Epistolario de Juana Borrero a Carlos Pío Uhrbach. 1895.	34
Julián del Casal por Manuel Márquez Sterling. 1895.	36
El General Lachambre. Recuerdo de La Habana por Rubén Darío. 1895.....	38
Julián del Casal. El hombre y el Poeta por Aniceto Valdivia (Conde Kostia). 1897.	39
In Memoriam. El lirio de Salomé por Esteban Borrero Echeverría. 1899.	40
El espíritu de Casal por Manuel Márquez Sterling. 1902.	42
Crónicas sentimentales. Nuestra visita a Casal por Federico Uhrbach. 1907	42
Filmes habaneros. El poeta Julián del Casal por Rubén Darío. 1910.....	44
La estatua a Casal por Aniceto Valdivia. 1910.	45
Manuel Serafín Pichardo por Rubén Darío. 1911.	47
Por el busto de Casal. Carta a Enrique H. Miyares por Emilio Bobadilla. 1911.	48
Visitas al cementerio por Pedro Giralt. ¿Fecha?	48
Canto Élego por José Manuel Poveda. 1912.	50
Casal por Arturo de Carricarte. 1912.....	51
Las mujeres por Julián del Casal. Correspondencia de la semana. 1887.....	54
La sombra de Casal. Higinio J. Medrano. 1913.	54
Cartas a los orientales. Carta de Elpidio Estrada a [José] Manuel [Poveda]. 1916.....	56
Casal por Emilio Roig de Leuchsenring. 1937.	57
Fragmento de una carta de José Lezama Lima a Juan Ramón Jiménez. 1940	57
Viejas postales descoloridas. La celda de Julián del Casal por Federico Villoch. 1938.	57
Viejas postales descoloridas. La celda de Julián del Casal por Federico Villoch. 1941.	59
Julián del Casal por José Lezama Lima. 1941.	61
Julián del Casal por Gustavo Duplessis. 1944.....	75
Evocación de Juana Borrero (fragmento) por Dulce María Borrero. 1945.	78

Las tardes de la Galería Literaria por Federico Villoch. 1945.	81
Las imágenes posibles (fragmento) por José Lezama Lima. 1948.	84
Julián del Casal por Raúl Roa. 1954.....	84
Ausencia y Presencia de Julián del Casal por Dulce María Loynaz. 1956.	86
Martí y Casal por Juan Marinello. 1958.....	95
¿Casal... o Martí? por Virgilio Piñera. 1959.	97
La poesía por Virgilio Piñera. 1960.	98
«NUESTRO ESCANDALOSO CARIÑO TE PERSIGUE»: CENTENARIO DEL NATALICIO DE JULIÁN DEL CASAL (1863-1963): TEXTOS Y CONTEXTOS	
Introducción por Francisco Morán.	103
«Alucinado, neurótico, desesperado, blasfemo, nihilista...» por Mirta Aguirre. 1963.....	106
Julián del Casal en su Centenario por Cintio Vitier. 1963.....	107
La opereta cubana de Julián del Casal por Lorenzo García Vega. 1963.	121
Oda a Julián del Casal por José Lezama Lima. 1963.....	131
La pintura y la poesía en Cuba (siglos XVIII y XIX) (fragmento) por José Lezama Lima. 1966.	133
Conferencia sobre Gabriel de la Concepción Valdés, Plácido (fragmento) por José Lezama Lima. 1966.....	133
Juan Clemente Zenea (fragmento) por José Lezama Lima. 1967.	134
Confluencias (fragmento) por José Lezama Lima. 1968.	135
Fragmento de una carta de Lezama Lima a su hermana Eloísa. 1969.	136
Naturalmente, en 1930 por Virgilio Piñera. 1976.....	137
El sol en la nieve por Raúl Hernández Novás. ¿198...?	137
DONDE ESTÁ CASAL: «LA JUVENTUD DEL CENTENARIO» Y LA HABANA ELEGANTE. CENTENARIO DE LA EDICIÓN DE NIEVE (1892-1992) Y DE LA MUERTE DE CASAL (1893-1993).	
En busca de Casal y de La Habana Elegante. Presentación por Francisco Morán.	139
Coloquio Julián del Casal: su purpurino rastro. Programa. 1992.	145
La Sociedad de los Poetas Muertos por Ismael González Castañer. 1993.....	146
Casal en Nosotros, que es en mí. Ismael González Castañer. 1993.	148
À rebours por Abilio Estévez. 1992.	152
Casal disputado y una nota al pie por Víctor Fowler. 1993.	153
Coloquio Julián del Casal, cien años después. Programa. 1993.	166
Estertores de Julián del Casal por Pedro Marqués de Armas. 1993.	167
Muerte de los calamares (fragmento) por Rolando Sánchez Mejías. 1993.	172
Casal contemporáneo por Antonio José Ponte. 1993.	175
Carta de pésame de Santos Lamadrid a Carmen del Casal y de la Lastra (fragmento).....	178
En la tumba de Julián del Casal por Francisco Morán. 1993.	178
Era duro el invierno, por Sigfredo Ariel. 1993.....	179
En Cuba 4, junto a Casal, por Norge Espinosa. 2000.	179
Carta de Enrique Hernández Miyares a Carmen del Casal de Peláez (fragmento).....	181
Casal y compañía: el simposio de 1993 en La Habana, por Oscar Montero. 2011.	181
Carta de Ben A. Heller a Francisco Morán. 2012.	184
El camino de Damasco por Francisco Morán. 2007.....	185
NÚMERO-HOMENAJE DE LA HABANA ELEGANTE A JULIÁN DEL CASAL: 29 DE OCTUBRE DE 1893	
Julián del Casal por Enrique Hernández Miyares.....	189
Casal por Manuel Sanguily.	191
En el entierro de Casal por Mercedes Matamoros.	191
Mi deuda por Ricardo del Monte.	191
Elegía por Jacobo Dz Santi.	194
Recuerdos e impresiones por Rafael Montoro.	194
Casal por Manuel Serafín Pichardo.	195
Julián del Casal por Enrique José Varona.....	196

Julián del Casal por Alfredo M. Morales.....	196
Apoteosis por Lola Rodríguez de Tió.	197
Julián del Casal por Manuel de la Cruz.	197
Quién sabe...! por Ramón A. Catalá.	198
Casal por E Diez Gaviño.....	198
Poeta y colono por Nicolás Heredia.....	199
¡Julián! por Aniceto Valdivia (Conde Kostia).	199
Carta de Nicolás Azcárate a Enrique Hernández Miyares.	200
Palida Mors por Bonifacio Byrne.....	200
Julián del Casal por América Du-Bouchet.....	200
Julián del Casal por Martín Morúa Delgado.	201
Pobre!... por Federico Villoch.....	202
Pobre Casal...! por Elga Adman	202
La tumba de Casal por Felipe L. de Briñas (hijo).	203
Julián del Casal por Guillermo Schweyer Lamar.	203
Todo al amigo por Gastón Mora.	203
No conocía a Julián del Casal... por Manuel S. Carvalho.....	204
Pocas veces hablé con Casal... por Raimundo Cabrera.	204
A su memoria por Wenceslao Gálvez.	205
Nacemos para morir... por Carlos Ciaño.....	205
Julián del Casal... por Ramón Meza.....	205
Julián del Casal por José E. Triay.....	206
Homenaje por Gonzalo Aróstegui.....	206
En la muerte de Casal por Román Mora.....	207
A J. del Casal por Louis Montané.	207
Nota biográfica por Domingo Malpica.	208
Julián del Casal por Julio Santamarina.	209
Julián del Casal por R. P. Zoell.....	210
¡Pobre Casal! por E. Elósegui y Díaz (incognitus).	210
Recuerdo de estudiante por Arturo Mora.....	210
¡Pobre Julián! cantando sus tristezas... por Abelardo Farrés.	211
Ante la tumba de Julián del Casal por Antonio C. Zamora.....	211
Casal por Enrique Barbosa.	211
A Julián del Casal por Dos Amigos.....	212
Casal (notas íntimas) por Francisco Chacón.....	212
Un pensamiento por José de J. Márquez.....	213
A Julián del Casal por Lola Rodríguez de Tió.....	213
Muerte y vida por Juan B. Ubago.....	214
Casal y su epitafio por César de Madrid.	214
Julián del Casal por Aristides Mestre.	215
Casal por Eulogio Horta.	215
Julián del Casal por Álvaro de la Iglesia.....	216
Según Víctor Hugo... por Manuel Morphy.	216
Una opinión por Enrique Novo.	216
Estrofas por Federico Uhrbach.....	216
21, de octubre del 93 por A. Pz-Cllo.	217
A Casal por Raoul Cay.....	217
La quimera por B. Tió Segarra.....	217
Fragmento por Alvaró Catá.	217
Episodio por Enrique Fontanills.	218
Cáncer oculto por Pedro Mendoza.....	218
Lágrimas por Francisco García Cisneros.	218

Casal por Ignacio de Sarachaga.	219
Julián del Casal por F. Basoa Marsella.	219
-- Mal día es hoy para mí – por A. Miranda.	219
Hojas al viento (romanza para piano) por Hubert de Blanck.	220
Julián del Casal por Recaredo.	222
Al insigne poeta Julián del Casal por José Hernández Lapido.	222
A Julián del Casal por Ricardo Rodríguez Cáceres.	222
A Casal por Wenceslao de Sotolongo.	222
A la memoria de Julián del Casal por José Alejandro Cubria.	223
Pensamientos por Julián del Casal.	223
Cuerpo y alma por Julián del Casal.	225
Julián del Casal por El País.	226
Julián del Casal por La Discusión.	226
Julián del Casal por Aniceto Valdivia (Conde Kostia).	226
El entierro por C. K.	229
Julián del Casal por Justo de Lara.	230
El poeta Casal por Enrique Fontanills.	231
Julián del Casal por Diario de la Marina.	232
Obituario por Boletín Comercial.	232
Julián del Casal por Diario del Ejército.	232
Julián del Casal por El Comercio.	233
El entierro de Julián del Casal por El País.	233
Julián del Casal por La Unión Constitucional.	234
Julián del Casal por Avisador Comercial.	234
Julián del Casal por El Fuego.	235
Julián del Casal por Antonio de Funes y Morejón.	235
In Memoriam † de 21 de octubre de 1893 por Justo José de Cárdenas.	235
Julián del Casal por La Caricatura.	236
Julián del Casal por El Fígaro.	236
Aviso de la Redacción (sin firma)	238

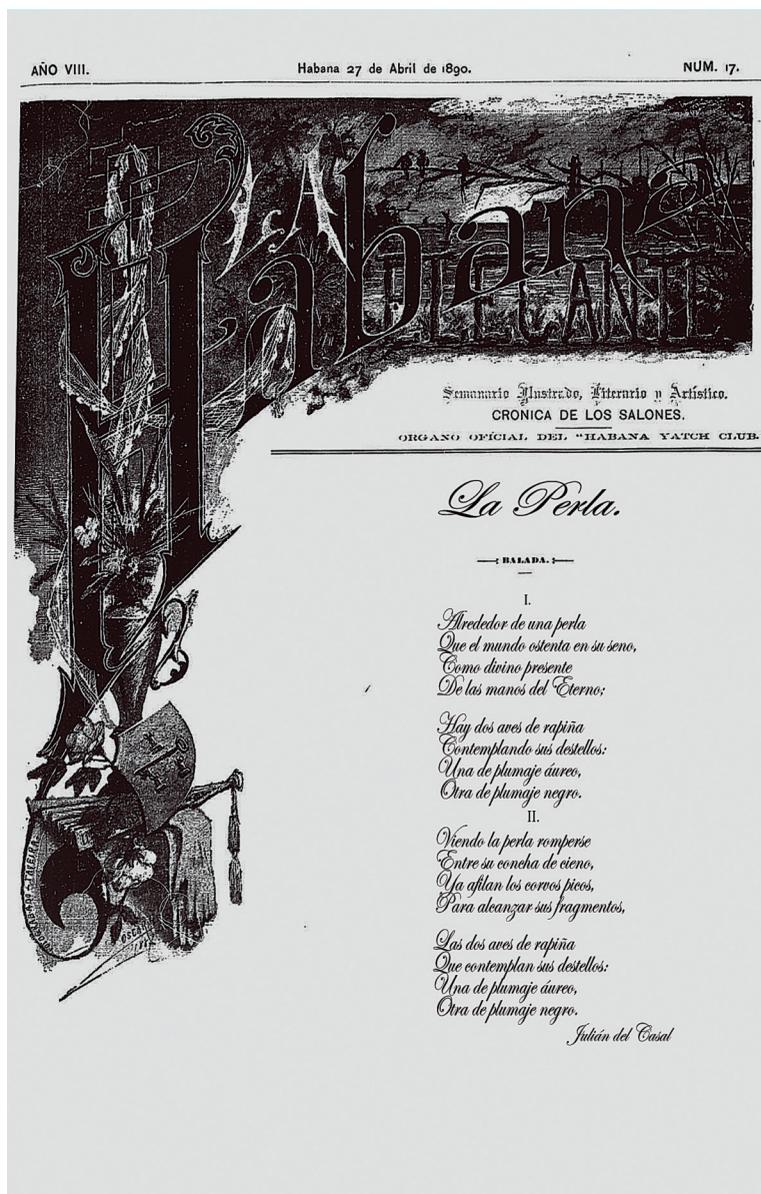
La Habana Elegante. Julián del Casal In Memoriam

Presentación

FRANCISCO MORÁN

La edición que el lector tiene ahora en sus manos — gracias al inestimable apoyo de la editorial Stockcero, y de su director Pablo Agrest — es la realización cabal de

Con motivo de arribar al 149 Aniversario del nacimiento del Casal, al 119 aniversario de su muerte y a los primeros quince años de la edición online de *La Habana Elegante* (1998), hemos querido ofrecer la reedición, corregida, ampliada, y cuidadosamente impresa de aquélla que salió bajo el sello de la Casa Editora Abril, en La Habana, 1993: *La Habana Elegante. Julián del Casal In Memoriam* al cumplirse el Centenario de la muerte del poeta. Además de haber sido una impresión limitada — hasta el punto de ser hoy una publicación de coleccionistas — y de la pobre calidad del papel que se usó en ella, de los errores tipográficos y de impresión con que salieron algunos ejemplares, como es el caso



La Perla.

— BALADA. —

I.
 Alrededor de una perla
 Que el mundo ciscita en su seno,
 Como divino presente
 De las manos del Eterno:

Hay dos aves de rapiña
 Contemplando sus destellos:
 Una de plumaje áureo,
 Otra de plumaje negro.

II.
 Viendo la perla romperse
 Entre su concha de corno,
 Ya agitan los corvos fieros,
 Para alcanzar sus fragmentos,

Las dos aves de rapiña
 Que contemplan sus destellos:
 Una de plumaje áureo,
 Otra de plumaje negro.

Julián del Casal

del que conservo, esa edición no fue el resultado de la propuesta inicial. En primer lugar, porque algunos textos como el ensayo de Lorenzo García Vega fueron objeto de la censura; y luego, porque no se reprodujo la edición original que *La Habana Elegante* dedicó a Casal el 29 de octubre de 1893, a solo pocos días de su muerte.

lo que intentamos hacer en Cuba, en 1993. El hecho que señalamos es extremadamente revelador y merece un comentario aparte. Hay que destacar que la presente edición no pudo realizarse a cabalidad en Cuba por la falta de apoyo institucional. En contraste, Stockcero — que cuenta ya con un más que respetable catálogo dedicado, como su nombre lo indica, a satisfacer las demandas curriculares de cursos académicos en y fuera de Estados Unidos — no solo acogió con entusiasmo el proyecto, sino también la idea de que este tuviera el carácter especial que propusimos.

Es de esto, precisamente, de lo que quisiera conversar brevemente con los lectores. Esta edición dedicada a Casal pudiéramos decir que «se sale» aparentemente de los objetivos editoriales de Stockcero. En primer lugar, porque no se trata de reeditar la obra de Casal en cuanto tal, ni incluso de un estudio académico de la misma. No obstante, lo que aquí ofrecemos resulta a la larga de suma importancia para los estudiosos tanto de Casal como del modernismo, y constituye en sí mis-

mo una importante fuente documental y por tanto de investigación. En primer lugar porque hace con Casal lo que quizá no se haya intentado antes con ningún otro escritor del modernismo hispanoamericano: compilar las diferentes lecturas, tensiones en el interior de la crítica, desde el momento en que comienza a llamar la atención de críticos y escritores hacia 1883 más o menos, hasta hoy. El viaje que estamos a punto de emprender juntos nos permite apreciar los altibajos y ambivalencias en la recepción crítica de Casal y, por extensión, de los escritores modernistas. Más importante, sin embargo, es lo que revela esta compilación: lejos de ser cosa del pasado, Casal sigue siendo hoy un poeta tan fascinante y enigmático como lo fue para sus contemporáneos, incluso para sus críticos más implacables. Esta edición constituye un verdadero archivo, de inestimable valor para los estudios del periodismo literario del *fin-de-siècle* hispanoamericano, y como ya hemos dicho, también del modernismo. No solo se reúnen aquí textos sobre una importante figura del modernismo cubano e hispanoamericano, sino también trabajos de sus colegas modernistas: Rubén Darío, José Martí, Bonifacio Byrne, entre otros. A esto hay que agregar que esta compilación constituye otro paso más en la dirección de reclamar y reevaluar el modernismo cubano, en particular, y el hispanoamericano en su sentido más amplio. La presente antología tiene, pues, su lugar junto a las de Juana Borrero y Bonifacio Byrne que publicamos previamente con Stockcero. Los tres volúmenes buscan ensanchar la manera de comprender el modernismo, y abrir camino a nuevas perspectivas. El hecho, primero, de que tanto Casal como Byrne y Juana Borrero aparezcan ante nosotros como figuras con un relieve propio y singular que los vincula y los distingue a y de sus compañeros modernistas; y, segundo, que se trate de figuras cubanas en los tres casos, no puede sino presentar un desafío a fondo a la todavía extendida creencia de que en Cuba — y lo mismo sucede con el Caribe en general — no hubo modernismo. De ahí la importancia del archivo también de las publicaciones modernistas cubanas que incluye esta antología: *La Habana Elegante*, *El Fígaro*, *La Habana Literaria*, etc.

Por otra parte, el ya significativo número de textos literarios dedicados a Casal o en los que Casal figura

prominentemente — y de los que solo ofrecemos una muestra — son testimonio del cariño, apego de los escritores por su obra y por su vida; de una constatemente buscada, requerida compañía. No conozco de un caso comparable en las letras latinoamericanas. La fascinación que la persona poética de Casal no ha dejado de ejercer sobre los escritores cubanos difícilmente sea superada por la que podrían gozar hoy escritores de la talla de Manuel Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva, o incluso el propio Rubén Darío. El hecho resulta aún más sorprendente si se tiene en cuenta que Casal — a diferencia de los modernistas que mencionamos — ha sido menos reconocido por la cultura oficial cubana, y aún por los estudiosos del modernismo latinoamericano. Como lo ha visto Oscar Montero, su posición en el canon es «paradójica» en tanto figura «canónica y marginal». Nos dice Montero: «En los inevitables escalafones de la docencia queda por supuesto después de Darío y Martí o se le sitúa en una categoría diferente. Junto a los primeros ‘primeros modernistas’ a veces aparece después de Silva, ‘la figura más destacada de ese momento del Modernismo’».¹

Desde el triunfo revolucionario de 1959, para no ir más lejos, solo se han publicado en Cuba dos ediciones de su poesía completa (1963 y 1984). En el mismo período se han publicado dos en Estados Unidos y otra en España.² Podemos resumir la trayectoria de las contribuciones al estudio y apreciación de la obra de Casal diciendo que *casi* todos los trabajos más importantes escritos *en* Cuba corresponden al período antes de 1959 — véanse los trabajos de Gustavo Duplessis, Esperanza Figueroa, Mario Cabrera Saqui, José Lezama Lima, por solo mencionar algunos nombres. Si se exceptúan unos pocos excelentes ensayos como los de Cintio Vitier y Lorenzo García Vega en el año del primer Centenario y, por supuesto, la ya conocida «Edición del Centenario» que, por primera vez recogió toda la prosa de Casal, o *casi* toda — toda vez que no incluyó sus colaboraciones en *La Caricatura* — además de reeditar su poesía (1963-1964), no será hasta 1992-1993 que, al calor del entusiasmo generado en los escritores más jóvenes, aparezcan lecturas más novedosas e intensas. Con todo, hay algo que aclarar respecto a la «Edición del Centenario». La recopilación de la prosa de Casal había empezado mu-

1 Oscar Montero. *Erotismo y representación en Julián del Casal*. Amsterdam-Atlanta: Rodopi, 1993. p. 3. Desde luego, Casal no es el único modernista que ha sido objeto del recelo y hasta del rechazo por parte de la crítica académica y de los guardianes de la identidad nacional y/o latinoamericana. Rubén Darío es un caso ejemplar en este sentido. Pero aún si severamente cuestionada, la importancia de su obra para las letras hispanoamericanas ha imposibilitado que pueda descartarse sin más. Por otra parte, de una u otra manera Darío siempre ofrece un filón por el que pueda recuperarse o afirmarse como *nicaragüense* y como *americano*, mientras que Casal resiste esas maniobras, de modo que al cabo la escasez de evidencias hacen de él un estorbo que ha sólido presentarse como el reverso de José Martí.

2 Ver: Robert Jay Glickman. *The Poetry of Julián del Casal. A Critical Edition*. 3 vols. Gainesville: The University Presses of Florida, 1976-1977; Esperanza Figueroa. Julián del Casal. *Poesías completas y pequeños poemas en prosa en orden cronológico*. Miami: Ediciones Universal, 1993; Álvaro Salvador. Julián del Casal. *Poesía completa y prosa selecta*. Madrid: Verbum, 2001. La edición de Glickman es particularmente impresionante por el cuidado y la riqueza de material bibliográfico y gráfico que aporta. Glickman fue quien encontró y publicó por primera vez las cartas de Casal a Gustave Moreau (*Revista Hispánica Moderna*, 1972-1973), y que en Cuba no se publicaron en su totalidad hasta 1997.

cho antes, alrededor de 1945, cuando Cabrera Saqui editó las *Poesías completas* de Casal. Refiere Ángel Augier que «al calor de esa edición,» Cabrera Saqui y él decidieron «recoger la prosa de Casal [guiándose] también por la bibliografía [compilada por] la distinguida profesora cubana [Esperanza Figueroa].» Nos dice Augier que ambos pudieron reunir «gran parte de esa obra dispersa en periódicos y revistas habaneros entre 1886 y 1893, pero que «[l]a pésima organización bibliotecaria de entonces» los obligó «[a] paralizar la tarea en determinado punto, aplazándola para mejor oportunidad.» Cuando Cabrera Saqui muere en 1959, Lezama Lima, al darle la dolorosa noticia, le pidió a Augier «las copias de la prosa de Casal que poseíamos, para incluirlas en las ediciones de la Dirección Nacional de Cultura, a cargo de cuyo departamento de publicaciones él estaba entonces. Augier expresa que accedió, pero que le pidió a Lezama «nos permitiera completar la búsqueda de los trabajos que faltaban por copiar,» y que cuando a principios de 1962 intentó «proseguir la tarea interrumpida,» supo que el Consejo Nacional de Cultura «había iniciado ya un trabajo similar con vista al centenario del nacimiento de Julián del Casal en noviembre de 1963.» Así, Augier decidió facilitar «las copias de la prosa de Casal al compañero Samuel Feijóo, quien estimó que [...] no era ocioso que *se anticipara* el conocimiento de algunos de los trabajos periodísticos del poeta» («Prosa periodística» 130-31) (énfasis nuestro). Esa fue la compilación que, bajo el título de *Crónicas habaneras*, y prologada por Augier, publicó la Universidad Central de Las Villas en 1963. Ver: Ángel Augier. «Prosa periodística y literaria de Julián del Casal» en *Prosa varia*. La Habana: Letras Cubanas, 1982, pp. 123-131. La decisión de Augier sugiere que no quería que Lezama Lima le tomara la delantera y publicara lo que ya él y Cabrera Saquí habían compilado, así como que *Crónicas habaneras* se anticipó a la «Edición del Centenario». Al mismo tiempo debe notarse el reconocimiento del trabajo de Figueroa y Cabrera Saqui por parte de Augier. En el «Prólogo» al tomo I de las *Prosas* de la «Edición del Centenario», que no aparece firmado, pero que probablemente sea de Lezama Lima, se expresa que «escaso ha sido lo que hasta hoy [...] se ha hecho para dar a conocer a Casal». Y se añade: «Escaso por partida triple: en cuanto a esfuerzo editorial, investigación bibliográfica y estudio crítico» (9). El «Prólogo», no obstante, se concentra en la falla editorial, y no confirma la supuesta carencia de «investigación bibliográfica y estudio crítico». No se menciona el ensayo del propio Lezama (1941), ni el de Vitier en *Lo cubano en la poesía* (1958), o el de José Antonio Portuondo (1937), que por cierto se

incluyen en ese mismo tomo. Se pasa de prisa sobre el trabajo de Figueroa, de Cabrera Saqui y de Geada. «La historia de sus prosas es más triste aún que la de sus poemas», y se nos dice que en este sentido hubo «dos esfuerzos nobles [que] se frustraron.» Uno de ellos fue el del propio Lezama Lima y Manuel Altolaguirre para publicar las cartas de Casal que les habían sido cedidas por Carmela Casal, la hermana del poeta. El segundo fue «el de Ángel Augier y Mario Cabrera, que recopilaron *algunos artículos* de Casal y no pudieron dar término a la empresa por falta de recursos económicos» (10) (énfasis mío). Una nota al pie nos dice: «Cuando trabajábamos en esta edición tuvimos noticia de que los compañeros de la Universidad de Las Villas preparaban un tomo con una selección de Prosas de Casal. Así se enriquecerán los aportes al centenario del poeta. La edición de la Universidad de Las Villas lleva introducción de Samuel Feijóo y prólogo de Ángel I. Augier» (10).

Lo que intenta el «Prólogo» es negar el pasado en bloque contraponiéndolo al *ahora* y el *hoy* del triunfo revolucionario, el cual no solamente, se sugiere – echando mano incluso al *plural de modestia* – valora el legado de Casal, sino que incluso también posibilita su apreciación al crear de hecho a los lectores que puedan, desde ahora, acercarse a él: «*El Consejo Nacional de Cultura se propone ahora editar la prosa y la poesía de Casal. Se ha tenido en cuenta al confeccionar la edición que hay entre nosotros muchos lectores recientes, muchos iniciados de poco tiempo a la fecha en el placer de la lectura*» (10) (énfasis nuestro). Lo cierto es que fue en el período pre-revolucionario cuando Casal estuvo más al alcance del público general y no especializado a través de muchos artículos que aparecieron en la prensa periódica, como lo demuestran los que reproducimos en la presente compilación.

Lo cierto es que a Casal hemos tenido que salir a buscarlo siempre en una ciudad donde casi todo parece haberse coaligado para borrar sus huellas. El mismo gobierno que podía ufanarse de la primera edición de la obra cuasi completa del poeta de *Hojas al viento*, se desentendía de todo cuanto estaba ligado a la memoria del poeta en la ciudad: la casa donde nació y en la que murió empezaban a languidecer, se convertían en cuartería, sin que una tarja recordara esos sitios. Ninguna inscripción en la tumba de la cual finalmente desaparecieron, se escaparon o fueron rescatados sus restos. Hubo que esperar al segundo Centenario (1993) para que se pusieran las tarjas. Y en cuanto a los lectores iniciados «de poco tiempo a la fecha en el placer de la lectura», y la falta de «estudio crítico» - supuestamente cosa del pasado – hay que ver los frutos tras toda esa

falta y de toda esa *ganancia*. Ahí está el lamentable prólogo de Alberto Rocasolano – y con él la verdadera apreciación oficial por su obra – a la edición de la *Obra poética* de Casal (1982). Y si en 1963 quienquiera que haya escrito el «Prólogo» de la «Edición del Centenario» podía mirar a la edición de las poesías de Casal editadas por Cabrera Saqui en 1945 y declarar que «Casal ha estado ausente de nuestras librerías por espacio de muchos años» (10), *hoy*, transcurridos treinta años desde la última edición de su obra poética ¿qué podemos decir entonces? Cuando el Consejo Nacional de Cultura publicó las *Poesías* de Casal (1964), habían pasado diecinueve años de la edición de Cabrera Saqui. Desde la que hizo Rocasolano en 1982 han transcurrido treinta años. Una de las evidencias más penosas de esa indiferencia la encontramos en el website de *Cubaliteraria*, donde la foto de Casal que ahí aparecía junto a su información biográfica no era otra que la del francés Karl J. Huysmans. De nada habían servido mensajes enviados por correo electrónico para que se corrigiera tal desaguisado. Transcurrieron meses. El año 2011 llegó a su fin. Llegamos a 2012 y para *Cubaliteraria*, al menos en la ficha de autor, fue Huysmans hasta hace poco. Se habaniza a Huysmans y se afrancesa a Casal. No obstante, damos cuenta de una noticia que ha llegado recientemente a nosotros, y que celebramos: por fin la casa en que nació el poeta va a ser restaurada.

La presente edición

Hemos estructurado la presente edición en cuatro secciones principales. La primera de ellas es, por así decirlo, una versión de *La Habana Elegante. Julián del Casal (In Memoriam)*, que se imprimió en La Habana en 1993. Al igual que aquella, ofrece una muestra de los testimonios de los contemporáneos del poeta, de los comentarios críticos con que respondieron y/o trataron de explicarse, tanto esa obra como la propia persona de Casal. Dicha selección incluye, pues, lo anecdótico, el juicio severo, la mirada prejuiciada por los lentes positivistas de la época, al mismo tiempo que dan fe de eso que llegará a ser un lugar común en vida del poeta, y que desde entonces lo acompaña: el «misterio» de Casal, la imposibilidad de descifrarlo. La pregunta por el misterio se convierte en una manera codificada – y esto, espero, se hará palpable en esta selección – de preguntar por los quizá no tan indescifrables erotismo y sexualidad casaliana. Casal, por su parte, responde a estas preguntas, participando él mismo en la creación de su enigmática figura poética, y que muy bien pudo ser una de sus propias creaciones literarias: cualquiera de esos personajes a los que

agrupó bajo el nombre de «seres enigmáticos», siendo quizá el de «El amante de las torturas» (1893), el mejor ejemplo que podría ofrecerse aquí. Casal consume así lo que me atrevo a llamar la perfecta transitividad de vida a obra y viceversa. Esta primera gran sección, sin embargo, no incluye los trabajos de los escritores más jóvenes, incluidos en la de 1993, porque les hemos asignado una sección propia a fin de darles un relieve a las lecturas que, en los noventa, reavivaron el entusiasmo por Casal, y de hecho lo reclamaron como suyo: es la del grupo que, intencionalmente, llamo la «Generación del Centenario». La segunda sección comprende una selección de los textos del primer Centenario de Casal, el de su nacimiento (1863-1893) y otros que siguieron después. Como podrá verse, ahí aparece el resto de los textos de Lezama Lima sobre Casal. Pasamos entonces a la tercera sección, que es la del segundo Centenario, de la muerte (1893-1892), y donde el lector encontrará los trabajos de aquellos escritores que, como ya dijimos, animaron el segundo Centenario (1893-1993): Pedro Marqués de Armas, Víctor Fowler, Antonio J. Ponte e Ismael González Castañer, entre otros. También se ofrecen testimonios y recuerdos de algunos de los participantes de esa conmemoración: Oscar Montero y Ben A. Heller, quienes viajaron a La Habana para asistir al congreso de Casa de las Américas, y de Norge Espinosa una bella crónica sobre el trabajo voluntario en la casa donde nació Casal para marcar los inicios de un trabajo de restauración que tomaría todavía muchos años para empezar. Por otra parte, la presente edición se beneficia de mis notas de *La Habana Elegante* durante mi investigación en La Habana, y de otras que hice en casa de Carmen Peláez, la sobrina del poeta. Carmen me mostró cartas, algunas de las cuales pude copiar parcialmente, y que se relacionan con la muerte de Casal. De aquellas notas publicamos, por ejemplo, una breve crónica de una excursión a Jaruco en que participó Casal, las notas informando al público sobre su estado de salud, etc. He organizado todo este material de modo que según el lector lea, o viaje, Casal aparezca y desaparezca continuamente, y revivir así juntos los magníficos versos de la «Oda a Julián del Casal», de Lezama Lima: «nuestro escandaloso cariño te persigue, y por eso sonrías entre los muertos». El lector encontrará anuncios publicitarios de *La Habana Elegante* y de *El Fígaro*. Con respecto a los primeros, agradezco al profesor Oscar Montero la gentileza de haberme cedido un microfilm de algunas páginas de *La Habana Elegante*.

La cuarta y última sección es, nada más y nada menos, que la reproducción íntegra del número-homenaje de *La Habana Elegante*, de 29 de octubre de 1893, con motivo de la muerte de Casal. Esto formaba parte del

proyecto de la edición simbólica de la revista que hicimos en 1993, pero nunca pasó de la propuesta.

Tanto la entrada a los textos correspondientes al Centenario de 1963, como a la de los de 1993, está precedida de una introducción que provee un mínimo de contexto dentro del cual considerar los materiales de cada uno de dichos centenarios.

Hemos seguido un criterio estrictamente cronológico a la hora de colocar los textos, siempre que nos fue posible hacerlo. A falta de alguna o de ambas fuentes de información cronológica, tratamos de situar el texto donde pensamos que podía tener sentido hacerlo.

No quiero concluir sin expresar una vez más mi gratitud, en primer lugar, a Pablo Agrest y a la Editorial Stockcero por el entusiasmo con que fue acogida nuestra propuesta, y por el cuidado y dedicación con que trabajaron en ella. Así mismo quiero agradecer al Department of World Languages and Literatures de mi universidad (*Southern Methodist University*), en Dallas, Texas, por el apoyo brindado en la digitalización de muchos de los materiales aquí incluidos. Dicho trabajo lo realizó mayormente el estudiante Orlando Olivera, y a él también quiero expresar mi gratitud. Finalmente, agradezco al Departamento de préstamo interbibliotecario de mi universidad por la eficiencia con que manejó cada uno de mis solicitudes.

Esta edición está destinada no solo a los estudiosos de la obra de Casal y del modernismo cubano, sino también a quienes se interesan por el modernismo hispanoamericano. La compilación basta para demostrar que, independientemente del lugar que haya venido a ocupar en el canon, Casal no fue un modernista más, sino el escritor modernista, moderno, *par excellence*. No solo esto; a través de la ojeriza, las vacilaciones y el escándalo de sus críticos, se perfila como un escritor decadentista; *tal vez* el único entre nuestro grandes modernistas.

Un comentario sobre la Bibliografía activa de Julián del Casal

Para esta compilación hemos tomado como punto de partida la Bibliografía que encontramos en la «Edición del Centenario». Ya comenté sobre las tensiones; habría que decir mejor los manejos que se observan en ella,

particularmente la casi completa omisión del trabajo de investigación bibliográfica que ya habían realizado Esperanza Figueroa, Ángel I. Augier y – según este último – Mario Cabrera Saqui. De las dos estradas de Augier, sólo una de ellas se enfoca en Casal, mientras se omiten otra de 1943 y una de 1952. Por otra parte, también se omiten trabajos importantes como el ensayo de Dulce María Loynaz de 1956. Tampoco se menciona el estudio Martí escritor, de Juan Marinello, de 1958, en el que aborda la relación de Martí con el modernismo y, por supuesto, con Casal. Ni que decir tenemos que no se recogen los dos artículos de Virgilio Piñera publicados en *Lunes de Revolución* (1959 y 1960). Estas son solo algunas de las muchas irregularidades cuando se revisa con cuidado esa Bibliografía. Figueroa, por otra parte, menciona un título suyo incluido en la bibliografía de Mario Cabrera Saqui, y posteriormente en la «Edición del Centenario»: *Revisión de Julián del Casal*, 1943; título que ni ella misma conoce, ni ha encontrado, ni conoce «a nadie que lo haya visto» («Introducción» 13, 1993).

Respecto a los avatares de la bibliografía activa de Casal, Figueroa menciona dos momentos importantes: la edición de Juan J. Geada de una selección de poesías de Casal acompañada de un ensayo suyo en el que «menciona algunas fechas y parte de la obra en prosa» del poeta, y que «ayudaron a los jóvenes Portuondo y Augier a escribir sobre Casal en 1938» (11). En 1941 Figueroa defendió su tesis doctoral *Revisión de Julián del Casal*, y en 1942, Fernando Ortiz que – continúa la investigadora cubana – «había retenido las páginas de la bibliografía activa, le pidió a Ángel I. Augier que la publicara inmediatamente en el *Boletín Bibliográfico Cubano*». Añade que, antes de salir de Cuba en 1942, dejó la copia de su disertación doctoral (450 páginas mecanografiadas) al cuidado de Emilio Roig, entonces director del Departamento de Historia del Ayuntamiento de La Habana (11-12).³ El resentimiento hacia Cabrera Saqui, que Figueroa no se toma el trabajo de ocultar – lo recuerda como «un abogado de cursillo, sin inclinaciones literarias» (12) – se explica suficientemente por el hecho no sólo de que él no reconociera su deuda, sino también porque los editores de la «Edición del Centenario» repitieron «dos veces el título del libro ideado por Cabrera», y luego Glickman reprodujo «las notas bibliográficas de Cabrera». Paso a citar, entonces, por su importancia, lo que añade Figueroa:

3 Figueroa menciona igualmente la tesis doctoral de Gustavo Duplessis, publicada en la Revista Bimestre Cubana en 1944, y donde se reproducen por primera vez «algunos» de los poemas en prosa de Casal. Figueroa distingue entre el «prólogo preliminar» de Mario Cabrera Saqui, que antecede a la publicación del trabajo Duplessis, en el sentido de que el libro del primero es solo «importante como antología», mientras que el trabajo del segundo «es un estudio legítimo», al punto de afirmar que con él «comienza la moderna indagación del arte poético de Casal, con profundidad y esmero crítico» (12). En cuanto a la primera edición de las poesías completas de Casal, realizada por Mario Cabrera Saqui en 1945, Figueroa estima que su única contribución es el prólogo. Sostiene que Cabrera Saqui se basó mayormente en su propia disertación e investigación bibliográfica (la de ella) sin señalar en ningún momento «el origen de sus informaciones» (12).

En conjunto, un total de cinco citas de una disertación doctoral que ya había desaparecido en 1943 cuando Gustavo Duplessis trató de consultarla. A la autora de esa perdida disertación le queda el consuelo de confesar que pasó tres años de su feliz juventud registrando, todas las tardes, archivos polvorientos con el fin de reunir la obra dispersa y olvidada de Casal, y *logró añadir a su conocida obra poética toda la olvidada y relegada producción en prosa (con la excepción de las crónicas policíacas)*. Quizás sin su trabajo de búsqueda no se hubieran publicado los cuatro tomos de la Edición del Centenario, ni la antología de Cabrera ni los comentarios de Lezama y Vitier y mucho menos la edición crítica en inglés de Glickman (13-14) (énfasis mío).

Como se recordará, Augier expresa que él y Cabrera Saqui empiezan a trabajar para reunir la prosa dispersa de Casal en 1945, y guiándose por la bibliografía compilada por Figueroa. Así, de acuerdo con lo que hemos visto hasta aquí, resulta imposible negar la significativa contribución, no digamos ya crítica, sino específicamente bibliográfica, de Esperanza Figueroa. En cuanto a sus críticas al trabajo de los editores de la «Edición del Centenario» pienso que son justificadas por la misma razón que no lo son. Ella misma reconoce que en el prólogo de dicha edición se expresa que se procedió «a la refundición de la única bibliografía activa existente, la de la doctora Figueroa», es decir, agrega ella, «la estructura de esta edición está basada en nuestras investigaciones» (14). Es decir, los editores reconocen, casi de facto, que, puesto que la única bibliografía activa existente era la de Figueroa, la publicación de las prosas de Casal, cuando menos, habría tomado mucho más tiempo del que tomó. «La parte más importante estaba resuelta: antes de empezar a copiar artículos, ya sabían donde encontrarlos», nos dice Figueroa. Pero, quiero insistir en esto, la razón que le asiste en protestar la encontramos junto a las palabras de encomio que, a pesar de todo, tiene para los editores: «Pero con todos sus defectos la Edición del Centenario es indispensable y utilísima, porque no solamente reúne la obra de Casal en cuatro tomos, prosa y poesía, sino que también incluye los artículos publicados sobre Casal en diferentes épocas; *con la total excepción de los trabajos de Augier, Duplessis y Figueroa*» (14) (énfasis mío). Es decir, su reproche va por el mismo camino de lo que comentamos antes: el deliberado intento por parte de los editores de restar importancia, o incluso negar la atención crítica que Casal había recibido *antes* de 1959.

Quiero agregar, casi a punto de concluir, un recuerdo personal. En 1992 Víctor Fowler quién, no sé cómo

ni de dónde la obtuvo, me facilitó la dirección de Esperanza Figueroa en Miami. Le escribí una carta invitándola – por mi cuenta, desde luego – a viajar a La Habana para la conmemoración del Centenario. Mi idea era hacerle un reconocimiento público por haber dedicado prácticamente toda su carrera al estudio y divulgación de la obra de Casal y de sus méritos. Ella, aunque con mucho tacto y gentileza, declinó la invitación, pero me instó a localizar en *La Habana Elegante* la versión original del soneto «Mis amores» que, para ella, demostraba la precedencia modernista de Casal sobre Darío. No voy a detenerme aquí en la discusión de este asunto, pero sí quiero contar cómo fue que llegué a saber de un trabajo de investigación que nadie, o casi nadie, parecía conocer, ni recordar.

En los años setenta mis primeros pasos en la investigación sobre Casal me llevaron al Instituto de Literatura y Lingüística, que estaba bajo la dirección de José Antonio Portuondo. Yo conocía su ensayo sobre Casal que – pese a mi desacuerdo con su lectura – consideré entonces, y considero hoy uno de los ensayos imprescindibles que hay que leer para tomarle el pulso a la evolución de la recepción crítica de Casal. Encontré en Portuondo a un efusivo lector de Casal, y a quien tenía en la más elevada estima. Lo visité varias veces en su oficina, y en una de esas ocasiones me preguntó con un aire que tenía mucho de muchacho presumido si yo había leído o había oído hablar de la investigación más exhaustiva y mejor documentada que existía sobre Casal. La pregunta, desde luego, excitó mi curiosidad, y le respondí que no tenía ni idea de qué trabajo me estaba hablando. Portuondo hizo una pausa y me dijo: «la tesis doctoral de la Esperanza Figueroa». Deseoso de consultarla de inmediato, le pregunté que dónde estaba, a lo que respondió que en la biblioteca de la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana. Le dije que iría a la biblioteca esa misma tarde, y me dijo que no, que no fuera porque no estaba permitido consultarla. «Pero puedes decir que vas de mi parte», añadió, y te permitirán leerla. Llegué a Miami, el 7 de noviembre de 1994 – fecha, como se sabe, del natalicio de Casal, y una de las primeras cosas que hice fue llamar por teléfono a Esperanza Figueroa. Le llevaba una fotocopia de «Mis amores». Ella me obsequió un ejemplar de su recién publicado *Poesías completas...* Le referí la historia de mi conversación con Portuondo, que me permitió llegar a su disertación y ficharla (esas fichas se perdieron y no llegaron conmigo). Visiblemente emocionada, Esperanza guardó silencio por unos minutos, y mirándome fijamente a los ojos solo atinó a decir: «gracias, gracias». En cuanto a la bibliografía pasiva que incluimos aquí, no es

otra pues que la de la «Edición del Centenario», que hemos, por supuesto, actualizado, y en algunos casos corregido. No es la bibliografía definitiva, y no dudo de que se encontrarán en ella importantes omisiones. De modo que si no es la que más justicia hace a los estudios y los homenajes tributados a Casal por ya más de un siglo, al menos lo intentamos. Para concluir, queremos

advertir al lector que no encontrará en ella los textos que incluimos en la compilación, para así poder ofrecer una bibliografía tan abarcadora como nos fue posible.

Bibliografía de Julián del Casal

- Hojas al viento*. La Habana: Imp. «El Retiro», 1890.
- Nieve*. Biblioteca de La Habana Elegante. Imp. «La Moderna», 1892.
- Bustos y Rimas*. Biblioteca de La Habana Elegante. Imp. «La Moderna», 1893.
- Nieve*. 2da. ed. México: Editorial «El Intransigente», 1893.
- Sus mejores poemas*. Ed. Rufino Blanco Fombona. Madrid: Editorial América, 1916 [En la Bibliografía de Esperanza Figueroa dice 1928. Ver *Poesías Completas*, 372].
- Selección de poesías de Julián del Casal*. Introd. Juan J. Geadá Fernández. Colección de libros cubanos. Director: Fernando Ortiz. La Habana: Imp. Cultural Habana, 1931.
- «Hortensia del Monte». Esperanza Figueroa. «Julián del Casal y Rubén Darío». *RBC*, 1942.
- «Huérfano». E. Figueroa. Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana. New Orleans, 1942. *RI*, febrero 1944.
- «Pequeños poemas en prosa: *El Extranjero*, *Los beneficios de la luna*, *El Puerto*». Gustavo Duplessis. *RBC*, 1944.
- Poesías completas*. Ensayo preliminar y notas de Mario Cabrera Saqui. La Habana: Dirección del Ministerio de Cultura, 1945.
- Selected Prose of Julián del Casal*. Ed. Marshall E. Nunn. Universidad de Alabama, 1949.
- Crónicas habaneras*. Ed. y Prólogo de Ángel Augier. Las Villas: Universidad Central de Las Villas, 1963.
- Poesías*. Ed. del Centenario. La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1963.
- Prosas*. 3 tomos. Ed. del Centenario. La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1963-1964.
- «Mis amores». Tercetos originales. E. Figueroa. «Julián del Casal y el modernismo». *RI*, 1966.
- «Julián del Casal: Letters to Gustave Moreau». Robert J. Glickman. *Revista Hispánica Moderna*. Año 37. No. 1-2. (1972/1973), pp. 101-135.
- The Poetry of Julián del Casal*. 3 vols. Robert J. Glickman, ed. Gainesville: University of Florida P, 1976-77.
- «Tres cartas desconocidas de Julián del Casal». *Anuario L/L*. 7-8 La Habana, 1976-1977.

- Prosa*. 2 tomos. Compilación, prólogo y notas de Emilio de Armas. La Habana: Letras Cubanas, 1979.
- «Casal y Moreau». Sandra González. *Revolución y Cultura* 32, 5. La Habana: 1993. pp. 9-15. Esta es la primera publicación de las cartas de Casal a Moreau en Cuba – y solo una muestra de ellas. No es hasta 1997 que Ediciones Vigía las publica todas en traducción de Jorge Yglesias.
- «A mi hermana en su partida». Poema inédito de Casal. Introd. Francisco Morán. *La Gaceta de Cuba*, sept.-oct., 1993. pp. 12-13.
- Obra Poética*. Ed. crítica y prólogo de Alberto Rocasolano. La Habana: Letras Cubanas, 1982.
- Poesías completas y pequeños poemas en prosa en orden cronológico*. Ed. crítica de Esperanza Figueroa. Miami: Ediciones Universal, 1993.
- Bustos y Rimas*. Ed. facsimilar. Prólogo, cronología y bibliografía de Julio E. Hernández Miyares. Miami: Editorial Cubana, 1993.
- «Dos crónicas inéditas de Julián del Casal». Estas crónicas son: «Historia de unos versos», *La Habana Elegante*, 2 de mayo de 1886. «Círculo Habanero: Impresiones de la última velada», *La Habana Elegante*, 3 de octubre de 1886. Introd. Francisco Morán. *Cuban Studies* 29, 1999.
- Poesía completa y prosa selecta*. Ed. de Álvaro Salvador. Madrid: Verbum, 2001.
- La tristeza infinita*. Antología poética. Prólogo, selección, recopilación de testimonios críticos y cronología de Alberto Rocasolano. México: Oceano, 2002.

Bibliografía sobre Julián del Casal

- ACHIN, GERARD. «On the Creation of Unsung National Heroes: Barnet's Esteban Montejo and Armas's Julián del Casal». *Latin American Literary Review*. Vol. 22. No. 43. Jan.-Jun., 1994. pp. 31-50.
- ACOSTA, AGUSTÍN. *Evocación de Julián del Casal*. Discurso pronunciado, el 21 de octubre de 1943, ante la tumba del poeta, en el acto organizado por la Sociedad Nacional de Bellas Artes para conmemorar el cincuentenario de su muerte. *Revista Cubana*, vol. XIX, enero-junio, 1945. pp. 5-15.

- ARCINIEGAS, ISMAEL ENRIQUE. «Crítica sobre «Nieve». *El País*. Diario Autonomista, órgano de la Junta Central del Partido Liberal. Habana, año XV, jul. 9, 1892, no. 161, Sección «Gacetillas», col. 2. p. 3.
- ARMAS Y CÁRDENAS, JOSÉ DE. [Justo de Lara] «Julián del Casal». Justo de Lara [seud.]. Artículo sobre su vida, inclinaciones literarias, ect. En *Las Avispas*. Habana, año II, oct. 23, 1893, no. 175, col. 3-4, p. 1.
- _____. Comentario sobre «Hojas al Viento» y su autor por Rui Blas [seud.]. *La Tribuna*. Habana. Año I. no. 171. Sección «Crónica». May. 7, 1890, col. 1, p. 3.
- _____. *Estudios y retratos*. Madrid: V. Suárez, 1911.
- ARMAS, EMILIO DE. «Prólogo. El poeta en su prosa». Julián del Casal. *Prosa*. 2 vols. La Habana: Letras Cubanas, 1979.
- _____. *Casal*. La Habana: Letras Cubanas, 1981.
- _____. «Julián del Casal y el modernismo». *Revista Iberoamericana* 152-153 (Julio-Diciembre de 1990): 781-791.
- ARRUFAT, ANTÓN. *Virgilio Piñera: entre él y yo*. La Habana: Ediciones Unión, 1994.
- AUGIER, ANGEL I. «Evocación de Julián del Casal». *Policía*. Año II, no. 25, diciembre de 1943.
- _____. «Julián del Casal». *Revista Universidad de La Habana*, 1943.
- _____. «El periodista Julián del Casal». *Álbum del Centenario de la Asociación de Reporteros*. Habana, 1952.
- _____. «Prosa periodística y literaria de Julián del Casal». Julián del Casal. *Crónicas habaneras*. Las Villas: Dirección de Publicaciones Universidad Central de Las Villas, 1963.
- _____. *Cuba y Rubén Darío*. La Habana: Academia de Ciencias de Cuba. Instituto de Literatura y Lingüística, 1968.
- _____. «Prólogo. Julián del Casal en el contexto del modernismo hispanoamericano.» Julián del Casal. Compilación, Prólogo, Cronología y Bibliografía de Ángel Augier. *Páginas de vida. Poesía y Prosa*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 2007.
- BAQUERO, GASTÓN. «Panorama: entrada al otoño y un recuerdo de Casal». *Diario de la Marina*, 23 de septiembre de 1945.
- _____. «Alguien le tendió su mano». Pórtico al cuento «El hombre de las muletas de níquel», de Casal. Encarte del número 8 de la Revista *Versión Celeste*, 1991.
- BEAUPIED, AÍDA. «Ideología y género en la poesía de José Martí y de Julián del Casal». *Latin American Literary Review*. Vol. 22. No. 44. Jul.-Dec., 1994. pp. 31-48.
- BOBADILLA, EMILIO. «Baturrillo». *El Figaro*, Julio 6-1890 (sobre Casal). Reproducido en *Triqui-traques*. Madrid: Librería de Fernando Fe, 1892.
- BORRERO, DULCE MARÍA. «Evocación de Juana Borrero». *Revista Cubana*, Julio-Diciembre, Vol. XX, 1945.
- BORRERO ECHEVERRÍA, ESTEBAN. «Año Nuevo. Dedicada a Casal». *La Habana Elegante*, enero 11, 1891.
- BORRERO, JUANA. *Epistolario* II. 2 vols. Prólogo de Cintio Vitier. La Habana: Academia de Ciencias de Cuba, 1967.
- _____. *Poesías y Cartas*. Ordenación, prólogo y notas a cargo de Fina García Marruz y Cintio Vitier. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1978.
- BRIOSO, JORGE. «Ser y vivir como poeta en Cuba: Casal, Lezama y la tradición». *Hispanic Review* 75.3 (2007): 265-288.
- CABRERA, ROSA M. *Julián del Casal. Vida y obra poética*. New York: Las Americas Publishing Company, 1970.
- CABRERA SAQUI, MARIO. «Julián del Casal». En Julián del Casal. *Poesías Completas*. La Habana: Cuadernos de cultura, Séptima Serie I, 1945.
- CADENAS, JUAN JOSÉ. «Nieve». *Revista España y América*. En *El País*. Habana, año XV, agosto 17, 1892, no. 194, Sección «Gacetillas», col. 1, p. 3.
- CAISSO, CLAUDIA. «Comentario a una imagen de *Oda a Julián del Casal* de José Lezama Lima». *Hispanamérica*. Año 19. No. 56-57. Aug.-Dec., 1990. pp. 155-163.
- CALCAGNO, FRANCISCO. «Julián del Casal». *La Ilustración de Cuba*. Habana, año, II no. 9, 19 de noviembre de 1893, pp. 142-143.)
- CALDERÓN, CAYETANO. «Oriente. A Julián del Casal». *El Hogar*, año IX, no. 14, abr. 17, 1892, p. 141.
- CARBONELL, JOSÉ MANUEL. «La Poesía Lírica en Cuba». *Evolución de la Cultura Cubana 1608-1927*. Vol. IV. La Habana: El Siglo XX, 1928.
- CARBÓ, SERGIO. «Julián del Casal. (En el cincuentenario de su muerte: octubre 21 de 1893)». *Prensa Libre*, 21 de octubre de 1943.
- CARRICARTE, ARTURO R. DE. «Homenaje a Casal. Complicaciones Sentimentales». *Gráfico*. La Habana, oct. 18, 1913.
- _____. «Homenaje a Casal. Una página inédita de Juana Borrero». *Gráfico*, oct. 18, 1913.
- CASTILLO DE GONZÁLEZ, AURELIA. «A *La Maja* de Casal. Soneto». *El País*. Habana, año XV, mar. 5, 1892, no. 56. Sección «Gacetillas», col. 3, p. 3.

- _____ . « Al autor de la bellísima poesía *Nihilismo*». También anuncio de *La Habana Elegante* donde aparece dicha poesía completa. Diario de la Marina. Habana, año LIII, jul. 12, 1892, no. 161. Sección «Gacetillas», col 2, p. 3.
- CAY, RAOUL. «Amor de poeta. Dedicado a Casal». *La Habana Elegante*, diciembre 7, 1890.
- _____ . «Crónica sobre almuerzo a Rubén Darío dado por *El Fígaro*». *El Fígaro*, año VIII, ago. 7, 1892, no. 27, p. 7.
- CÉSPEDES, BENJAMÍN DE. «Hojas al Viento». [¿F[ígaro]]?. 25 de mayo, 1890 [sic].
- CESTERO, TULIO M. «Julián del Casal. Conmemorando el 159 aniversario de su muerte». *El Fígaro*, año XXIV, oct. 25, 1908, no. 43, p. 548.
- COLLANTES, JOSÉ MARÍA. «Mi primera alegría literaria. Recuerdos a Casal». *El Fígaro*, año XVII, oct. 20, 1901, no. 39, p. 455.
- COSTALES, BERNARDO. «Crítica al soneto de Julián del Casal titulado *Obstinación*». *Diario de la Marina*. Habana, año LIII, oct. 18, 1892, no. 244, col. 5, p. 3.
- CRUZ Y FERNÁNDEZ, MANUEL DE. (Juan Sincero.) «La Joven Cuba. Galería Mignon. Julián del Casal». *La Habana Elegante*, mar. 11, 1888.
- «Julián del Casal». *Cromitos Cubanos. Bocetos de Autores Hispano-Americanos*. Habana: Establecimiento Tipográfico «La Lucha», 1892.
- CHACÓN, FRANCISCO. «Notas de mi cartera». *El Fígaro*, 26 de noviembre de 1885.
- _____ . «Versos de Casal (Hernani). Crónica sobre el libro de Casal». *La Discusión*. Diario político. Habana, año II, may. 8, 1890, no. 270, col. 7, p. 2.
- _____ . «Casal». *El Fígaro*, abril 24, 1892.
- CHACÓN Y CALVO, JOSÉ MARÍA. «En torno a un epistolario de Julián del Casal». *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua*. Julio-Diciembre, 1958.
- DARÍO, RUBÉN. «El Clavicordio de la Abuela. A Julián del Casal. Poesía». *El Fígaro*, año XXIV, oct. 25, 1908, no. 43, p. 548.
- _____ . «Juana Borrero». *La Nación* de Buenos Aires, 23 de mayo de 1896.
- DÍAZ DUFOO, CARLOS [Petit Bleu]. «Azul pálido». *Revista Azul* 3. Tomo II. 18 de noviembre de 1894.
- DIEZ GAVIÑO, E. «A Casal. Poesía». *La Unión Constitucional*; órgano doctrinal del partido de este nombre. Año V, época I, no. 98, abr. 1892.
- ESTENGER, RAFAEL. *Los amores de cubanos famosos (miniaturas biográficas)*. La Habana: Editorial Alfa, 1939.
- ESTÉVEZ, ABILIO. *Un sueño feliz*. Teatro. Grupo Teatro Irrumpe. Director: Roberto Blanco. La Habana, 1992.
- _____ . *Perla marina*. Teatro. El grupo Teatro Irrumpe la estrenó en La Habana en 1993, bajo la dirección de Roberto Bertrand.
- _____ . *Inventario secreto de La Habana*. Barcelona: Tusquets, 2004.
- FAURIE, MARIE JOSEPHE. «Julián del Casal». *Le modernisme Hispano-américain et ses sources françaises*. Paris: Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques, 1966. pp. 137-143, 173-184, 185-199.
- FERNÁNDEZ DE CASTRO, JOSÉ ANTONIO. «Aniversario y revisión de Casal». *Revista de La Habana*. La Habana 4, 10. 1930.
- _____ . *Barraca de Feria*. La Habana: Luis Montero, 1933.
- FERNÁNDEZ JUNCOS, M. «Nieve. (Por Don Julián del Casal)». *El Fígaro*, año VIII, ago. 21, 1892, no. 29, p. 9.
- FIGUEROA, ESPERANZA. «Bibliografía de Julián del Casal». *Boletín de Bibliografía Cubana*. La Habana, 1942.
- _____ . «Julián del Casal y Rubén Darío». *Revista Bimestre Cubana*. Vol. L, no. 2, La Habana, 1942.
- _____ . «Apuntes sobre Julián del Casal». *Revista Iberoamericana*. Volumen VII, no. 14, febrero de 1944.
- _____ . «Comentario biográfico y rectificaciones.» Gladys Zaldívar, coordinadora. *Julián del Casal. Estudios críticos sobre su obra*. Miami. Ediciones Universal, 1974.
- _____ . «Introducción.» Julián del Casal. *Poesías completas y pequeños poemas en prosa en orden cronológico*. Ed. crítica de Esperanza Figueroa. Miami: Ediciones Universal, 1993.
- FRANCO, JEAN. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Edición revisada y puesta al día. España: Ariel, 2006.
- FOMBONA, JACINTO R. «Anarquizando a Casal: el mal viaje a París». *El sol en la nieve: Julián del Casal (1863-1893)*. Luisa Campuzano, coord. La Habana: Casa de las Américas, 1999.
- FONTANILLS, ENRIQUE. «Episodio». *La Habana Elegante*, octubre 29, 1893.
- _____ . «El Poeta Casal». *La Discusión*, octubre 23, 1893.
- _____ . Crónica sobre el 3er. aniversario de la muerte de Casal. *El Hogar*, año XIII, octubre 25, 1896, no. 29. p. 10.
- _____ . «Recordando la muerte de Casal en su cuarto aniversario». *El Fígaro*. Año XIII, no. 7, 1897, no. 41, Sección «Crónica», p. 515.
- GÁLVEZ, WENCESLAO (WEN). «Casal...erías», comentario sobre *Hojas al viento* (1890), de Casal. Reproducido en: *Esto, lo otro y lo de más allá*.

- Segunda ed. Prólogo de Rafael Fernández de Castro. Habana: Imp. de A. Álvarez y Cía., 1892.
- _____. «Sobre lo mismo», otro comentario sobre Hojas al viento. Reproducido también en: *Esto, lo otro y lo de más allá*, 1892.
- _____. «NIEVE». *El Fígaro*, 12 de junio de 1892.
- _____. «La obra póstuma de Casal». *El Fígaro*, 8 de febrero de 1893.
- _____. «A su memoria». *La Habana Elegante*, octubre 29, 1893.
- _____. «La obra póstuma de Casal. Bustos y Rimas» I. *El Fígaro*, febrero 8, 1894.
- _____. «La obra póstuma de Casal. Bustos y Rimas» II. *El Fígaro*, febrero 18, 1894.
- GANDÍA, ZENO. «Hojas al viento». *El Fígaro*, 29 de junio de 1890.
- GARCÍA CISNEROS, FRANCISCO. «Vergissmeinnicht». *La Habana Elegante*, año X, no. 42, octubre 21, 1894.
- _____. «Gobelinos. Julián del Casal». Nueva York. *Las Tres Américas*, otoño de 1896.
- GEADA Y FERNÁNDEZ, JUAN J. «Introducción». *Selección de Poesías de Julián del Casal*. «Colección de Libros Cubanos». Director: Fernando Ortiz. Vol. XXIII. La Habana: Cultural, S. A., 1931.
- GÓMEZ CARRILLO, ENRIQUE. «Una visita a Huysmans». *Almas y cerebros*. París: Garnier, 1898.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, MARTÍN. *La Poesía Lírica en Cuba*. Barcelona: Tipolitografía de Luis Tasso, 1900.
- GUANABACOA, CÉSAR DE [Ciriaco Sos y Gastrau]. *Julián del Casal: un falsario de la rima*. La Habana: Biblioteca de «El Arlequín», 1893.
- GUERRA FLORES, JOSÉ. «Julián del Casal, el ángel taciturno». *Excelsior*, noviembre 2, 1956.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, MANUEL. «Lohengrin. Falstaff». *El Fígaro*, 14 de enero de 1894. Reproducido en *Obras*. Prosa II. Tip. de la Oficina Impresora del Timbre, 1903.
- HELLER, BEN A. «Alteridad, sexualidad y nación en Julián del Casal: lectura meta-crítica». *El sol en la nieve: Julián del Casal (1863-1893)*. La Habana, 1999.
- HENRÍQUEZ UREÑA, CAMILA. «Julián del Casal, poeta de la muerte». *Revista Universidad de La Habana*, no. 16. Vol. XXVIII. Noviembre-diciembre, 1963. pp. 145-160. Reproducido en: *La Habana Elegante. Julián del Casal (In Memoriam)*. La Habana, 1993.
- HENRÍQUEZ UREÑA, MAX. *Panorama histórico de la literatura cubana 1492-1952*. Segundo tomo. Puerto Rico: Ediciones Mirador, 1963.
- _____. *Breve historia del modernismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1954.
- HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO. «El modernismo en la Poesía cubana». *Ensayos críticos*. La Habana: Imp. Esteban Fernández, 1905.
- _____. «Ante la tumba de Casal». *El Fígaro*. Año XXX, octubre 25, 1914, no. 43.
- HERNÁNDEZ MIYARES, ENRIQUE. «Julián del Casal». *La Habana Elegante*, octubre 29, 1893.
- _____. «Rondeles. (In memoriam) (Poesía)». *La Habana Elegante*, febrero 7, 1894.
- _____. «Aniversario de Casal». *La Habana Elegante*, oct. 21, 1894.
- _____. «In memoriam. Poesía». *El País*. Habana, año XVII, octubre 21, 1894, no. 250. Sección «Gacetillas», col. 8, p. 2.
- _____. *Prosas. Obras Completas*, tomo II. La Habana: Avisador Comercial, 1916.
- HEREDIA, NICOLÁS, *Puntos de vista*. La Habana: Imp. de A. Álvarez y Cía, 1892.
- HORTA, EULOGIO. «Julián del Casal». *La Habana Elegante*, enero 18, 1891, no. 2.
- _____. «Casal». *La Habana Elegante*, octubre 29, 1893.
- _____. «Julián del Casal». *La Habana Elegante*, año X no. 42 octubre 21, 1894.
- _____. *Bronces y rosas*. Prólogo de Aniceto Valdivia (Conde Kostia). La Habana: Imp. Avisador Comercial, 1908.
- INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE CUBA. *Diccionario de la literatura cubana*. Tomo. 1. La Habana: Letras Cubanas, 1980.
- INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA. *Historia de la literatura cubana*. Tomo I. La Habana: Letras Cubanas, 2002.
- IRBY, JAMES. «Speaking to the Living and the Dead: Lezama's *Ode to Casal*» *La Habana Elegante*, segunda época. Spring-Summer, 2010. http://www.habanaelegante.com/Spring_Summer_2010/Dicha_Irby.html
- JIMÉNEZ, LUIS A. editor. *Julián del Casal en el nuevo milenio*. Managua: Ediciones PAVSA, 2005.
- KIRPATRICK, GWEN. «Technology and Violence: Casal, Darío, Lugones». *MLN* 102.2 (March 1987): 347-357.
- LAZO, RAIMUNDO. «Julián del Casal y su poesía, a los cien años». *Revista de la Universidad de La Habana*, no. 164. Año XXVII, noviembre-diciembre, 1963.
- LEDO Y SEIJO, NEMESIO. «Alma nihilica: Julián del Casal (Paráfrasis de su soneto A mi madre.)» Inédita.
- LEMIS, SALVADOR. *Mascarada-Casal: Guion dramático para montaje por analogías*. Colección Pinos Nuevos. La Habana: Ediciones Unión, 1994.

- LEZAMA LIMA, JOSÉ. «Julián del Casal». *El Mundo*, 15 de junio de 1941.
- _____. *Antología de la poesía cubana*. Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1965.
- _____. «Las imágenes posibles», 1948. *Obras Completas 2*. México: Aguilar, 1977.
- LIZASO, FÉLIZ Y JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE CASTRO. *La poesía moderna en Cuba (1882-1925)*. Madrid: Librería y Casa Editorial Hernando, 1926.
- LOYNAZ DEL CASTILLO, DULCE MARÍA. «Julián del Casal: Poeta de la soledad y los enigmas». *Revolución y Cultura 2*. La Habana, 1984. pp. 59-64. Reproducido en: *La Habana Elegante. Julián del Casal (In Memoriam)*. La Habana, 1993.
- LUGO-ORTIZ, AGNES I. «Julián del Casal ante la crítica modernista: El interior como patología en los *Cromitos cubanos* de Manuel de la Cruz». *Revista de Crítica Latinoamericana*. Año 20. No. 40, 1994. pp. 293-304.
- MÁRQUEZ JOSÉ DE J. «Reflexiones a mi amigo Julián del Casal». *El Hogar*, año IX, no. 8, marzo 6, 1892, p. 75-76.
- _____. «Un pensamiento». *La Habana Elegante*, octubre 26, 1893.
- MÁRQUEZ STERLING, MANUEL. «Julián del Casal». *La Habana Elegante*, marzo 10, 1895.
- MERINO, ELOY. «Los límites del compromiso cívico y político en los textos de Julián del Casal». *Chasqui*. Vol. 34. No. 1. May, 2005. pp. 106-109.
- MEZA, RAMÓN. «Julián del Casal». *El Fígaro* 43. Año XXVI, octubre 23, 1910, pp. 543-45.
- _____. Julián del Casal. *Estudio biográfico*. La Habana, 1910.
- _____. «Julián del Casal». *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias de la Universidad de La Habana*, vol XI. La Habana, 1910.
- MIRANDA, A. «Anécdota». *La Habana Elegante*, octubre 29, 1893.
- MONNER SANN. *Julián del Casal y el modernismo hispanoamericano*. México: El Colegio de México, 1952.
- MONTERO, OSCAR. *Erotismo y representación en Julián del Casal*. Amsterdam-Atlanta: Rodopi, 1993.
- _____. «Las ordalías del sujeto: mi museo ideal y marfiles viejos de Julián del Casal». *La Habana Elegante. Julián del Casal (In Memoriam)*. La Habana, 1993.
- _____. «Julián del Casal and the Queers of Havana». *¿Entiendes? Queer Readings, Hispanic Writings*. Ed. Emilie L. Bergmann and Paul Julian Smith. Durham, N.C.: Duke University Press, 1995.
- _____. «Casal and Maceo: Art, War and Race in Colonial Havana». *Ciberletras*, http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v1n1/ens_07.htm
- _____. «Casal y Maceo en LA HABANA ELEGANTE». *Encuentro de la cultura cubana* 10. Otoño de 1998. pp. 117-32.
- _____. «Casal en la tienda habanera.» *El sol en la nieve: Julián del Casal (1863-1893)*. La Habana, 1999.
- MONTORO, RAFAEL. «Recuerdos e impresiones». *La Habana Elegante*, 29 de octubre de 1893.
- MORA, ARTURO. «Internato». *La Habana Elegante*, 21 de diciembre de 1890.
- MORÁN LULL, FRANCISCO. «Muerte y Transfiguración de Julián del Casal». *El Caimán Barbudo*. La Habana, junio de 1993.
- _____. «La iniciación poética de Julián del Casal». *La Gaceta de Cuba*. La Habana, septiembre-octubre de 1993.
- _____. Comp. y presentación. *La Habana Elegante. Julián del Casal (In Memoriam)*. La Habana: Casa Editora Abril, 1993.
- _____. *Casal à Rebours*. La Habana: Casa Editora Abril, 1996.
- _____. «Dos crónicas inéditas de Julián del Casal». *Cuban Studies* 29. Pittsburgh, Pa.: University of Pittsburgh Press, 1999. pp. 105-115.
- _____. «Hacia una dialéctica del amo y el esclavo: las cartas de Julián del Casal a Gustave Moreau». *Katatay*. Revista crítica de literatura latinoamericana 3 – 4 (2006): 179 – 191.
- _____. *Julián del Casal o los pliegues del deseo*. Madrid: Verbum, 2008.
- _____. «José Lezama Lima y Julián del Casal en el Pabellón del Vacío». Gema Areta Marigó, editora. *Lezama Lima: la palabra extensiva*. Madrid: Verbum, 2011.
- MORPHY, MANUEL. «Notas». *El Hogar*. Año X, no. 17, mayo 21, 1893, p. 5.
- _____. «En honor de Casal». *El Hogar*. Año X, no. 38, noviembre 12, 1893, p. 4.
- NAVARRO, OSVALDO. «Prólogo. Ballagas, ni más ni menos». Emilio Ballagas. *Obra poética*. La Habana: Letras Cubanas, 1984.
- NAVARRO RIERA, JOAQUÍN (DUCAZCAL). «Julián del Casal». *Prosa y Verso*, semanario literario, Santiago de Cuba, 20 de octubre de 1894.
- _____. «Astro sin eclipse: Julián del Casal». *Revista Horizontes*; revista mensual hispano-cubana. La Habana, 1932.
- NUNN, MARSHALL E. *Vida y obras de Julián del Casal*. América, 1939.
- _____. «Julián del Casal, Firt Modernista Poet». *Hispania* XXIII, 1940.

- _____. *Selected Prose of Julián del Casal*. University of Alabama Studies 4. University of Alabama Press, 1949.
- PEARSALL, PRISCILLA. «A New Look at Duality in Julián del Casal». *Chasqui*. Vol. 8. No. 3. May, 1979. Pp. 44-53.
- PEREIRA Y MEDINA, LEOPOLDO. «Homenaje». *La Habana Elegante*, año X, no. 42, oct. 21, 1894.
- PÉREZ CARRILLO, A. «Julián del Casal». *La Habana Elegante*, junio 18, 1893.
- PONCET, CARMEN P. «Dualidad de Casal». *Revista Bimestre Cubana*. Vol. LII, no. 3. La Habana 1944.
- PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO. «Angustia y evasión de Julián del Casal». En *Cuadernos de Historia Habanera*, no. 13. La Habana, 1937.
- POVEDA, JOSÉ MANUEL. «Para la lectura de las rimas de Julián del Casal». *El Cubano Libre*, 19 (163): [2], 15 de junio de 1913.
- _____. «El homenaje a Julián del Casal. Extraordinaria actividad en los círculos literarios». *El Cubano Libre*. Santiago de Cuba, 19 (166). 18 de junio de 1913. p. 5.
- QUIÑONES Y ARMENTEROS. «A Julián del Casal (contemplando su retrato). Poesía». *El País*. Habana, año XVI, jun. 3, 1892, no. 130, Sección «Gacetillas», col. 1, p. 3.
- RIVERO, NICOLÁS. «Comentario sobre Casal». *El País*. Año XV, no. 262. Sección Gacetilla, nov. 3, 1893, p. 3.
- ROA GARCÍA, RAÚL. «Poetas de Cuba. Ensayo sobre Julián del Casal», en *Diario de la Marina*. La Habana, 94 (3), 3ª sección: 29; enero 3, 1926.
- _____. «Julián del Casal». Fechado 1954. *Retorno a la alborada* I. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1977.
- ROCASOLANO, ALBERTO. «Casal visto a través de su poesía». Julián del Casal. *Obra poética*. La Habana: Letras Cubanas, 1982.
- _____. «Breve acercamiento a Julián del Casal». Julián del Casal. *La tristeza infinita*. México: Oceano, 2002.
- RODRÍGUEZ DE TÍO, LOLA. «Las Horas» Dedicados a Casal. Es una respuesta al poema homónimo de Casal. *La Habana Elegante*, agosto 20, 1893.
- RUIZ BARRIONUEVO, CARMEN. «Julián del Casal, Huysmans y el modernismo». *El sol en la nieve: Julián del Casal (1863-1893)*. La Habana, 1999.
- SAAVEDRA, HÉCTOR DE. «Contemporáneos». *Cuba y América*, mayo de 1909.
- SAIZ DE LA MORA, JESÚS. «Julián del Casal». *Revista Habanera*, mayo de 1914.
- SANGUILY, MANUEL. «Corona fúnebre». *Hojas Literarias*, oct. 31, 1893.
- _____. «Un comentario sobre Casal». *El País*. Habana, año XVI, no. 261. Sección «Gacetilla», nov. 2, 1893, p. 3.)
- _____. «Recordando a Casal». *El Figaro*, año XL, oct. 21, 1923, no. 20, p. 322.
- SÁNCHEZ, JORGE LUIS. Director. *Donde está Casal*. Documental. 13 minutos, 35 mm. En el documental participan Emilio de Armas, Cintio Vitier, Dulce María Loynaz y Carmen, sobrina de Casal. La Habana: ICAIC, 1990.
- SANTOS GONZÁLEZ, CLAUDIO. *Poetas y Críticos de América*. París: Garnier, 1912.
- SCHULMAN, IVAN A. «Casal's Cuban Counterpoint of Art and Reality». *Latin American Research Review*. Vol. 11. No. 2, 1976. pp. 113-128.
- _____. «Las estructuras polares en la obra de José Martí y Julián del Casal». *Revista Iberoamericana* 56 (1963): 251-282.
- SORIA, GIULIANO. *Mondi trasfiguranti. Da Parigi a l'Avana, da Gustave Moreau a Julián del Casal*. Italia: Bulzoni, 2010.
- TORRES-RIOSECO, ARTURO. *Precursores del modernismo: Casal, Gutiérrez Nájera, Martí, Silva*. Madrid: Talleres Calpe, 1925.
- UHRBACH CAMPUZANO, CARLOS PÍO. «Margaritas (Para la tumba de Casal) (Poesía)». *La Habana Elegante*, mayo 1894, no. 20.
- _____. «Rondeles (Poesía)». *La Habana Elegante*, año X, no. 42, octubre 21, 1894.
- URBACH CAMPUZANO, F. «Para Julián del Casal». *La Habana Elegante*, año X, no. 42, oct. 21, 1894.
- _____. «Julián del Casal. Profesión de fe». *El Figaro*, año XVII, oct. 20, 1901, no. 39, p. 454.
- URBINA, LUIS G. «Nieve por Julián del Casal». Julián del Casal. *Nieve*. México: Edición de «El Intransigente», 1893.
- VALDES MIRANDA, BRUNO. «En la muerte de Julián del Casal; poesía». *El País*. Habana, año XVI, nov. 7, 1893, no. 265, Sección «Gacetillas», col. 1, p. 4.
- VALDIVIA, ANICETO. [Conde Kostia]. «Nieve por el Conde Kostia». *La Lucha*. Diario republicano. Habana, año octavo, no. 96. Sección «Crónica», abr. 22, 1892, col. 8-1, p. 2-3.
- _____. «Flor de Pascua. [por] Conde Kostia. A Julián del Casal». *El Hogar*, semanario ilustrado de las familias. Habana, año X, no. 6, feb. 12, 1893, p. 5.
- _____. «Comentario sobre el libro de Casal Bustos y Rimás». *El País*. Habana, año XVII, ene. 21, 1894, no. 18. Sección «Gacetillas», p. 2.

- _____ . «Dando a conocer el éxito obtenido por el libro «Bustos y Rimas», lamenta la muerte de Casal comentando lo mucho que ha contribuido Matanzas para la construcción de su monumento. [por] Conde Kostia [seud.].» *La Lucha*. Habana, año X, ene. 31, 1894, no. 27. Sección «Crónica», col. 2, p. 3.
- _____ . «Recordando en víspera del aniversario de la muerte de Casal se lamenta que se acuerde más en el extranjero que en su propio país. [por] Conde Kostia [seud.].» *La Lucha*. Habana, año X. oct. 20, 1894, no. 250. Sección «Crónica», col. 1, p. 2.
- _____ . «Recuerdo a Casal en el primer aniversario de su muerte». *El País*. Habana, año XVII, oct. 21, 1894, no. 250. Sección «Folletín», p. 2.
- _____ . «Primer Aniversario». *La Habana Elegante*, año X, no. 42, oct. 21, 1894.
- _____ . «Julián del Casal». *El Fígaro*, 7 de noviembre de 1897.
- _____ . «1893-1923. Artículo sobre Casal por Conde Kostia [seud.].» *El Fígaro*, año XL, oct. 21, 1923, no. 20, p. 322 y 329.
- VALLE, ADRIÁN DEL. *El Parnaso Cubano*. Editorial Maucci: Barcelona, 1906.
- VILLARRUTIA, XAVIER. «Prólogo» *Laurel. Antología de la poesía moderna en lengua española*. México: Editorial Séneca-Laberinto, 1941.
- VILLOCH, FEDERICO. «Viejas postales descoloridas: La celda de Casal». *Diario de la Marina*, 30 de marzo de 1941.
- _____ . «Viejas postales descoloridas: Las tardes de la Galería Literaria. Recuerdos literarios del año 90». *Carteles*, año 26, no. 12. La Habana, 25 de marzo de 1945.
- VITIER, CINTIO. «Recuento de la poesía lírica en Cuba. De Heredia a nuestros días». *Revista Cubana*, oct.-dic. 1956.
- _____ . «Octava lección. Casal como antítesis de Martí. Hastío, Forma, Belleza, Asimilación y Originalidad. Nuevos rasgos de lo cubano «El Frío» y «Lo Otro». *Lo Cubano en la Poesía*. Las Villas: Univ. de las Villas, Dpto. de Relaciones Culturales, 1958.
- _____ . «Poetas cubanos del siglo XIX. Semblanzas» (1968). *Obras 3. Crítica 1*. La Habana: Letras Cubanas, 2000. Pp. 240-243.
- _____ . «La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano» (1971). *Obras 3. Crítica 1*. La Habana: Letras Cubanas, 2000. Pp. 251-391.

EL MUSEO

SEMANARIO ILUSTRADO DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y CONOCIMIENTOS GENERALES

VOL. II

HABANA, 30 DE SETIEMBRE DE 1883.

NUM. 44

IGNACIO CERVANTES.

Ignacio Cervantes, el distinguido artista que tan gran triunfo alcanzó en el Festival del viernes último por su magistral arreglo de la *Tarantela* de Gotschalk para once pianos y triple quinteto de cuerda, nació en esta capital en 1847 y fué dedicado por su padre, *dilettante* distinguido, al estudio de la música, para la cual reveló desde muy temprana edad felicísimas disposiciones. En una temporada en San Antonio de los Baños, siendo muy niño, tomó las primeras lecciones de música con D. Juan Joval; pero hasta 1859 no empezó seriamente sus trabajos, hábilmente dirigidos por el notable pianista D. Nicolás Ruiz Espadero.

En 1865 marchó á París para continuar sus estudios en el Conservatorio y allí á la sombra de Marmontel y del célebre Alkan obtuvo en buena lid el 23 de Julio de 1866, el primer premio de piano y poco más tarde el de armonía.

En 1869 volvió á la Habana y desde entonces llevó una vida de actividad extraordinaria; hasta que en 1875 fué injustamente desterrado de la isla, con el violinista White, en cuya compañía daba á la sazón conciertos públicos. Volvió en 1877, y no ha vuelto á tocar en público; resolución que esperamos sea bien pronto quebrantada.

Hé aquí algunos párrafos en que otro distinguido artista, D. Serafin Ramirez, emite su autorizada opinión sobre el mérito y los servicios de Cervantes. Los tomamos de una obra inédita que con el título de *La Habana Artística* tiene en cartera el autor del *Manual del Dilettante*:

«El ha tocado con cuantos artistas han visitado este país: él ha tocado para los pobres á todas horas y en todas partes: su nombre figuró durante seis ú ocho años en cuantos programas de conciertos piadosos ó no piadosos se combinaron, dejando de todas esas funciones gratisimos recuerdos; y hay que notar que arrancó los mismos aplausos con la *Favorita* de Gotschalk que con la sonata *patética* ó la *appassionata* de Beethoven: con el quinteto de Schuman ó el gran *scherzo* de Chopin; con los tríos de Mendelssohn ó las rapsodias de Liszt, ó las fugas de Bach: el repertorio clásico y el romántico fueron para él uno solo; de todos supo sacar inmenso partido, al extremo de poderse asegurar que

nada, absolutamente nada, se ha escrito para el piano de mucho tiempo á esta parte que no toque magistralmente. Su mecanismo es fácil y correcto; su ejecución rápida, igual, limpia, segura, poderosa; su estilo, casi siempre suave, gracioso y elegante, es á veces enérgico y elevado.

«Como compositor tiene así mismo derechos indiscutibles á ocupar algun día un alto puesto, pues que á una originalidad esquisita, á una inspiración rica, ardiente y apasionada, reúne vastísimos conocimientos que le facilitan cuantos recursos pudiera necesitar para el mayor desarrollo y engrandecimiento de sus bellísimos é importantes conceptos musicales: solo le falta á Cervantes lo que á todos los artistas cubanos, estímulo.

«Entre sus obras más notables podríamos citar su sin-



IGNACIO CERVANTES

Aquel nombre tan bello: asedios a Julián Del Casal

La última velada

La selecta y numerosa concurrencia que asistió a la velada que dio el viernes el *Nuevo Liceo*— mayor sin duda que en la última, del día 20— demuestra una vez más que esta naciente sociedad ha ganado ya el primer puesto entre las demás de su clase y que es hoy centro de moda donde se da cita los viernes cuanto de más notable tiene la Habana en belleza y en ilustración.

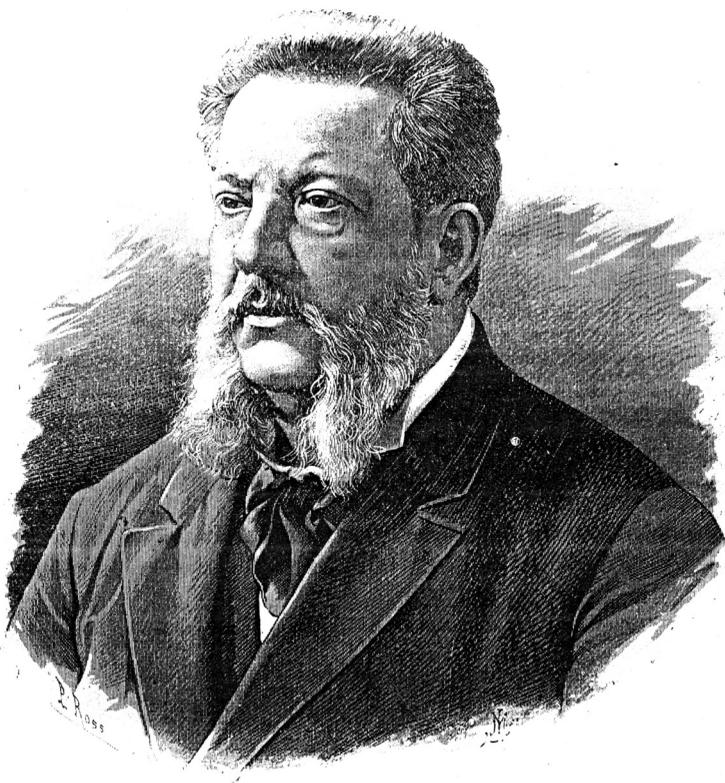
No había anoche el atractivo de la conferencia, ni el de la simpatía y fama del orador, motivos a que se ha atribuido otras veces el exceso de auditorio; un programa extenso, pero variado é inteligentemente combinado, logró llenar el teatro hasta el punto de tener muchas familias que invadir la tertulia.

Prueba esto que el *Nuevo Liceo* ha sabido corresponder dignamente a las numerosas simpatías con que cuenta y que en vano tratan de arrebatarse los envidiosos y egoístas.

No podemos como quisiéramos hacer una detallada relación de la magnífica fiesta del viernes en que todos los que en ella tomaron parte, fueron tan justa y calurosamente aplaudidos. La Sociedad Coral asturiana, que cuenta sin duda con un personal inteligente que puede presentarse con orgullo donde quiera, abrió la fiesta de una manera espléndida con el coro y aria de introducción de *Hernani* y cerró del mismo modo la primera parte de la velada con el coro del *Fausto*.

[...]

Piedad Junco, dulce como su nombre, interesante como nunca, recitó unos sentidos versos de nuestra magistra poeta Úrsula Céspedes. El Sr. Azcárate desempeñó anoche dos misiones a cual más simpáticas y propias de su carácter: en una presentó al público, acompañándolo a la tribuna, al Sr. D. Rafael de Cárdenas, poeta sexagenario, privado hoy de la vista, que recitó sentidamente un soneto titulado *Resignación* en que pinta el poeta ciego el desconsuelo en que vive y se resigna por que no ha perdido la luz del alma. El Sr. Cárdenas, cuyo nombre figura dignamente entre los poetas del Parnaso que publicó nuestro desgraciado amigo López Prieto, arrancó nutridos aplausos antes y después de la recitación de sus versos, conmoviendo profundamente a cuantos le escucharon. La otra misión del Sr. Azcárate fue presentar al público y leer unos versos del modesto joven poeta D. Julián Casal, titulados *Amor en el Claustro*, que revelan ideas y sentimientos pocos comunes en la juventud de hoy día. El Sr. Casal, cuyos versos fueron dignamente acogidos, será sin duda un buen poeta, y no pasará mucho tiempo sin que le veamos brillar en el propio Instituto que ha tenido la gloria de dárlo a conocer. El Sr. Azcárate, al presentar a uno y a otro, habló de ambos con merecidos elogios y fue aplaudido por su oportunidad y buen juicio.



NICOLÁS AZCÁRATE

[...]

[...]

B. C. y S.

El Museo. Habana, Agosto 5 de 1883. p. 43.

El General Lachambre

«Recuerdo de La Habana»

Rubén Darío

En noviembre de 1892, el autor de estas líneas llegaba a La Habana, de vuelta de un viaje oficial a España.

En un banquete que siempre agradecerá a la redacción de la excelente revista ilustrada *El Fígaro*, conoció a Raoul Cay, a la sazón redactor de la crónica elegante de dicha publicación. En la noche siguiente, Raoul condujole a su casa y presentóle el Señor Cay, padre, antiguo canciller del consulado imperial de la China, en la capital de la isla, entonces a cargo del Gran Sr. Tam Kin Cho, y a María, su hermana, una hermosísima cubana, gallarda, espléndida, con lánguidos y milagrosos ojos de criolla y fabulosa cabellera. Entró una visita. El Sr. Cay me presentó y me dijo su nombre. Era el novio de María: el señor general Lachambre.

Tipo marcial, de esa especial marcialidad española. Joven todavía, correcto, elegante: la mirada vivaz y escrutadora, barba y bigote negros, voz acostumbrada a mandar, afablemente serio; en la solapa del smoking, una camelia blanca. Pasamos Julián del Casal — el poeta celebrado por Verlaine y alentado por Huysmans y Moreau —, Raoul Cay y yo a un saloncito contiguo, a ver chinerías y japonerías. Primero las distinciones enviadas al Sr. Cay por el gobierno del gran imperio: los parasoles, los trajes de seda bordados de dragones de oro, los ricos abanicos, las lacas, los kakemonos y surimonos en las paredes, los pequeños netskes del Japón, las armas, los variados marfiles. Julián del Casal, el pobre y exquisito artista que ya duerme en la tumba, gozaba con toda aquella instalación de preciosidades orientales: se envolvía en los mantos de seda, se hacía con las raras telas turbantes inverosímiles... Y recordaba yo cómo Julián del Casal había cantado en admirables versos a María Cay — versos que pueden leerse en su volumen *Nieve* —, ¿enamorado de ella?... tal vez. Él parece que nunca lo manifes-



tara. De todos modos, allá en el salón los novios conversaban, en vísperas de sus bodas, pues éstas se realizaron poco tiempo después.

En la celda — era una verdadera celda — en que el poeta vivía en la redacción de *El País*, gracias a la bondad del Sr. Ricardo del Monte, había, entre varias reproducciones de telas de Gustavo Moreau, una del Calvario de Gerome y otros cuadros menores, un retrato de María Cay, de japonesa, antes de ser la generala Lachambre. Ante este retrato escribió un poeta amigo de Casal un sonetín¹¹ que anda por ahí, en los periódicos:

*Miró enfrente de la mesa,
bañado en la luz del día
el retrato de María,
la adorable japonesa.*

*El aire acaricia y besa
como un amante lo haría
la orgullosa bizzarría
de la cabellera espesa.*

*Diera un tesoro el Mikado
por contemplar a su lado
a princesa tan gentil.*

*Y ordenara a su pintor
pintarla junto a una flor
en un vaso de marfil.*

El general Lachambre logró hacer suyo aquel tesoro; la adorable japonesa fue generala y luna de miel pasó en España, de donde volvió a la isla el distinguido militar a ocupar el puesto de gobernador de Santiago de Cuba.

El cable nos anunció anteayer su muerte, en una de las batallas con los revolucionarios; ayer, felizmente, la noticia ha sido desmentida.

Es el general muy querido en la alta sociedad habanera y muy estimado en la capitánía general y allá en la corte de Madrid. En su carrera no es dudoso que llegue a más altos destinos.

11 José María Monner Sans inserta aquí la siguiente nota: “Pieza luego incluida en *Prosas profanas*, que el poeta aquí retoca, salvo en la segunda cuarteta”. Ver su *Julián del Casal y el modernismo hispanoamericano*. México: El Colegio de México, 1952. p. 249. Sólo agregaremos el significativo detalle de Darío desdoblado en una tercera persona a lo largo de la crónica. Por otra parte, puede verse que las cuartetas del sonetillo tienen cierto aire de familia con los *Versos Sencillos*, de Martí.

Es un hombre honrado y digno caballero. En cuanto a su valor, lo ha demostrado ya dando su sangre por la patria española.

La Nación de Buenos Aires, 7 de marzo de 1895. Se reprodujo en *Ramilletes de reflexiones*. Madrid: Los Sucesores de Hernando, 1917. Pp. 71-75.

Julián del Casal

El hombre y el poeta

Aniceto Valdivia (Conde Kostia)

Ahora casi comprendo por qué el maestro Rubén Darío le llamaba: *el enigmático*.

Casi; pero este *casi* es inmenso. Porque Julián del Casal fue el enigma del enigma; y como se necesita tiempo para comprender ciertos temperamentos de artistas, se necesitaba mucho para no comprender a Julián. Yo necesité diez años de un asiduo comercio amigable, de una activa *correspondencia svedenborgiana*, para que mi modesta, pero constante amistad, tanto como mi admiración, se tranquilizara ante los bostezos súbitos de aquella alma, de profundidades insondables.

Lo que Julián me dijo un día de sí mismo ha quedado en mi memoria con un asombro irremisible:

«Yo no he escrito todavía *una sola* línea de lo que quisiera escribir».

Y esta frase, exactamente pesada, seriamente dicha, con tono casi amargo, de un hombre que nunca, en ninguna página, sacrificó sus opiniones y creencias a los gustos y el favor del público; de uno que sin embargo halló, haciendo eso, en la crónica, en la poesía y en la prosa, el aplauso y la celebridad que otros piden a *trucs* de forbantes, a intrigas de salones, a ambiciones de cenáculos.

Pero qué sufrimiento íntimo, que tormentosa tristeza se lamentan bajo esa confesión breve y negligente! Hay algo más que la pena, natural a todos, de la cosa imperfecta; más que la obsesión de lo que se sueña enfrente de lo que se ha realizado, más que el dolor de las fuerzas dilapidadas. Moralmente, no podía quejarse de nada, habiendo obedecido a su conciencia; literariamente, sabía que a través de las imperfecciones, transparen-

taba el fuego, la claridad, la robustez de su espíritu y el brillo de su imaginación. Aunque incompleto — murió tan joven! — refinamientos se escapaban de su pluma, refinamientos confesados por él mismo. Julián sabía que la frase vulgar: «Es alguien» no se diría vulgarmente de él.

Su obra — cuatro volúmenes — es leída, totalmente, por toda América. Su primer volumen: *Hojas al viento*, fue un triunfo. A los veinte años tuvo los aplausos de los poetas y del pueblo y la unánime aprobación de la crítica; los otros volúmenes, fueron otros tantos triunfos.

En su retiro de *El País*, conoció las más bellas amistades literarias. A la vieja y noble casa que dirige Ricardo del Monte iban a ver al poeta ya algo enfermo del mal que debía llevarse, Pichardo, Hermida, Byrne, Manuel de la Cruz, Borrero, Malpica, Montoro; los mejores y los primeros. Ninguna puerta se cerraba ante él, ninguna mano se alejaba de la suya. Liberal, aunque fiel a sus hermosas tradiciones de arte, defensor de la independencia de lo bello, colaboraba en diarios y semanarios en Cuba, en México, en París — léase el volumen de *Cuentos* publicado por Gómez Carrillo — semanarios y diarios que representaban las ideas más diferentes y en donde solo sus grandezas le hicieron buscar y entrar.

Y sin embargo, a pesar de esos elementos de dicha perpetua, llevaba, visiblemente, en el alma una pena que acaso él mismo no sabía analizar. Un gran escritor francés, Huysmans, en una de las cartas que le escribió desde París le decía: «adivino en usted un sensitivo». Yo diré más que el admirable autor de *À Rebours*. Casal era un *sensitivo* «enfermo». Tuvo el raro privilegio de pensar mucho y bien, pero sentía mucho y dolorosamente. Y por un pudor invencible que alimentó su mal, escondió en sí mismo y mantuvo fuera de su obra — cuando tantos otros lo introducen artificialmente — el amargo perfume que para él desprendía toda cosa.

Él es, aunque desaparecido, y por encima de sus imitadores, el jefe indiscutible de la pequeña falange modernista en toda América, con el mérito — a pesar de la íntima convicción de que un poeta tiene el derecho de decirlo todo — de no haberse resignado a dar al público el espectáculo de una de las almas más inquietas de este tiempo preñado de inquietudes.

Yo no sé si en sus ocios de eternidad los ojos dulces y serenos del poeta de *Nieve* podrán leer este ensayo psicológico y si no sonreirá de mi rara y quizás torpe audacia: la de querer contar lo que él mismo no contó. Si no me equivoco, mi indiscreción acaso le entristezca; y si me equivoco, quizás sufra de no ser comprendido por el más fiel de sus fieles. Pero un deber y una necesidad de

justicia me ha obligado, aún a riesgo de degradar su adorada sombra, a explicar de la mejor manera posible, las rarezas, los enojos, los defectos misteriosos que algunos podrían reprocharle y de los cuales yo, con el más simpático de los afectos, entreveo las causas profundas.

Noviembre, 1897.

El Fígaro ¿1910? ¿1913?

In Memoriam

(Por Julián del Casal)

El lirio de Salomé

Esteban Borrero

Mucho tiempo hacía que Casal nos había prometido una visita a mí y a mis hijas. Acaso obedeciera al deseo de conocer a estas últimas la promesa aquella; porque él y yo nos veíamos alguna vez; nos conocíamos bastante ya, y en nuestra calidad de soñadores confesos nos lo habíamos dicho o nos lo habíamos dado a entender todo también.

Teníamos ambos la obsesión dolorosa de lo bello; y esclavos los dos (cada uno a su manera) de un compromiso social que nos apartaba de la contemplación, y por decirlo así, del cultivo de nuestra personalidad artística, éramos víctima de ese sentimiento de nostalgia de la patria ideal que persigue siempre a los que han contrariado una vocación; a los que por cualesquiera causas análogas no hallan en el medio que frecuentan el único pasto espiritual que apetecen. Conflicto doloroso lleno a las veces por parte del que lo sufre, de protestas que el vulgo no entiende nunca; pero conflicto bajo el punto de vista artístico, fecundo; tanto más fecundo, cuanto es mayor el contraste moral que entraña, y cuanto es mayor también, más sincera y abnegada la devoción con que acepta un alma así la penitencia purificante de la vida. Alguna vez he llegado a pensar que por ese proceso de mortificación espiritual aún no bien estudiado, puede el alma (dentro de lo que es subjetivo, entiéndase bien; y sin que aspire a un trascendentalismo ultraconsciente cualquiera) *reintegrarse*, al cabo, totalmente, recuperarlo todo, ¡todo! y lo que es más, recuperarlo en forma tal que pueda, edificándose y edificando, ofrecer-

lo al mundo, como flor, como la única flor, como fruto; como el único fruto de la vida, recóndita y misteriosamente sólo así, buena; sólo así realmente sana y fecunda.

Pero ¿quién va ahondar ahora en estas oscuridades del espíritu...? No era de esto de lo que quería hablar.

Llegó a casa de improviso Casal una mañana; llegó precisamente en los instantes en que yo salía a mis ocupaciones profesionales; y no podía atenderlo como hubiera querido; me quedé con él, medio turbados los dos, en la puerta, y hablamos así unos instantes.

Algunas de mis hijas estaban levantadas ya. —¡Niñas, dije, aquí está Casal, encárguense de él, volveré pronto! Y saqué un sillón y lo hice sentar en el portal de la calle que daba al río, permaneciendo yo de frente a mi amigo mientras venían mis hijas, algunas de las cuales habían cambiado desde el interior de la casa palabras de saludo afectuosas con el poeta. Bien sé quién fue la que primero habló así con él: era su amiga más entusiasta, la que no quiero, ni puedo nombrar ahora.

¡Qué recuerdos...! ¡Qué abismos de dolor se interponen entre aquéllos y estos instantes de mi vida! Sólo mis amigos íntimos y más generosos; los que conocen la his-



toria de mis desgracias, pudieran sondearlos conmigo.

De un modo u otro, Casal era también de *mi familia*: y su memoria de él y de Ella confúndense para mí dulce y naturalmente ultratumba[sic] con la misma vidente confraternidad llena de presciencias sobrenaturales, que en el mundo del arte los unió en vida. ¡Quién sabe tampoco cuando se empieza a morir...!

Aquella recepción fue una verdadera fiesta espiritual. Se vieron y se hablaron y se comunicaron como viejos amigos; todas lo conocían, todas sabían de memoria sus versos que habían leído y saboreado en la perfecta libertad literaria que yo concedí siempre dentro del estudio del arte elevado a mis hijas. Casal, tímido, turbado como una virgen se sentía envuelto en aquella atmósfera de simpatía en que flotaba con todos sus matices exquisitos de sensibilidad su alma entera de artista, y se le ofrecía así a través de tanto corazón que le amaba y a través de aquellas mentes juveniles y puras que le comprendían, como pudiera ofrecerse al Sol, en los momentos en que se nublaste voluntariamente, uno de sus rasgos descompuesto en iris a través de una lente de límpido cristal. ¡Oh fecunda, oh social, oh religiosa inefable influencia del arte bueno y sincero! ¡Oh eterna, incomparable virginidad del alma del artista!

Todo aquello había pasado rápidamente; y juntos, contagiados unos de la emoción de los otros, nos sentimos confundidos en una sola emoción como si tomasen en el instante mismo, beatificadas, nuestras almas la comunión ante el altar invisible de la sensibilidad estética; en aquel templo improvisado en mi propio hogar al arte, que es todo inteligencia, que es todo bondad, que es todo amor.

En el momento en que todos nos sentíamos más penetrados, llenos de la misma muda edificante emoción uno de mis hijos, no mayor de siete años, Esteban, vino; entró desembarazadamente en el grupo que formábamos, y aproximándose a Casal como a un igual suyo, le mostró un blanco y fresco lirio, húmedo aún, que acababa de arrancar de un tallo en el jardín de la casa.

—¡Toma, Casal, le dijo alargándole la flor, éste es el Lirio de Salomé!

Había publicado poco tiempo antes el poeta un hermoso soneto en que pintaba con admirable verdad artística la muerte trágica de Juan, el santo precursor del Mesías. Al fin del cuadro figuraba, con relieve extraordinario danzando, *Salomé* que mostraba gozosa por encima de aquel cuadro frío de muerte y de horror; como si llevase inconscientemente en sus manos un haz de rayos de la *gloria* del mártir: «*Un lirio blanco de pistilos de*

oro...»

El Poeta en presencia de aquella flor que condensaba el espíritu de la escena moral íntima en que tomábamos parte tan principal todos nosotros, se emocionó hondamente; púsose pálido, ruborizóse luego, se incorporó lenta y dulcemente y sin saber ya de sus afectos que culminaban de súbito en una efusión imprevista, suprema, se irguió transfigurado y radioso, y se arrojó sollozando entre mis brazos. Mis niñas vinieron naturalmente a nosotros, nos estrechamos todos; y, por un instante (¡ah, puedo decirlo!) tuvimos la conciencia de la vida espiritual como se ofrece a las almas puras, en esa suerte de transfiguración que opera en nosotros cuando nos invade con perfecta sinceridad moral un sentimiento profundo, generoso.

Aquel blanco lirio que Casal mantenía embarazado aún (como cuando se tocan cosas sagradas a que atribuimos una virtud sobrenatural) en una de sus manos y en el cual teníamos todos fijos los ojos todavía, fue la hostia de aquella comunión artística; el niño, el sacerdote puro que nos la ofrecía heroseándola con su misma inocencia en su candorosa, profunda y decisiva intervención en aquella escena. ¡Ah Poeta, ah dulce amigo mío de ultratumba, por ti, para ti recojo de entre los escombros de mi hogar en ruinas aquel lirio: lo he buscado a tientas con mano temblorosa entre las sombras que me envuelven: en donde la busco a Ella inútilmente, oyendo una voz apagada que me dice al oído: *Never more! never more!* y por ti ¡ay! por ti, como si al evocarla le prestase la vida fría que mi amor doliente presta por el recuerdo a tu amada personalidad de muerto, por ti vengo con aquella flor a llorar hoy una vez más sobre la tumba que guarda tu despojo mortal.

Si alcanzas a ver *tu lirio* lo verás fresco aún, como aquel día; pero lo manchan a trechos rutilantes gotas de sangre: ¡es su sangre de Ella...!

¡Ojalá que pudieras verlas, ojalá que llevasen a la tenebrosa región en que moras los destellos de viva luz que ven brotar de esas gotas de sangre mis ojos no cansados todavía de buscarla, no cansados de llorarla nunca tampoco!

Octubre 22 de 1899.

El Fígaro. Año 1899. p. 391.



El espíritu de Casal

Manuel Márquez Sterling

En un diario, acabo de leer estas líneas escritas por un íntimo de Julián del Casal:

«Hoy hace nueve años que dejó de existir en plena juventud y cuando ya su gran talento e inspiración eran geniales, el soñador y exquisito artista de Hojas al viento, Nieve y Bustos y Rimas, los tres primorosos libros que tanta fama dieron al poeta cubano, más apreciado fuera de su patria – triste es decirlo – que en su patria misma. Sin embargo, su memoria agrandada por el cariño de fieles amigos y de otros que, sin haberlo conocido, lo aman y admiran, perdura en Cuba. Otra vez han de ir hoy, a la tumba que guarda sus restos, a recitar sus versos y a llevarle flores, los que nunca lo olvidan.»

Y, en efecto, fueron. En la mesa de un café oí hablar del poeta y de su tumba; varios escritores de la nueva generación, opinaban, a capricho, acerca del mérito de Hojas al Viento; algunos bostezaron, en honor del difunto, y en las tinieblas insondables del olvido, me pareció que se perdía, por el plazo de un año, la figura del poeta. El íntimo amigo, el que asume la noble misión de recoger sus cenizas, tocará de nuevo, en el próximo aniversario, a la puerta de los pocos elegidos, y extenderá su mano en demanda de una limosna, la limosna de una lágrima para el poeta muerto.

Casal fue un error de las musas, que le enviaron a esta tierra anticipadamente. Le fue adversa la época en que comenzó su desenvolvimiento, pero más adversa le fue aún, para su memoria, la conmoción política que borró, de la conciencia cubana, el espíritu del artista soberano. Murió joven, en los principios de su esplendor, cuando aún no divisaba el término medio de su obra literaria. Tal vez la Naturaleza, compadecida, le arrancó la existencia, rectificando una triste equivocación que dejó, por huella, una ternura infinita en corazones piadosos.

Para nosotros, un poeta como Casal era un exceso al que no resistíamos por falta de preparación; no nos era posible, tampoco, estimularle, y lentamente, como una luz que oscila y describe enigmas en la sombra, el poeta fue haciéndose exótico. No pudo ejercer la influencia que su arte necesitaba; no tuvo horizonte; su verso palpataba solo, en el hastío de su retiro, y la vida, para él, era algo triste, una cueva insoportable, de la que tenía que escapar, con las alas que al espíritu lleva la muerte. Este proceso pasó inadvertido para las multitudes; su fin se

lamentó porque las gentes le consideraban un «buen muchacho, un muchacho de talento...» y sus versos, reproducidos con escasa frecuencia, eran gemidos de ultratumba que apenas lograban conmover a los mismos que hoy van a recitar sus versos y a llevarle flores...

Fuera de Cuba, en la inmensidad sudamericana, en donde vive y prospera tanto poeta medianejo, su obra fue máspreciada, su nombre obtuvo más gloria, y acaso ejerció un influjo de que aquí apenas nos damos cuenta. Allá, el arte tiene campo, aquí el arte es una mentira. Allá la obra tiene su valor, el mérito tiene su premio, como la religión su altar sagrado. Aquí nuestro espíritu, enfermo, no se detiene a libar, en los buenos versos, el ritmo divino, y allá recogen, sin propósito deliberado, las flores que aquí no nos sirven.

Nuestra juventud literaria que si no está bien preparada, encuentra un campo que puede fecundar, comienza a echar sobre el pasado sus ojos y concluirá por ver mucha hojarasca en los inmortales, en los consagrados por el patriotismo, y por descubrir joyas de arte en donde nadie quiso detenerse. Estamos en un período de germinación en el que podrán brillar algunos que salvaron su lira en los estremecimientos revolucionarios.

Tendremos, al fin, más lectores y más adictos, los que borrajemos cuartillas; se harán ediciones de la obra de Casal, se recogerá del montón anónimo lo que conser vase en viejas revistas, ignorado ya por los que no fueron de su tiempo, y cada año, mientras viva el fiel amigo, tendrá el poeta sobre su tumba la limosna de una lágrima y recitarán en ella sus versos y la cubrirán de flores los que nunca le olvidan...

Octubre, 1902.

El Fígaro, octubre 26, 1902.

Crónicas sentimentales. Nuestra visita a Casal

Federico Uhrbach

Bajo un cielo de otoño, de un moaré dulcemente melancólico, favorable al espíritu de las piadosas peregrinaciones, fuimos el lunes último, como todos los años, a visitar la tumba del poeta que murió de un mal raro y complicado, el asco de la vida, dejando entre nosotros, con las constelaciones de sus rimas y el brocado brillan-

te de su prosa, la herencia espiritual y perdurable de un amoroso culto, que lejos de atenuarse, de año en año acrecienta sus adeptos.

Bajo un cielo de otoño, más clemente que el cielo que entoldó aquella tarde inolvidable en que en hombros amigos fue llevado el poeta a dormir bajo el mármol de la cripta, su sueño sin ensueños ni terrores, fuimos al cementerio el lunes último, a vivir un instante en comunión intensa la vida del recuerdo, llevando nuevas rosas en las manos, y en el alma desnuda, entre el vuelo votivo de un misericordioso padrenuestro, los versos del ausente, que como las palomas de su canto, vienen a refugiarse en nuestro mundo interno en las humanas horas de tristeza.

Después del comentario del momento; de la frase piadosa y compasiva; de dejar en su empeño a la memoria asirse al espejismo del recuerdo para reconstruir fechas y escenas, ascendimos los breves escalones, traspasando de nuevo la cancela, «hacia la vida y hacia la esperanza», mientras quedaba acaso enredada en las rosas que dejamos, algo de nuestra propia esencia humana.

Y cuando en el crepúsculo abandonamos el jardín

del sueño, fingieron mis pupilas asombradas, sobre el fondo del cielo del ocaso de un moaré dulcemente melancólico, de la cándida cruz del mausoleo donde yacen los restos del poeta, una paloma que tendiera el vuelo.

¿Quiénes, — preguntaréis — fueron esos piadosos peregrinos?

¿Quiénes? ¿No presumís acaso quienes fueran?

¿Quiénes? Valdivia; y Pichardo, con la fragante ofrenda de las rosas de *EL FÍGARO*, y Hernández Miyares, también con un manojo de amorosas rosas; y Horta, y los hermanos Carbonell, y Francisco Coronado, y Callejas, Lozano Casado, Fernando de Zayas, Hernández Catá, Bazil y Fernández Cabrera:

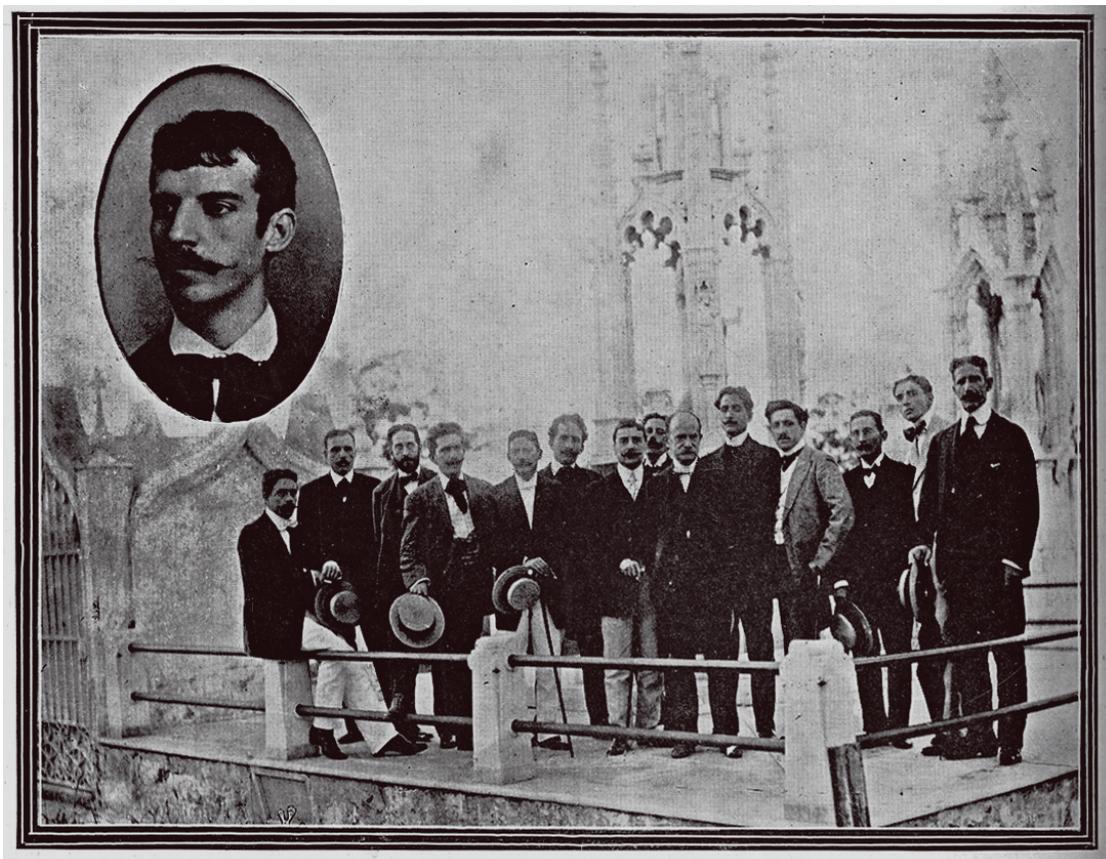
«Catorce amigos cual catorce versos».

Después, como en los años anteriores, en torno de una mesa nos reunimos en fraternal comida, donde supo el ingenio hacer derroche de fastuosas galas, y donde el verso alado, que brota rumoroso y espontáneo, corrió de labio en labio después de haber corrido de corazón en corazón hermano, y al culto del poeta que murió en una alegre sobremesa, al amoroso culto que allí nos congregaba oficiamos constante y fervorosamente, mientras la brisa marina llegaba hasta nosotros atravesando los vetustos álamos que a Casal inspiraron aquellas melancólicas estrofas, aquellas «Alamedas» tan llenas de sus sueños, y tan llenas, también, como sus sueños, de la amargura intensa de su vida.

Cuando nos separamos, creyeron mis pupilas que de los viejos álamos volaba una bandada de palomas negras, atravesando raudas el fondo melancólico del cielo....

Cuando nos separamos, creyeron mis pupilas que de los viejos álamos volaba una bandada de palomas negras, atravesando raudas el fondo melancólico del cielo....

El Fígaro, 27 de octubre de 1907.



CASAL. EN LA TUMBA DE CASAL. — ANIVERSARIO 14º DE SU MUERTE.

J. M. Carbonell.—M. Lozano Casado.—F. Coronado.—N. Carbonell.—E. H. Miyares.—F. Callejas.—M. S. Pichardo.—F. Uhrbach.—A. Valdivia.—O. Bazil.—A. Hernández Catá.—F. de Zayas.—J. F. Cabrera.—E. Horta.

De nuestro fotógrafo especial, Sr. Santa Coloma.

Films habaneros

El poeta Julián del Casal

Rubén Darío

De lo moderno ha sido este el primer lírico que ha tenido Cuba. De todos los tiempos, su primer espíritu artístico. Hace años ya que se apagó, como una llama. Yo le conocí a mi paso por La Habana en 1892. Una revista, *El Figaro*, reúne todos los años en el aniversario de la muerte de Casal a los que fueron amigos del poeta y se hace una visita a la tumba en que están sus huesos. Con este motivo se me pidieron unas palabras y yo expresé mi sentimiento y mi pensamiento en las que siguen.

He aquí que vienen, amado y grande Julián, a hacer te la visita acostumbrada tus amigos de antaño y otros nuevos que se complacen en las flores del jardín precioso que cultivara tu sutil espíritu, las cuales se diría que adquieren renovadas fragancias y se hacen admirar intactas y puras en cada primavera.

Hoy, pasajero en la tierra de tu isla, vengo yo también en el grupo de tu familia intelectual, entre los que te demuestran al final de los otoños que perseveran en el cuidado de tu nombre y que se acuerdan de ti.

Vienen a mi mente el día en que te vi por la primera vez. Fue en una casa de pensar y de escribir, en donde saludara la madurez amable y como llena de luz dulce de Ricardo del Monte. Luego, fue en unión de compañeros de ilusiones y de ensueños, "Kostia", Pichardo y Catalá, entre otros, elementos de cordialidad e intelectualidad. O en la morada de aquel señor gentil que gustaba tanto de las artes y que se llamaba don Domingo Malpica y Labarca; o en el paseo bajo el penacho de las palmeras; o en un sórdido barrio en el teatro de los chinos; o en el cementerio, en que hoy descansas desde que entraste definitivamente por «la puerta de la Paz» o, «en la popa dorada del viejo barco», en que viste cosas ilusorias que te harían realizar después versos de encanto y de melancolía. Como en el perdido Crisipo de Eurípides, que leyera Marco Aurelio, lo que había en ti de terrenal a la tierra volvió, pero lo celeste no tornó todo al cielo, pues algo ha quedado en tu obra misteriosa y melodiosa, para el tesoro mental de tu patria y el común acerbo hispanoamericano.

Creo ver tu rostro, con algo de angélico, de infantil, de extraño y de inquietante. La mirada como en un perpetuo asombro de haber nacido. Te hacías comprender sentimental, sensible, como poseído de un daimon torturante; ingenuo y malicioso a un tiempo mismo, paradisiaco o demoniaco por instantes; cortando la conver-

sación a cada instante con repetidos e interrogatorios ¿ah?... ¿ah?... sensual y místico, ya enrojecido de tentaciones, ya suavemente azulado de ángeles; contándome como un camarada y como a un confesor las cosas más pueriles y las más entenebrecidas y fantásticas; viviendo una vida de libro, divino Gaspar Hauser, o Des Esseintes pobre y atormentado por todos los deseos inconseguidos y todas las indomables hiperestésias.

Tu adoración por el arte era apasionada; proclamabas la aristía, la potencia intangible de las «élites», tu desdén por la aprobación de los docentes y por la popularidad. Así, socrático, platónico, luciliano o repitiendo con el Héctor de Nevio citado por Cicerón: *Laetus sum laudari abs te, pater, a laudato viro*.

Pues tu clasificación podría hacerse por tus preferencias y tus admiradores. ¡Cómo me leías gozoso una carta en que Gustave Moreau, con palabras hermosas como las gemas de sus cuadros, te agradecía los suntuosos y admirables versos que te inspirara! ¡Cómo me hablabas de Huysmans, de Rachilde, de Gourmont, y sobre todo del milagroso y desventurado Verlaine! ¡Y cómo tenías amplias percepciones de Arte, más allá de lo anormal y exacerbado de tus particulares complacencias, y celebrabas a los que cerca de ti, en tu tierra, eran triunfantes caballeros de la idea, o consagrados artífices de la palabra, el ilustre maestro Varona, Del Monte, Borrero, Byrne, Fornaris, y señaladas «musas», cuyos bustos labraras en el mármol de tu prosa. Y en nuestras repúblicas, cuyo logrado triunfo tanto te hubiera regocijado, tenías la más ferviente de las comprensiones y el más fraternal de los afectos por un hermano mayor que no te olvidará nunca.

¡Lo Bello! Tú «percibías sus palabras, sus palabras misteriosas», y buscaste su regazo en tus congojas y desolaciones de lírico enfermo y de infante perseguido. Te poseyó la tristeza, metiéndose en tu corazón y en tu carácter, al amparo de tu desequilibrio y de tus debilidades de *poete maudit*. Pero un hada consoladora te enseñaba tu propio conocimiento, te enjugaba sudores y lágrimas y te hacía ver tu alma de excepción, tu sangre imperial, tu signo de príncipe de la gloria. Pudiste ser un santo hasta el martirio, o hasta la visión claustral, pero tu «animula», «blandula», «vagula» fue conducida por enigmáticos genios, hacia un sabido palacio, seda y oro, en Ecbatana, en donde cien satanes adolescentes te repitieron las lecciones del *pauvre Lelian* y otros peligrosos pastores de poesía. Te entró la amarga malaria de un precoz «nihilismo»: parecía, a veces, que hubieras tenido mil años de existencia. Desencantado de filosofías, ahíto de volúmenes que no pudieron darte la tranquilidad, «con tu fiel compañero, el descontento», y «tu pá-

lida novia, la tristeza»; sin más derivativo a tu fiebre moral que el de las super e intra visiones de ensoñador; apegado a lo raro, a lo enfermizo, a lo exótico, a lo anti-natural; únicamente sujeto a un imperativo estético que ponía todo tu ser en constante vibración; caíste por fin teñido en tu púrpura, vestido con tu túnica inconsútil, siendo como el Cristo-Neso de tu propio genio.

Estabas empozoñado de desaliento, y, en verdad, el destino te tenía ya señalado entre los que mueren antes de tiempo. El apego a lo extraordinario era como la tendencia malsana a la rebusca de un paraíso artificial. Incomprendido, porque incomprensible, como no fuese a través de los cristales del capricho, no tuviste más momentos felices que los puramente cerebrales, pues el placer te cobraba por cada minuto concedido, intereses de Shylock, que tenías que pagar en acerbas penas. Te alucinaba la obsesión de la desgracia y eras la víctima de tus nervios de ultrasensitivo.

Tú eras el pequeño y porfirógénito de tu poema, que

*con sus huesosos dedos macilentos
las perlas del collar deshace en chispas.*

Tú veías pasar, a causa de dolorosas herencias ancestrales, por la mente paternal, «como pájaros negros sobre azul lago». Tú eras

*el pálido soñador
de la rubia cabellera,
siempre guardó el alma pura
libre de bajos enojos,
con el terror en los ojos
y en la mente la locura.*

Sentías por tu ser «frío de muerte», y en lo interior del alma «ansia infinita de llorar a solas». Cultivabas tus males y lo veías todo en negro. Preguntabas al misterio, con lágrimas en los ojos:

¿Por qué has hecho, Dios mío, mi alma tan triste?

Y sentías el aire frío que iba hacia ti, de Thanatos que avanzaba:

*Temo que el soplo de temprana muerte
destruya la cosecha de mis sueños.*

Tenías «la nostalgia infinita de otro mundo». Experimentabas

*la tristeza...
de los seres que deben morir temprano.*

Tenías el horror de tu carne y el orgullo de tu alma. No podías estar por mucho tiempo sobre la tierra. Así, de pronto, partiste, casi sin darte cuenta de que ibas a entrar en lo desconocido. Y dejó la ya inútil materia tu

psique, tu ánima purificada, para darnos la ilusión o la creencia de que te convertiste en uno de tantos ruiseñores inmortales que cantan en la noche de la eternidad.

En la tumba de Casal había este año menos visitantes que en los anteriores.

—Muérete y verás —dijo alguien.

Bajamos a la cripta del mausoleo particular, en donde descansa el poeta. Había varios nichos sin letrero indicador y varias marchitas coronas.

— ¿En dónde está Casal? — pregunté.

Nadie lo sabía.

El Fígaro, 21 de octubre de 1910.

«Notas y Noticias»

«Julián del Casal»

Nuestro amadísimo poeta, que en los pasados últimos días se vio atacado de pertinaz dolencia, de la cual logró mejorarlo notablemente el gran saber del ilustre Doctor Francisco Zayas, también nos abandona, aunque por breve tiempo; pues hoy sábado se ha embarcado para Yaguajay — residencia de sus hermanos — en donde seguro ha de encontrar, junto con las más dulces alegrías en el seno de su familia, la salud que vio quebrantada.

La Habana Elegante, 18 de junio de 1893. p. 5.

La estatua a Casal

Después de una conferencia

Aniceto Valdivia (Conde Kostia)

Simpáticas manifestaciones de alta cultura, de acendrado amor a la patria, ha ofrendado en el Ateneo de la Habana — para gala y orgullo de mi país — la Sociedad de Conferencias, creada por la hermosa iniciativa de los señores Castellanos y Henríquez Ureña. Ninguno

na ha sido, hasta ahora, más simpática y de más acendrada ternura que la velada homenaje a la memoria de Julián del Casal celebrada el miércoles último, encomendada, lo que pudiéramos llamar: la oración fúnebre al talento esclarecido del doctor Fernando Sánchez de Fuentes.

Pocas veces elección más hermosa ha caído en un ser más digno de tanto honor. Porque nada más acertado. Una de las glorias más altas del foro cubano iba a hablar de una de las glorias más puras de la poesía cubana — quizá la más pura. Y la expectación era grande entre los pocos que hoy quedan, compañeros íntimos de Casal. Y en el Ateneo se hallaban reunidos, los camaradas — mejor dicho: los amigos; aún mejor dicho: los hermanos del ardiente modelador de *Nieve*, del nostálgico arrojador de *Hojas al viento*, del insuperable forjador de *Bustos y Rimas*. La muerte y la distancia — muerte menor — habían alejado del Ateneo a Ricardo del Monte, a Manuel de la Cruz, a Figueroa, a Francisco Chacón, a Sarachaga, a Esteban Borrero, a Diego Tejera, a Manuel Serafín Pichardo... Pero los otros, — Meza, García Kohly, Catalá, Hernández Miyares, Carlos Latorre, Lola, Patria, la sonriente austera Magdalena Peñarredonda, Julia y Elvira Martínez, la joven musa Dulce María Borrero, — las santas adoradoras del Jesús de nuestra poesía, habíanse congregado a la piadosa cita y ante su celestial memoria, como ante un santo sepulcro eternamente luminoso desgranaban, enternecidas, el rosario, de granos de incienso, del adorable recuerdo. Como un perfume que nada puede evaporar, la esencia de sus versos — saturando todos los cerebros — flotaba allí como en una dulce asunción de apoteosis.

Un grupo de elegidos; los que él deseó — muy contados — para su renombre, tan lejano su pensamiento tiernamente aristocrático del ruido vulgar de la multitud ignara, como del aislamiento absoluto que aterroriza el alma. Y si alguna vez un deseo póstumo se ha cum-

plido en la voluntad de los vivos, es el que anoche realizó Casal. En la capillita de la gloria que fue el miércoles la sala del Ateneo, estaban sólo los verdaderos fieles, los que no le han olvidado, los que no le olvidan, los que no le olvidarán nunca.

La Conferencia del Sr. Sánchez de Fuentes ha sido una verdadera joya de arte: una encantadora perla de un oriente ideal, que irá a engarzarse, como un broche de camafeo en la abundante sarta de rubíes, esmeraldas y diamantes que años y años amontonan al pie de la estatua que todos le elevamos en la memoria. El discurso del ilustre orador fue un conmovedor análisis de la vida soñadora y fecunda en bellezas íntimas e íntimamente expresadas del Gerard de Nerval americano.

Como Nerval, escribió poco y soñó mucho. Como el amigo de Theophile Gautier, el amigo de Ricardo del Monte aleteó sobre todo con vuelo de libélula, acaparando la miel que había de ahogarle... Porque se muere de cultura, como otros de hambre. La enfermedad o el suicidio no son más que pretextos tomados por la saturación total para aplastar algunos cuerpos y desvanecer en la sombra eterna ciertas almas.

La cultura de Casal era enorme — aunque adquirida en pocos años. Puede afirmarse que lo sabía todo. De Homero a Guayta, de Cervantes a Valera, de Restif a Nonce Casanova lo había devorado — y casi digerido — todo. Y pocos, muy pocos, se dieron cuenta de esa ab-

AÑO XXVII. HABANA, OCTUBRE 22 DE 1911. N.º 48.

La Figuera

REVISTA -- UNIVERSAL ILUSTRADA



BUSTO A JULIÁN DEL CASAL. Y DOS ASPECTOS DEL CONJUNTO Y DETALLES DEL PEDESTAL, SEGÚN EL PROYECTO DE JOSÉ VILALTA SLAVETSKA. (Clichés de Zarech).

PREOCUPACION

*Qual laborator que, con pujante brío,
del sol naciente á los fulgores rojos
decañando del campo los rostros,
granos siembra en el surco á su albedrío,
y en la noche, al oír el viento frío,
se le llenan de lágrimas los ojos,
porque teme encontrar sólo rastros
donde soñó la niñez en el estío;*

*así yo que, en mis veces primaveras
siembro por mi camino las quimeras
engendradas en días halagüeños,
al sentir los rigores de la suerte
temo que el soplo de temprana muerte
destruya la cosecha de mis sueños.*

JULIÁN DEL CASAL.

no, vive en su hermosa é intensa obra lírica como vive la luz en las facetas del diamante.

Prueba de ello y del amor de Cuba, es el busto del poeta que será colocado en un lugar público, por iniciativa de un grupo de sus admiradores y amigos. Estos laboran con loable empeño para que sea pronto elocuente realidad ese homenaje. A ese efecto han pedido á artistas distinguidos el envío de diseños é proyectos que traduzcan en la piedra el recuerdo perdurable del noble trovador. Vilalta Slavetka ha enviado ya desde Roma los que aparecen en esta página, en la que hemos querido conmemorar el aniversario del que murió riendo y cantando...

Cuba debe ese homenaje á Casal por los días de gloria que le ha dado.

El busto de Casal
CON MOTIVO DE UN NUEVO ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

UN nuevo año nos separa del amado poeta. En cada aniversario es justo recordar su nombre con admiración y ternura, refrescando así manojos de flores rotivas y espirituales en que el alma del poeta, vagarosa en el viento, ha de aspirar aromas de evocación fraternal. Todo cambia, se modifica, se envejece. El tiempo, esa catarata de horas, cae sobre la vida, desgastándola; pero la memoria de Julián del Casal, mientras aliente un corazón delicado y un cerebro pensador en la patria cubana, no podrá desvanecerse.

Julián del Casal, el Musset cubano.



sorción de ideas y hechos. Quizás Enrique Hernández Miyares nos diga algo sobre esto; él que ha sido el Tattet de este nuevo Musset. Y sin embargo, el gran Julián acostumbraba a decirnos después de una de sus conversaciones a lo Pic de la Mirandola: «no soy nada; no sé nada». Y pensábamos que efectivamente aquel blondo sabio de ojos de ondina no era nada en una época como la nuestra en que si no se es alguien, es preciso, por lo menos, ser algo. ¿Qué era el pobre y colosal Julián, arrojado en el combate de la vida sin otras armas que su título de bachiller — que es el *imbele tellum sine ictu* de *La Eneida*? Y así se deslizaba su vida como la de un pájaro de ricos colores agitando alas convulsivas en la neumática campana que brutalmente le ahogaba.

Pero la justicia, no por tardía, es menos bien llegada. La hora de la augusta reivindicación ha sonado — y a rebato — por los labios elocuentes del orador del miércoles. El Dr. Sánchez de Fuentes nos ha recordado la más sagrada de las deudas: la de perpetuar en mármol la figura del soñador que es hoy la más grande de la América que habla castellano. Casal es el blasón de esta República que anhela proclamarse en arte, ateniense, anhelo irrealizable si no alzamos ante la cultura que duerme en el fondo de nuestra mentalidad la atrayente cara del joven Sócrates de la rima. Hagamos con él lo que la nación americana ha hecho con Poe. Sigamos ese ejemplo de remordimiento. No había una sola estatua del gran poeta hace algunos años en toda la extensión territorial del Norte. Y a los Estados Unidos les faltaba algo. Hoy Poe se alza en mármol, en bronce, por parques y plazas.

Y a Cuba le falta también algo: la estatua de su poeta, que borraré nuestro remordimiento y nos hará aparecer dignos hermanos del que todo lo sacrificó a la grandeza, a la belleza, a la gracia, a la majestad de la patria, para la cual deben ser sus poetas, sus sabios, sus inventores los más grandes de sus hijos.

La «Sociedad de Conferencias», coronando la grandeza de la obra emprendida, tiende la escarcela a las diestras cubanas para el monumento a Casal y Cuba hará por los hijos que la engrandecen lo que toda madre hace por los hijos que la aureolan: alzarles la sthela[sic] en que se desportilla el olvido.

Dcbre. 1910.

El Fígaro 51. Año XXVI. 25 de diciembre de 1910.

Manuel Serafín Pichardo

Rubén Darío

.....

Soñaba yo con la Habana como con una capital de placer y de deleite. Una decoración extraña y pintorescas fortalezas sobre las olas; playas adornadas de árboles y flores del trópico; calesas en que iban marquesas blancas de grandes ojeras; criados negros, terribles y fieles; elegancias europeas en un ambiente tibio de pereza sensual, y sobre todo, una cálida gracia que embargaría los sentidos y haría soñar de tal manera que se sentiría pasar la vida como una onda de miel y una caricia de seda. Y mi adolescencia se estremecía ante tantas imaginaciones.

Yo decía: amar allá en Cuba debe ser amar. Decía: el gozo en Cuba debe ser un multiplicado gozo. Y sentía como el sabor de un beso de rara Sulamita, con un algo de azúcares de níspero, de ámbar, y de la miel y de la leche que regocijaron el paladar del querido colega, del perfecto enamorado que se llamaba Salomón.

Muchos años pasaron y pude por fin estar unas horas — las que el vapor me permitía — en tierra cubana. No tuve tiempo de verificar mi ensueño antiguo. Esas horas las pasé entre poetas y almas generosas que me manifestaron su fraternidad y su cariño en un banquete inolvidable. Entreví, sí, jardines, elegancias, ardientes poemas de carne, ojos milagrosos. Y con los poetas, entre tanta vida, la única visita que pude hacer fue a la muerte. Ciertamente — el motivo no lo recuerdo —, nos dirigimos al cementerio, en aquel día un tanto opaco, con otros amigos: Kostia, el perspicuo; Hernández Miyares, cuya gentil arrogancia se arregla muy bien con su amabilidad cordial: Raoul Cay, aquel *charmant* Raoul, en cuya casa bebimos un té digno de Confucio y nos vestimos de mandarines chinos con espléndidos trajes auténticos, mientras en el salón el general Lachambre hacía la corte a la soberbia María, hoy su respetable viuda; Julián del Casal, atormentado y visionario como Nerval, todo hecho un panal de dolor, un acerico de penas, ya con algo de ultratumba en las extrañas pupilas, y que hoy reposa en la paz y en la gloria que merecieron su corazón de niño desventurado y sus versos de hondo y exquisito príncipe de melancolías; Pichardo, el que es hoy laureado poeta de la Isla, y yo.

Tengo presente que íbamos conversadores y que retornamos menos locuaces y con alguna vaga tristeza. ¿Es que comprendimos que la visita debía ser pronto pagada? ... Poco tiempo después llegó la Misteriosa, en

su carro negro, a casa de nuestro pobre Julián.

Y fue en esa tarde de la visita al cementerio, como en las horas del ágape amistoso, cuando por primera vez comuniqué con el alma poética de Manuel Serafín Pichardo — a quien su pueblo aclama entre los primeros — pudiendo apreciarle entre los vinos y las rosas, y junto a los cipreses. [...]

.....

Letras (1911). Reproducido en: Rubén Darío. *Obras Completas*. Vol. I. Madrid: Afrodiseo Aguado, 1950. pp. 608 – 610.



Por el busto de Casal

Carta a Enrique Hernández Miyares

Emilio Bobadilla

Habana, 13 de enero de 1911

Sr. Enrique Hernández Miyares. — Presente.

Querido amigo:

Me parece muy plausible el proyecto de Vds. de consagrarle a Casal un busto en uno de nuestros parques o paseos públicos: el poeta lo merece por su estro, por su factura casi impecable y por su vida atormentada y corta.

Conviene que en estos tiempos de prosa y de tanto por ciento, se vuelva los ojos con amor a los que vivieron intensamente la vida del espíritu, a los que ilustraron el suelo en que vieron la luz con los productos de su inteligencia.

No deja de ser significativo que nuestra joven república haya pensado en perpetuar en piedra la memoria de los artistas con preferencia a la de los guerreros. Hermoso y noble es morir por la patria; pero no es menos hermoso y noble honrarla con las manifestaciones intangibles de la vida interior con sus emociones, con sus ideas, con sus fantasías, con sus dolores, con sus júbilos, con

sus cavilaciones, sus amores y sus desfallecimientos....

Mi adhesión a lo que Vds. proyectan es sincera, y lo que deploro es que a su sinceridad no pueda yo añadir una acción decisiva. Respetar a los muertos equivale a respetarse en vida. Ellos representan un pasado siempre presente como nosotros representamos un presente que camina sin que nos percatemos de ello, hacia lo pasado.

Los poetas son, entre los artistas todos, los que encarnan mayor suma de idealidad y de ensueño. Pasan por el mundo deshojando las flores de sus esperanzas y de sus tristezas para que sirvan, una vez muertos, de perfume a las soledades de nuestro espíritu.

Pensemos en ellos, evoquemos su sombra y desde el fondo de sus tumbas sabrán pagar la piedad de nuestro recuerdo con el aroma inefable, con la música divina de sus versos.

Te abraza tu amigo,

Emilio Bobadilla

El Fígaro 1. Año XXVII. Habana. 1ro de enero de 1911. p. 45.



Visitas al Cementerio

*Antaño y ogaño. Tristezas de la vida. La vejez y las mujeres guapas. La tumba anónima de Casal. Mis recuerdos del poeta.*¹²

Pedro Giralt

[...]

Pero volvamos al Cementerio. Ayer domingo, a las cuatro y media de la tarde, la alameda central era un jubileo. [...]

[...] y luego me interné en las calles laterales con la idea de buscar la tumba de Julián del Casal. A ese efecto me traje un grabado de *El Fígaro* en el que aparece un grupo de las personas que visitaron el panteón de Casal el mes anterior. No quise preguntarlo a nadie, por-

12 Parece haber sido publicado en el *Diario de la Marina*. No sabemos la fecha en que se publicó, pero lo situamos aquí por la alusión a la propuesta de hacerle un busto a Casal. Pedro Giralt publicó *El amor y la prostitución* (La Habana, 1889) en respuesta a *La prostitución en la Ciudad de la Habana*, de Benjamín de Céspedes (La Habana, 1888). Del artículo de Giralt solo reproducimos lo relacionado con Casal.

que prefiero investigar yo mismo lo que solo a mí me interesa; y después de estar media hora atisbando los panteones parecidos al de Casal acerté a divisarlo. Se halla junto al paseo de la entrada a mitad del camino a la derecha. Allí estuve meditando y recordando; porque yo conocí y traté a Julián del Casal en los comienzos de su vida literaria. Era allá por el año de 1883. Yo trabajaba en la casa de Miguel Villa haciendo el catálogo de la librería situada en la calle del Obispo. Allí solía concurrir el gran poeta cubano Rafael María de Mendive a hojear libros y periódicos. Muchas veces venía con él un joven pálido, enteco, tristón y callado; con un ligero bocito rubio y de aspecto agradable, que solía hablar o mejor dicho, solía escuchar al anciano poeta de quien era discípulo fervoroso. Aquel joven era Casal.

Yo, que también a ratos hacía versos y, aunque me

esté mal decirlo, llegué a publicar dos libros de poesías, solía meter baza en las conversaciones con Mendive. Hablábamos de letras y de poesía y de los vicios de la literatura moderna, y solíamos acompañarle a su casa por la calle del Obispo y la del Prado hasta la de Genios, donde vivía. Mendive tenía un aspecto venerable de cara llena, rubicunda, con una barba blanca que le asemejaba a Víctor Hugo. Se lo dijimos un día y él se mostró muy halagado, porque el gran poeta era su modelo favorito.

Pasaron los años. Yo me ausenté de la Habana y en esta ausencia fallecieron Mendive y después Casal, dos poetas ilustres de Cuba y los dos casi olvidados. Todos estos recuerdos me pasaron por la mente como una nube tormentosa al contemplar la tumba de Casal, y para distraerme busqué el nombre del poeta en los mármoles del

panteón y no pude hallarlo. ¡Será posible! Todos los años va una comisión de poetas admiradores de Casal rindiendo justo homenaje a su memoria y no hay una triste lápida que diga dónde están sus restos.

Me parece haber leído que tratan de hacerle un busto de mármol. Si no alcanzan los medios, póngase, al menos, una simple inscripción en su tumba, que costará muy poco, que diga al caminante dónde reposan las cenizas del inolvidable cantor de las amarguras del alma que navega en un mar de tristeza infinita.

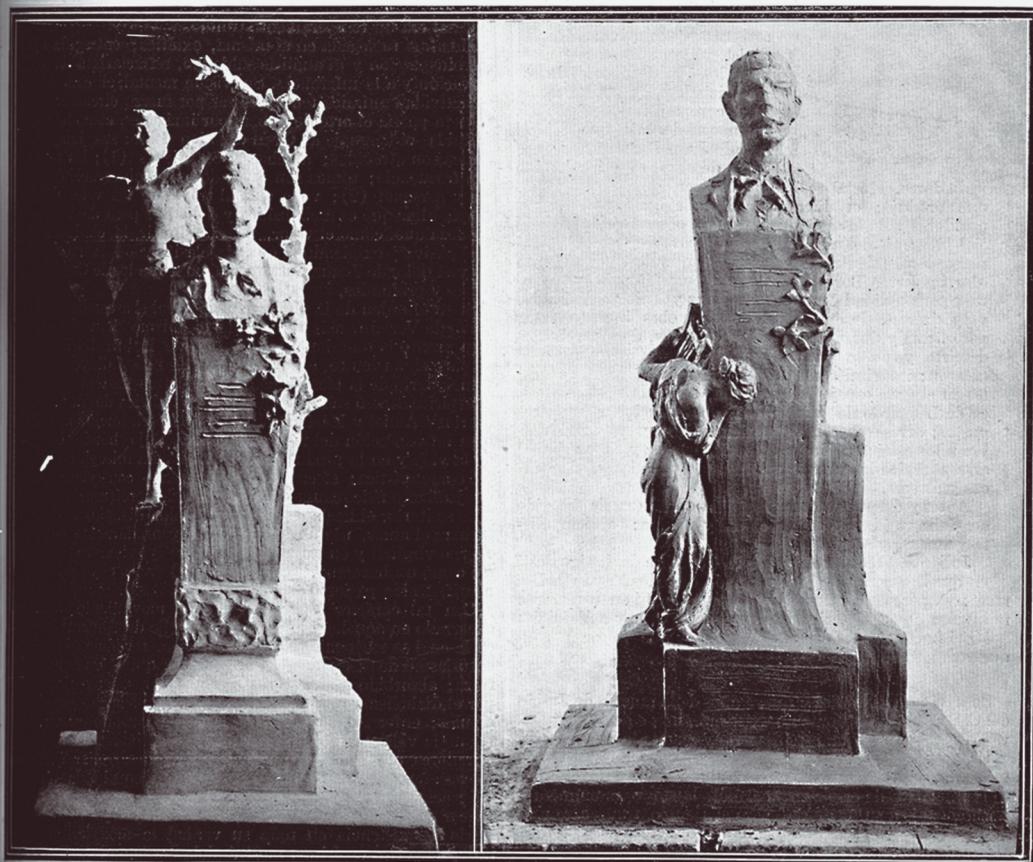
AÑO XXVIII.

HABANA, OCTUBRE 27 DE 1912.

Núm. 43.

EL FIGARO

REVISTA UNIVERSAL
:: :: ILUSTRADA :: ::



A LA MEMORIA DE CASAL.—REPRODUCCIÓN FOTOGRAFICA DE DOS BOCETOS DE UN BUSTO A CASAL, ENVIADOS POR EL ESCULTOR BUEMI A LA COMISIÓN ENCARGADA DE HONRAR LA MEMORIA DEL POETA.

Canto élego

En memoria de Julián del Casal

José Manuel Poveda

Grave compañero, nocturno mastín funerario
que atisbas el Tránsito al brillo de tu lampadario,
y doblas tus dobles con lento ademán:
dime si le viste, y dime a qué oscura ribera
fue el dulce poeta precito en su marcha postrera,
Cerberos que espías a los que se van.

Aquel heresiarca fue todo de pétalo y cántico;
bardo decadente, llevó un dulce nombre romántico;
cantó en loa del bien sonatinas del mal;
loco de tristeza, gimió su pesar taciturno,
flamínea en su frente la lívida luz de Saturno,
rapsoda del propio relato fatal.

Niño alucinado, previó que se iría temprano,
e indolentemente, tendió hacia la sombra su mano,
cual vaso vacío al escanciador.
Murió para el gozo, que artero un callado verdugo
le puso en el vaso, tal como a los magos de Hugo,
perenne brebaje de angustia y rencor.

Le halló la alborada tallando en zafiro el espacio,
lanzando sus hojas marchitas al buen viento lacio,
puliendo en facetas su desilusión;
fogoso y doliente, con fuego y dolores del trópico,
torvo e intranquilo, debajo de su credo utópico,
y con sed de vicios en el corazón.

Mas vino la tarde. Nevaba, y un lírico anhelo
llevóle a otra senda, bajo otro mirífico cielo,
sobre una gran cumbre de Serenidad.
Vio egregias visiones: a Saulo en el santo camino,
Y al bardo del Lacio, gozando su infausto destino,
con indefinible voluptuosidad.

Y al fin fue la noche. Satán murmuro su trisagio
y dijo el ritual. Baudelaire en monótono adagio
cantó las antífonas turbias del mal;
Volupta fue diosa; Tristeza fue goce y demencia;
fue cuerda quebrada de orgasmo y de luto Juvenia;
Saturno vertía su lumbre retal.

Abrióse, una tumba. Cayó como cae una estrella
en el infinito, sin más oblación ni otra huella
que lívida estela de efímera luz.

Divino blasfemo para el que fue odiosa Natura,
no pudo en el vago Moriah donde halló sepultura
crecer una flor ni elevarse una cruz.

Grave compañero, nocturno mastín funerario,
que atisbas el Tránsito al brillo de tu lampadario,
y doblas tus dobles con lento ademán:
dime si le viste, y dime a qué oscura ribera
fue el dulce poeta precito en su marcha postrera,
Cerberos que espías a los que se van.

Octubre, 1912

El Figaro 42, 20 de octubre de 1912. p. 614



**GRUPO DE POETAS Y ESCRITORES, EN LA TUMBA DE CASAL,
EN EL 19º ANIVERSARIO DE SU MUERTE.
Fot. de Santa Coloma, para EL FIGARO.**

Casal

Arturo de Carricarte

En nuestras letras contemporáneas destacan con propio vigor tres personalidades eminentes, prematuramente desaparecidas: Juana Borrero, Manuel de la Cruz y Julián del Casal. Unid a esos tres nombres esclarecidos el de otro muerto insigne: José Martí y el de un artista que sobrevive: Aniceto Valdivia, y tendréis completo el grupo de los “modernistas” de Cuba, los iniciadores y apóstoles del «paisaje complejísimo de la compleja alma moderna» que dijo el malogrado Juan D’Sola.

Fuera de ellos solo ha habido imitadores. Horta, recientemente perdido, «sintió» más que produjo; su diletantismo le alejó por igual de los creadores y de los catequizantes. Su obra fue demasiado «al margen» del arte y de la vida para dejar huella imperecedera, mientras los artistas nombrados, por su genio Martí y Juana

Borrero por su exuberante fantasía y poderosa personalidad Manuel de la Cruz y Aniceto Valdivia, vulgarizaron, sin empujarse, la obra ingente lenta, pero firme y duradera de los iconoclastas, de los rebeldes del arte y de la ética convencionales. Catequizaron y crearon; imprimieron rumbos; mostraron «cosas naturales en el gran espejo» de su alma, según la frase sintética de Leonardo Da Vinci; hicieron reaccionar nuestros gustos; arrasaron con el tradicionalismo y la servidumbre a los clásicos; dieron su savia, su luz y su aroma al arte, rompiendo barreras y arrasando valladares, magníficos y altivos.

Antes y después de ese grupo, la obra de arte ha sido en Cuba rutinaria, convencional y tímida; tradicionalista y amanerada.

Julián del Casal no llegó a la «cumbre de los iguales» en que se alzan ante la admiración de todos Martí y la Borrero; su personalidad no tuvo la pujanza, ni su carácter la fe intensa que caracterizó a Manuel de la Cruz y a Valdivia.

¿Qué fue, entonces, Julián del Casal y qué representa en nuestras letras?

I

Se han cumplido diez y nueve años de la muerte de Julián del Casal, y a estas horas no existe aún una edición definitiva de sus obras, ni un estudio serio y meditado de su labor.

Un grupo de fieles acude en cada aniversario al ajeno panteón en que descansan sus restos; alguna vez se ha expuesto la iniciativa de erigir en mármol, busto o monumento, un homenaje a su memoria, pero el tiempo transcurre y ni cristaliza el proyecto ni aún se ha dado definitivo y propio alojamiento a sus cenizas.¹³

Muy de vez en vez, el nombre de Casal figura en nuestras revistas; y acaso alguien ha invocado su memoria para destruir impiamente todos sus timbres sin razonar la condenatoria sentencia ni paliarla con el reconocimiento de los méritos que en no escaso grado atesoraba y que hacen destacar su figura entre el cúmulo de mediocres productores que le precedieron.

Los elementos para fundamentar un juicio sobre Casal abundan; por suerte en su obra póstuma *Bustos y Rimmas* ofrece, gracias a la indiscreción de la prosa, ancho



J. CASAL. • M. REMO.

UN RECUERDO

A manera de original y simpático recuerdo reproducimos esta fotografía, hecha en la intimidad de un hogar años hace, en 1889.

En ella aparecen, en original y caprichoso grupo, el inolvidable Casal y nuestro muy querido redactor M. Remo.

Casal vive y continuará viviendo en el recuerdo de los que sienten y aman, de los eternos adoradores de lo bello.

13 Las de Manuel de la Cruz fueron traídas del extranjero, más en homenaje al patriota que al artista; las de Juana Borrero esperan aún el reclamo de la patria que amó con todo el fuego de su alma arrebatada...

¿Habrá de ser quien rinda el homenaje en esos múltiples órdenes al autor de *Nieve* una nueva generación, cuando ya han surgido dos que alientan y laboran?

Juana, Manuel de la Cruz, Martí cuanto poeta y literato, esperan aún esa consagración.

campo en donde buscar hasta hallar, desnuda y sin afeites su alma de artista, y en los versos de ese volumen y en los de *Nieve* y de *Hojas al viento*, ofrece sobrado material para que el crítico arranque su secreto al poeta y pueda hallar la clave de su «maniere» y la característica de su espíritu, incuestionablemente delicado y sensible.

Por de contado Casal no fue versificador original; las pocas audacias que muestra en su técnica, son adaptaciones de la revolución literaria consumada en Francia coetáneamente con él y en los lustros inmediatamente anteriores. De Verlaine y de Baudelaire estaba saturada su mentalidad. Sintió con ellos y por ellos, y su propia personalidad artística sufrió el influjo primordial de esos dos grandes creadores.

Fue, consecuentemente, su obra poética «refleja», por la técnica, en lo que atañe exclusivamente al orden formal y por su esencia, por lo que señala y distingue inconfundible y propia la personalidad.

II

Casal era un temperamento tímido.

Un alma replegada en sí misma, extática; entregada a la introspección y al análisis subjetivo, refractaria a la observación y a la inferencia. Su visión mental, el campo de su actividad anímica tenía que ser por fuerza circunscrito. Si es la poesía el arte de hablar por imágenes, como ha sido definida, el lenguaje de Casal era bien pobre: sus imágenes nunca atrevidas; muchas veces ajenas¹⁴; las repite con frecuencia; nunca son reveladoras de observación propia y personal¹⁵; ve la vida al través de los velos de su propia alma que es melancólica y doliente, pero de una delicadeza que, como el valor, podría admitir la clasificación de «pasiva» exigiendo la opuesta clasificación la melancolía y el dolor de Juana Borrero, más aún que los de Casal, intensos y profundos.

Si en el orden de la técnica sufrió Casal el ascendiente positivo de Verlaine, más audaz que el mismo Baudelaire, y bien pronto la obsesionante sugestión de Rubén Darío (sin disputa el más culto, el más audaz y el más influyente revolucionario de las técnicas poéticas en letras castellanas) en lo espiritual pesó sobre Casal la sombra tétrica de los dos «solitarios» Amiel y María Baskirshof. Especialmente la morbosa introspección del

famoso suizo produjo honda huella en la vida y en la producción de Casal. La misoginia en él fue característica: efecto de su timidez o consecuencia de su relajamiento físico causado por sistemática preferencia al deleite solitario, el hecho es que vivió solo, aislado, sin que turbara el amor, ni aún hallándolo impensadamente en un cuerpo virginal y en un alma superior: «yo siempre te querré como un hermano», dijo a Juana Borrero, cuya primera manifestación pasional la arrastró hacia Casal.

Con tal carácter tímido, reacio al movimiento social, encerrado en aquella triste casa de la calle de Teniente Rey, en la cual se extinguió otra vida ilustre, reverenciada con entusiasmo de discípulo y amor filial por quien estas líneas traza; absorbido por lecturas perturbadoras, sugestionado por el diabolismo y misticismo laico de Baudelaire y sus discípulos; enfermo mortalmente; débil; librando precariamente la vida y entornado por un incienso halagador de admiradores apasionados, no pudo Casal desarrollar en los breves años de su existencia ni todo su numen ni toda su inteligencia, nutrida por lecturas sistemáticas que lejos de tonificar su espíritu contribuían a debilitarlo y lejos de mostrarle la existencia en toda su verdad la modificaban al influjo de otros espíritus, mostrándola desfigurada y fantasmal, aunque los autores que así absorbían su imaginación habían vivido su vida como aceptaba George Sand que había sido la suya en consonancia con ancestral divisa: «corta, pero buena».

Corta fue la de Casal, pero triste y mísera: las circunstancias políticas del país; la desorientación general; el único ideal de las clases más cultas, la independencia, cultivado en secreto cual cosa vitanda y peligrosa; precario el periodismo; restringida la cultura a un grupo de selectos y ese mismo grupo comunicándose entre sí como proscritos en la propia tierra; pasándose la palabra de bien y de libertad de boca a oído, y sin que pudiera tonificar su alma ni restaurar su organismo depauperado en una existencia activa e intensa, Casal no podía hallar estímulos bastantes para arrancarse a su enervador quietismo, fatídico y mortal, pero cuyo secreto encanto tiene horas de atracción para todos los artistas y para todos los soñadores, que al cabo soñador y artista son términos equivalentes....

14 Citaré algunas de *Bustos y Rimas* que por ser edición no agotada, ofrece facilidad para la comprobación: Pág. 42. «Aquella cabellera que como un mar espumante se desbordaba por sus espaldas». Pág. 79. «Destrenzados los cabellos de oro sobre las espaldas de mármol». Pág. 211. «y descenden los rizos a raudales / sobre el mármol bruñido de tu espalda». Repetida la imagen, que es, además, de Stecheti, quien, también, lo usa repetidamente. Pág. 215. «Como la oveja que siente / inflamado su vellón». Pág. 260. «como loco rebaño de corderos / al sentir inflamados sus vellones». Pág. 243. «... cual rebaño / de ovejas que caminan por el cieno». Repetida y revelando por la pobreza misma de la imagen, poca fecundidad de imaginación. La famosa y, desgraciadamente profética, de «Virgen Triste.» Pág. 241. «en ti veo ya la tristeza / de los seres que deben morir temprano», es idea de Dumas, padre. Puede hallarse en su «nouvelle» *Blanca de Boileau*, edición española. En *Nieve y Hojas al viento* hay ejemplos más patentes de esta pobreza de fantasía.

15 Pág. 140. «Cual lo sintió Lohengrin delante de Elsa / Y, al amar a Eloísa, Pedro Abelardo». Pág. 153. «doblar el cuello a la servil coyunda».

Fluctuaba su espíritu alguna vez entre la acción —a la cual nunca decidió entregarse, — y esa vida contemplativa, que le atrajo invencible y definitivamente.

«... mi espíritu...
ora ansía el amor de las batallas,
ora la paz del silencioso claustro.»

Se confesó siempre triste y apesarado, huérfano de ambiciones, tranquilo quizás porque no se sentía «envidioso ni envidiado» y confesaba que su espíritu «voluble y enfermizo» le hacía «indiferente a todo lo visible», creyendo llevar dentro de sí «el cadáver de su entusiasmo».

Ello, empero, no le impidió aplaudir con calor «el triunfo del esfuerzo individual, secundado por una inteligencia superior».

Alguna vez se preguntó dolorosamente:

«¿Por qué has hecho ¡oh Dios mío! mi alma tan triste?»

El fondo de su ser era eminentemente místico:

«Guardo siempre, en el fondo de mi alma,
cual hostia blanca en cáliz cincelado,
la purísima fe de mis mayores».

No fueron sus emociones complejas y sutiles. Su tristeza, su melancolía no tuvo matices ni se reflejó sobre lo externo. En el paisaje, en el mar, no vio reflejada su tristeza. Tan «pasiva» fue que sólo por la sugestión de Juana Borrero logró objetivar en ella misma, algo de la doliente turbación de su espíritu.

No podría, sin cometer injusticia, tildarlo de insincero: se saturó de un ambiente flébil, libresco, por sugestión; ellos, los libros, diéronle la clave de su propia índole.

Sus versos le inspiraron una rima delicadísima, quizás la más delicada de las suyas:

«árbol de mi pensamiento
lanza tus hojas al viento....»
.....

que muestran no obstante, la influencia de Stecheti, que trazó hondo surco en su producción:

«Povero versi miei jettato al vento»
.....

La sinceridad de Casal, incuestionable si se admite la transformación impresa a su espíritu por las desordenadas aunque exclusivas lecturas a que sentregó siempre, es la que Rodó definió hábilmente como «la vinculación forzosa entre el estado del alma del artista

inspirado y la obra que nace de ese estado de alma, como expresión directa de él, sin violencia ni afectación, sin frío cálculo, sin esfuerzo artificioso».

No fue en manera alguna un artificioso Casal, pero tampoco su filiación literaria asentóse en lo recóndito de su espíritu ni surgió espontánea. Sus «maestros» favoritos lo arrastraron, saturándolo de un concepto de la vida, de un ideal subjetivo y de una delicadeza ajenas por entero a su medio, a sus coetáneos locales y a su propio ser. Hízose, pues, una segunda naturaleza, y con arreglo a ella actuó constantemente.

Vemos así cuando confiesa con entera ingenuidad que «cree», que guarda como tesoro impagable «la fe de sus mayores», contradice otro estado de alma en el que expone que

«muerta ya mi fe pasada,
y la pasión que sentía,
veo, con mirada fría,
que está la urna sagrada
como mi alma: vacía».

No juzgaría exactamente quien ateniéndose a alguna afirmación («la plebe inmunda») lo conceptuase desdoso o altivo.

Fue un carácter sencillo, leal, candoroso, cuya característica fue la inercia.

Sañaba demasiado para poder consagrarse por entero a la acción, y así el influjo que su producción obtuvo fugazmente en nuestras letras fue extraño a su propia voluntad.

Si desechó los moldes acatados y se entregó al verso libre francés adaptándolo al idioma castellano, no se propuso revolucionar ni adquirir prosélitos: al candor de su espíritu bastábale el encanto de su propia creación que le hacía gustar deleites sutiles, sin ultranza, sin aspirar a más, gustando como de éxito completo y definido del aplauso entusiasta de sus compañeros más íntimos.

* * *

Revélase Casal en su obra un espíritu sin complicaciones, ingenuo y sencillo, y su obra representa en la evolución de nuestras letras la renovación formal, más aún que la renovación sustancial.

Como artista, en sí mismo, fue un sincero amator de la Belleza, que sin afectación ni vanidad tuvo el derecho de estampar en la carátula de su libro póstumo la leyenda que lo exorna: «Ars, religio nostra».

Octubre 21 de 1912

El Figaro, 27 de octubre de 1912. p. 626-627.

Las mujeres ¹⁶

Julián del Casal

Ayer, en nuestro mundo primitivo,
Mostraba la mujer desnudo el pecho
Para dar alimento al hijo vivo
En sus entrañas hecho.

Pero hoy en nuestras grandes poblaciones,
Sólo muestran sus pechos las mujeres
Para encender las lúbricas pasiones
De los humanos seres.

«Correspondencia de la Semana»

J. Casal. — ¡Ay, cómo se van a poner contigo Las Mujeres! Ya verás, ya verás.

La Habana Elegante, 27 de octubre de 1887.

La sombra de Casal

Higinio J. Medrano

Un aniversario más que se lleva el padre Tiempo. Un recuerdo angustioso, en la religión de los anhelos, que pasa coronado de visiones, como pasó Julián del Casal coronado de ensueños. La bienaventurada clemencia de su nombre, que rememora, que levanta, que redime tal vez, lleva todos los años a su tumba un grupo de hermanos que viven al amparo de la madre Poesía, para sentir el influjo o el arrullo de su inspiración; para cubrir de flores su retiro eternal en la necrópolis de Colón.

Y he ido yo, por piadoso motivo, a la visita de los vivos a la soledad del que cayó en la emboscada artera de la muerte, porque amándole mucho, con un amor sin nombre, mi espíritu ha rendido al autor de *Nieve* el homenaje que le debía desde viejos tiempos.

¿Es necesario recordar constantemente a la familia cubana quién fue Julián del Casal? Por su desaparición prematura se le admira más, pero yo concentro mi admiración en lo que pudo hacer y que no hizo por el lamentable rompimiento del hilo de su vida, por los días futuros que esperaban de él una como revelación de ma-

tices raros, de amontonamiento de rebeldía en los versos: surgimiento de un alma que donara eternamente su tesoro a la belleza. Pero no es esto sólo, que en parte se revela en lo que dejó al partir del mundo, lo que pudo esperarse de Casal. Alma que persiguiera en el paisaje la contemplación, joven se le creía maestro, porque llevaba más allá de los tiempos, como quien cruza con la imaginación horizontes, la novedad de la forma; la inquietud o el anhelo de cosas que buscaban nombre: la creación, que no era en él imposible; la esperanza, que era en él ensueño. Y pudo ser maestro como Darío. Su triste corazón enfermo no le dejó verse togado por la poesía.

Y he ido a su sitio lejano a su solitario sitio, pensando en todas estas amables cosas del poeta; pensando que la muerte, tan injusta tantas veces, anuló la carrera del que pudo ser el más intenso, el más puro poeta americano. Yo veo algo más que una suave y doliente melancolía en sus versos. Veo, en la enredazón, en el manejo de quimeras, un sobresalto que denuncia constantemente la visión de una ventura silenciosa que no llega, que ¡ay! no llegó nunca para el bardo; y otras me parece descubrir un hastío, el hastío que es a veces veneno de la existencia; que tejiendo su tristeza en los telares del alma, al fin concluye por esconderla de la luz, de la belleza y de todo lo propicio a la alegría de vivir. El hastío silencioso, más silencioso y constante porque al poeta le acechaba la miseria, poblaba de exaltaciones su cerebro, y parece, en *A mi madre*, soneto exquisitamente emotivo, romper sus ansiedades, que eran muchas, y mirar, tal quien contempla desde la playa la tormenta, la vida fragmentosa, llena de desencantos.

Se hundió en la eternidad, esa eternidad de sombras, esa prodigiosa eternidad donde todo debe ser desolado e infinito; a donde no llega el golpe de la traición ni el azote de la envidia de los hombres, y entonces, muerto, huésped de la negrura del nicho, surgió su imagen: comenzó a vivir la vida del recuerdo. Dicen que Casal no amó; no llegó a marchar acompañado por la senda de sus quimeras, de sus visiones, de sus ensueños; que al partir sólo se llevó su pobre corazón despedazado. Su juventud no le dio tiempo a entregarse a los sentimentalismos del amor; a la penitencia de las caricias. Creo que no hubiera, por eso, rimado más en sus versos, ni hubiera sido más completa y amplia su labor. Indudablemente que a toda vida es necesaria un motivo inspirador o un estímulo. La fuerza de los sentidos impulsores, que ligán la concepción a todo lo creado buscando la belleza

¹⁶ Casal publicó este poema en *La Habana Elegante* el 27 de octubre de 1887. No lo incluyó en ninguno de sus libros, y no es necesario agregar que no es un buen poema. Lo reproducimos por el interesante diálogo con la nota aparecida en la «Correspondencia de la semana» en ese mismo número de la revista. Es de suponer que su autor era uno de los redactores, quizá el propio Hernández Miyares. El chiste puede leerse también como una manera oblicua de aludir a la sexualidad del poeta.

en la naturaleza principalmente, es más definida, más potente, si influye en ella el deleite inefable del amor. Pero no habiendo amado el poeta de *Nieve*, su estro es el mismo: ni languidece ni se degrada. Como fue le considero mejor. Todo es esencialmente suyo: ni influencia extraña, ni desvanecimiento porque faltase a él un tutor espiritual en forma de mujer. Su alma fue suya, avaramente suya y de ella surge un verso, no como humo, sino como oro de alquimia. Tiene en este aspecto principal motivo de admiración para mí: el empeño que trasluce repetidas veces de vislumbrar cosas lejanas, es netamente suyo; como suyo es aquel gusto favorito de imitar la molicie y el gozo de los magnates del Oriente.

Veo al poeta, en la hora mansa del tramonto, lanzar al aire, recitadas en voz baja, sus estrofas: unas que huyen hacia tierras lejanas como hijos huérfanos buscando una madre; otras que se agitan azotadas por la tristeza de su melancolía y tienen la sensación de la vida y

en su orfandad y en su tristeza les asiste la agonía de la tarde en su alarde final. Palidece el paisaje y crece la sombra. Cruza una garza que corta con sus alas triangulares el fondo pardo de un rumbo hacia el puerto. Así deben ir en viaje sobre lo infinito del mar, los versos del poeta, mensajeros de ensueño hacia el Oriente, diciendo a todos los que quieran oír su homenaje elegíaco, su ansiedad cargada como una barca, de flores y versos, abriendo al viento breve sus brazos colosales y su alma visionaria.

Su verso parece el augurio de su fin, su fe silenciosamente invocada tantas veces y la realización de su miseria terrena, de su arribo a la vida

«como nace una espina de una planta»,

es la declaración de su fatalidad, acaso de su vencimiento; la batalla formidable y terrible entre el deseo de seguir y la realidad de la derrota. Todas o casi todas las



EN LA TUMBA DE CASAL.—Grupo de admiradores y amigos del insigne poeta, reunidos, en la tarde del 21 de Octubre—20º aniversario de su muerte—alrededor del mausoleo de la familia Rosel que guarda sus preciados restos.

Instantánea de Santa Coloma.

Las imágenes posibles

(fragmento)

José Lezama Lima

El mismo espejo de la poesía tiene su revés que otorga una poesía de mayor movilidad, pero de muy difícil desciframiento. El que ha escrito la poesía es de pronto sorprendido por otra poesía que él toca y agranda, pero de revés. Un soneto de Góngora al conde Villamediana, celebrando el gusto que tuvo en diamantes, pinturas y caballos. Ese soneto es un índice amistoso, pero da paso a enlaces y misterios de más rebrillos. ¿Cómo se conocieron Góngora y el conde? ¿Cómo la tozudez gongorina quebraba para escribir a dos manos obras teatrales con Villamediana? ¿Acompañaba Góngora al conde en la misma berlina cuando éste paseaba por los alrededores oscuros de Madrid y por sus bajos fondos? ¿Por qué los dos mejores amigos de Góngora tuvieron muerte misteriosa, pasados a cuchillo? El conde intenta siempre acercarse como resguardo y compañía. Así, si Góngora crea «la hija de la espuma»; él se acerca más aún y crea su «nieto de la espuma». Cuando Góngora nos entrega su advertencia inaugural: era del año la estación florida; Villamediana se acerca más aún para enviarnos el mismo recado de situaciones: era la verde juventud del año. Aun si estos acercamientos del de Villamediana dejaban las cosas en su distancia habitual, el mineral, los diamantes, los frutos de Góngora se alejaban del lacustre, del junquillo de agua estancada de Villamediana:

*voz que puede por tuya, no por mía,
articular del nieto de la espuma
la que de sus victorias fue la suma,
cuando hizo su arpón volante de oro
bramar un dios y suspirar un toro.*

Ese momento en que la situación de dos coincidencias o la oportunidad que puede ofrecer de quedar en vibración con el mismo poderío que la escritura ¿por qué ese momento en que todo parece prolongarse porque ha convertido al hombre en un molusco de incesante y visible segregación? Entre nosotros, esa situación es de real valor para completar una frustración poética, un destino que fue decapitado. Le oí relatar a un emigrado una noche de festival en la que se esperaba a Martí. De pronto atravesó la sala el hombrecito, arrastraba un enorme abrigo. Inmediatamente esa pieza, ese gigantesco abrigo, comenzó a hervir, a prolongarse, a reclamar, inorgánico vivo, el mismo espacio que uno de aquellos

poemas. ¿Qué amigo se lo había prestado? ¿y quién había lanzado ese pez tan carnoso en la reminiscencia? Así como el haz de nerviecillos parecía manifestarse en la mano de Martí, esas radiaciones se descargaban o descansaban en el círculo verde frío de los ojos de Casal ¿qué gran nube homérica, qué trabajo de los héroes impedía que Martí Casal ni se hablasen ni se conociesen? ¿Y cómo Del Monte tenía siempre a Casal en aquel cuarto sobrante de su periódico, donde se empeñaba en que Casal leyese poetas italianos menores? Cuando Casal lanza su bocanada de sangre en los manteles, está fumando un cigarrillo. Su traje es el de la invitación a la casa de brocateles y risitas galas; cuando él suelta esa risotada, que así subiendo por los cañutos de la sangre parece como si viese una gran frase que alguien fuera de la sala ha lanzado y que sólo él ha oído y tiene que reír-la. Es llevado a un sofá donde se le extiende con cuidado; cuando vuelven, Casal ya se ha ido con la otra frase de la otra pieza, pero en sus manos sigue ardiendo el mismo cigarrillo; ¿cómo pudo resistir, tan imperturbable, ese cigarrillo a la muerte?, ¿llegó a quemarle la piel?, ¿se apagó en las manos exánimes o alguien lo apagó y coleccionó? Ahora ese cigarrillo se agita y con la punta de su fuego parece volver, esconderse y lanzarse de nuevo a posarse en una mano como si fuese una divinidad egipcia.

1948

Obras Completas 2. México: Aguilar, 1977. Pp. 171-173

Julián del Casal

Raúl Roa

Dos grandes poetas aporta Cuba al movimiento de emancipación intelectual y renovación literaria ya consagrado con el rótulo de modernismo: José Martí y Julián del Casal. La crítica ha solido incluir a ambos, juntamente con Manuel Gutiérrez Nájera y José Asunción Silva, entre los precursores de esa espléndida floración de la lírica hispanoamericana. Si irrefutable el criterio en cuanto al segundo, es sobremanera controvertible en cuanto al primero. El mensaje, la estructura y la sustancia de la poesía de Martí trascienden la órbita temáti-

ca, técnica y espiritual del modernismo. Es, a la par, nueva y clásica. De ahí su permanente actualidad.

Julián del Casal es el primer modernista de formación cubana. Perteneció, como dijera Martí en admirable caracterización, a la «gente nueva que pide peso a la prosa y condición al verso y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura». «Es como una familia esta generación literaria —añade— que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo. El verso, para estos trabajadores, ha de ir sonando y volando. El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de arpa. No se ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble y graciosa. Y ese verso, con aplauso y cariño de los americanos, era el que trabajaba Julián del Casal.»

Figuraba, en suma, como precisó Pedro Henríquez Ureña, «entre los jóvenes de América que en la década de 1880 a 1890 empiezan a escribir de otra manera». Todavía, empero, levemente influido por la sonora trompeta de Hugo y las melódicas quejumbres de Bécquer, Poe y Leopardi. Los ecos trasnochados de Lamartine y Espronceda, Musset y Zorrilla, Núñez de Arce y Campoamor, apenas ya se percibían. La «gente nueva» leía, admiraba, seguía y recreaba, con aire cosmopolita y acento americano, a Gautier, Banville, Coppée, Heredia, Laconte, Baudelaire y Verlaine. La poética refinada, reverberante y plástica de Rubén Darío —violinista sin segundo del modernismo— fulgirá ya, con luz propia, a despecho del “galicismo mental” que le imputó Juan Valera.

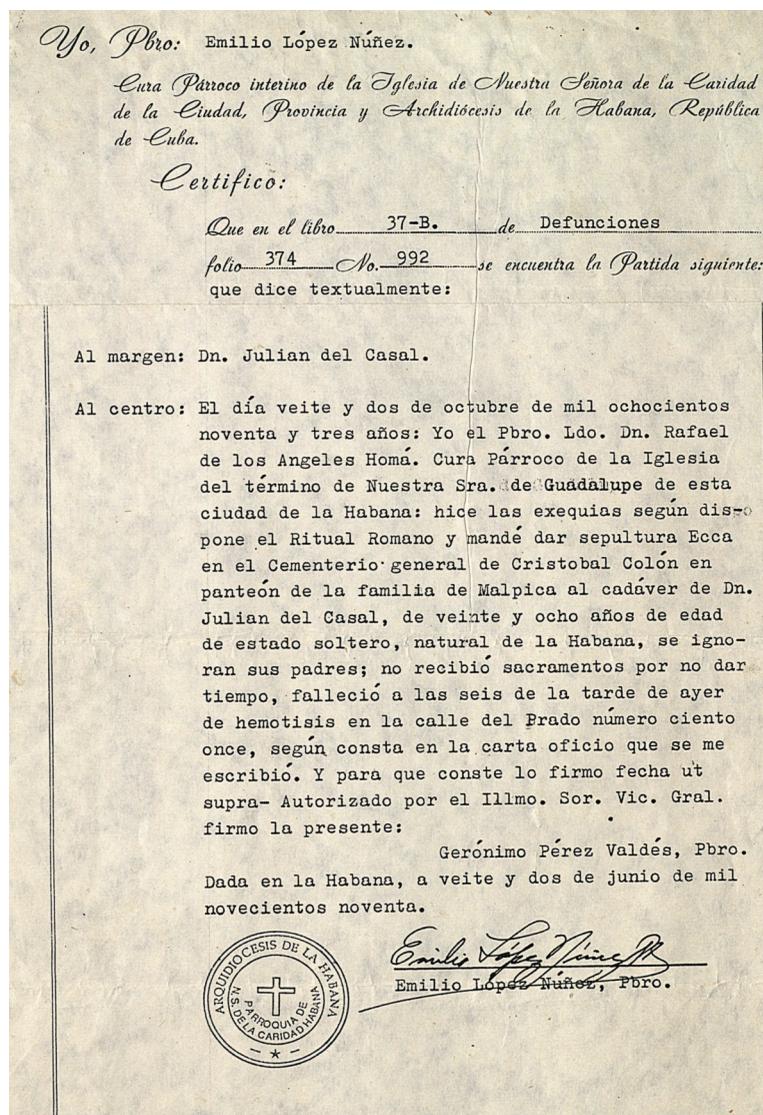
«Hermano admirable y lamentable», denominó el liróforo nicaragüense a Julián del Casal. Se conocieron al pasar aquél por La Habana en 1892. Un desconsuelo total ensombrecía a la sazón el ánimo de Casal. De la huella estética y sentimental de dicho encuentro queda rutilante y amarga constancia en uno de sus poemas. A su vez, Darío estampó este juicio lapidario sobre la significación y trascendencia de la obra poética de Casal:

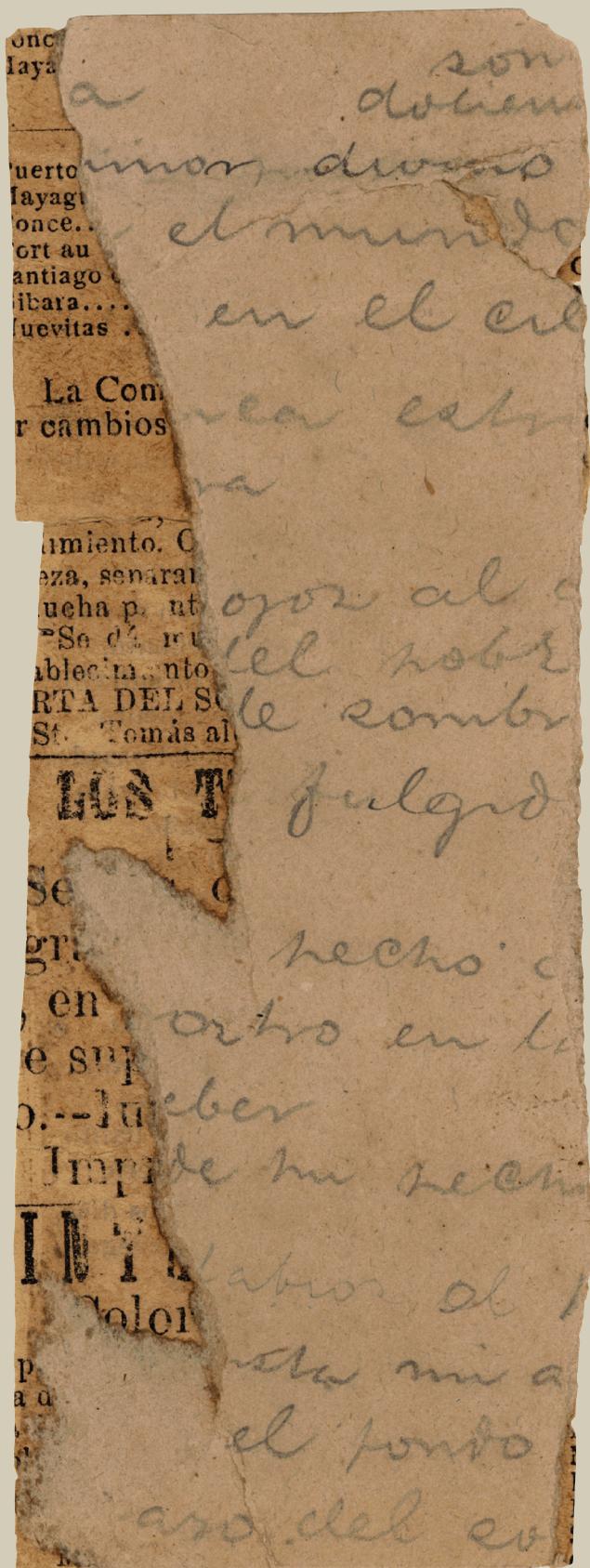
«En el Nuevo Mundo, después del alma de Edgard Allan Poe, la suya es la que ha volado más maravillosamente a la montaña del arte. Al hacer esta afirmación, siento el esencial placer de haber sido uno de los pocos que hemos ahondado en el raro espíritu del inolvidable y divino poeta. Es algo, Casal, como el Villiers de L'Isle Adam de nuestro reducido capítulo hispanoamericano.»

Crepuscular y desolada, como su vida, fue la poesía de Julián del Casal. Dotado de una sensibilidad enfermiza, su espíritu era como vibrante caja de resonancia, que agudizó, desmesuradamente, su soledad y su infortunio.

Desvelado epígono del romanticismo español en los inicios de su actividad literaria, la orientación estética de

Casal variaría muy pronto de rumbo. De los grandes parnasianos y simbolistas franceses —inagotable abrevadero de su sed de innovaciones, primores y matices— aprendió el depurado manejo del verso, el sentido oculto del ritmo, la preocupación formal y el culto de la belleza pura. Vivió perpetuamente enamorado de París. Nunca lo conocería, a pesar de haber estado muy cerca, en Madrid. Pero, de Madrid —donde sólo mantuvo relaciones con Salvador Rueda y Francisco A. de Icaza— retornó defraudado y se hundió entonces, como réplica





Detalle de una página del libro de cuentas de uno de los ingenios que perteneció a la «Sociedad Gutiérrez y Casal». Tras la disolución de la firma y la ruina del padre, Casal se apodera del libro y sobre las cuentas de la riqueza perdida comienza a pegar recortes de poemas de autores hispanoamericanos y franceses, y de variados asuntos como uno sobre el hábito de fumar de los escritores franceses y una crónica de la primera ejecución en la silla eléctrica. A las puertas del primer Centenario (1863-1963) vemos emerger también ahí su propia escritura: quizá la ruina de un soneto. Como siempre, solo nos permite entreverlo. Pero lo hemos visto pasar, fúlgido y apagado; y nos vamos tras él con ese «escandaloso cariño» nuestro.

«Nuestro escandaloso cariño te persigue»: Centenario del natalicio de Julián del Casal (1863-1963): textos y contextos

Presentación

Francisco Morán

El Centenario de Casal se celebra a solo cuatro años de haberse producido el triunfo revolucionario de 1959. El telón de fondo de ese Centenario son precisamente aquellos eventos que ya conocemos y que marcaron el fin — o el comienzo del fin — de la panacea de los escritores cubanos con el castrismo: la censura del documental *P.M.*, las reuniones en la Biblioteca Nacional que culminarían en las «Palabras a los intelectuales», de Fidel Castro, el cierre definitivo de *Lunes de Revolución*.

Curiosamente, el repaso hoy de no pocos de los artículos publicados en *Lunes de Revolución* demuestra que los propios escritores que se apresuraron en asumir, y hasta en reclamar el compromiso revolucionario, estaban de hecho haciendo los arreglos pertinentes para su propio entierro, para el advenimiento del llamado «quinquenio gris» y de lo que Virgilio Piñera llamaría acertadamente «muerte civil»; de eso a lo que, dice Antón Arrufat, «la burocracia de la década [de los setenta] nos había configurado en esa ‘extraña latitud’ del ser: la muerte en vida».⁵⁵ Pero, ¿no había el propio Piñera saludado el advenimiento revolucionario con una jubilosa metáfora bíblica —«la inundación»⁵⁶— que de hecho profetizaba la avalancha que barrería con él mismo y con Lezama Lima, entre otros?

Veamos como Duanel Díaz describe la relación inicial de los escritores — en particular Piñera — con la revolución cubana en *Lunes de Revolución*:

Con el centenario de Virgilio Piñera a la vista, no está de más recordar esa zona poco conocida de su obra que son sus artículos en *Revolución*. Dirigido por Carlos Franqui, el diario del 26 de Julio ensayó un fotope-

riodismo ágil y renovador, que pretendía reflejar meridianamente aquella revolución primero «humanista» y luego «socialista», siempre popular, nacionalista y dinámica. Para ello, *Revolución* contó con un staff de jóvenes escritores muchos de los cuales luego alcanzarían renombre: Roberto Fernández Retamar, César Leante, Jaime Sarusky, Severo Sarduy, Guillermo Cabrera Infante, Rine Leal, Calvert Casey, Antón Arrufat, José Álvarez Baragaño.

Entre ellos Piñera asumió el papel de guía intelectual: él era tan polémico como aquellos «jóvenes airados de 1959», y a la vez cargaba sobre sus hombros la experiencia de una época de la cual la revolución pretendía hacer tabula rasa. Desde su primer artículo en el periódico, un comentario al discurso de Fidel Castro en Columbia, la República aparece en las notas de Piñera como un cúmulo de penurias y humillaciones, una edad oscura, tanto para la nación en general —reducida a la categoría de semicolonias— como para los escritores en particular —reducidos a la opción entre el oportunismo de lo que Piñera denominó «baquerismo intelectual» y la «muerte civil» a que los literatos honestos eran condenados por una sociedad filisteas.

En consecuencia, buena parte de la prédica de Piñera, tanto en los artículos firmados con su nombre como en la columna «Puntos, comas y paréntesis» (que firmó como «El escriba», entre julio de 1959 y julio de 1960), constituyó un llamado a los jóvenes escritores a comprometerse del todo con la Revolución. Ese compromiso, para Piñera, no determinaría una literatura dirigida o panfletaria, pero tampoco una que reprodujera los vicios que según él habían lastrado a la literatura cubana en la etapa superada: hipocresía, preciosismo, escapismo, verbalismo, etc.

En estos artículos, el optimismo que Piñera compartía con los escritores del grupo de *Lunes de Revolución*,

55 Antón Arrufat: Virgilio Piñera: entre él y yo. La Habana: Ediciones Unión, 1994. p. 42.

56 Ver: Virgilio Piñera: «La inundación», *Ciclón*, mayo de 1959. Reproducido en La Habana Elegante en *Archivo de la Revolución Cubana*, sección a cargo de Duanel Díaz.

parecía no tener límites. Aun antes de que la revolución se declarara socialista, Piñera se muestra condescendiente sobre la situación de la literatura en la Unión Soviética. Sale al paso a prestigiosos intelectuales que han criticado determinados aspectos del proceso revolucionario, como Medardo Vitier y Jorge Mañach; toma parte activa en la campaña de Revolución contra el Diario de la Marina. Al parecer, para Piñera no había contradicción entre el cierre de la «prensa libre» en abril del 60 y esa consagración de la Libertad que es la revolución de 1959.⁵⁷

Es en el contexto apuntado que debemos considerar los dos breves artículos de Piñera en los que comenta sobre Casal, publicados ambos, por cierto, en *Lunes de Revolución*. Que Piñera se viera compelido a retomar la oposición Martí-Casal que ya antes, en 1958, habían articulado Cintio Vitier (en *Lo cubano en la poesía*) y Juan Marinello; y lo que es aún más revelador, que lo hiciera en términos muy similares a, por ejemplo, la intelectual comunista Mirta Aguirre, solo contribuye a iluminar las tensiones en el interior de la política cultural cubana en vísperas del Centenario de Casal, así como la crucial importancia de esa celebración en dichas circunstancias. Para que se tenga una idea de lo que estamos diciendo, basta con recordar que el Centenario de Casal no fue objeto de una celebración pública e internacional como la que se le dedicó a Rubén Darío en Varadero en 1967. Y aún las tensiones y ambivalencias que rodearon la «celebración» del Centenario de Darío nos ayudan a comprender la, en comparación, silenciosa fiesta con que se «celebró» el de Casal.

Roberto Fernández Retamar evoca aquellos días en que se aproximaba el temido Centenario de Darío: «Pero para quienes amábamos y amamos entrañablemente la obra de Darío, esa obra parecía presentar en Cuba un desafío particular. [...] ¿Qué iba a hacer la Casa de las Américas, si es que iba a hacer algo, en relación con ese centenario?». Y añade: «inevitablemente tal pronunciamiento implicaría una toma de posición del socialismo latinoamericano en relación con quien había fundado la poesía moderna en nuestro Continente, pero era tenido por muchos como hombre desasido, descasado, entre nefelibata y cisneador».⁵⁸

De manera semejante, en 1963, celebrar el Centenario de Casal implicaba una «toma de posición» — la jerga ideologizante militarizando la cultura. De ahí que, bien vistas las cosas cuando leemos los ensayos y artícu-

los sobre Casal publicados en 1963, el saldo que arroja ese Centenario es, precisamente, el de una tensión que es a su vez reflejo de la relación ambivalente de la cultura oficial cubana tanto hacia Casal, como hacia el modernismo. En este contexto llaman la atención, por un lado, el al parecer silencio de Piñera, y por el otro, el ensayo «La opereta cubana de Julián del Casal», de Lorenzo García Vega.

Respecto a Piñera, lo primero que hay que decir es que la misma luz revolucionaria que lo cegó sería la que lo devolvería definitivamente a la «noche del poeta», a la nocturnidad de Casal. En realidad, como he expresado antes, el artículo «La poesía», de 1960, es, a pesar de todos sus meandros discursivos, una afirmación de Casal frente a Martí.⁵⁹ No podemos decir, sin embargo, lo mismo de «¿Casal...o Martí?» (1959), en el que Piñera, según lo dicho antes, y a tenor con lo observado por Duanel Díaz, echa sus cartas a los reclamos ideológicos del momento: Martí; no Casal. Pero esto no significa que, como en «La Poesía», tampoco haya aquí lugar para la ambigüedad. Así, póngase atención a lo que dice en «¿Casal...o Martí?»: «—‘Cómo! — dirán — ¿Bajar a Casal y subir a Martí?’... ‘Si Casal es nuestro gran lírico, y, en cambio, Martí hizo poesía *ocasionalmente*’...» A continuación, Piñera no solo admite que «[t]ales afirmaciones descansan sobre una evidencia», sino también que «*reconoceremos* que Martí hizo poesía al margen de sus actividades políticas, que fue *poeta a ratos perdidos*, y, sin embargo, su lectura [puede] resultarnos vivificante» (énfasis nuestro). Observamos una estrategia similar en ambos artículos que consiste en una especie de esgrima en la que al asalto a fondo le sigue una retirada y viceversa. Esto no implica negar lo que afirmamos antes, a saber, que en «¿Casal...o Martí?» Piñera se acerca más a la órbita de los ataques a Casal desde la ideología del «compromiso político» del escritor. Lo importante, o lo conclusivo, sin embargo, es la tensión que encontramos en el interior de algunos textos de Piñera de estos primeros años tras el triunfo de enero de 1959, aún mientras se entrega, con no poca ingenuidad, a jugar despreocupada y felizmente con el júbilo de la luz.

Si bien es cierto que el ensayo «La opereta cubana de Julián del Casal», de Lorenzo García Vega, puede leerse como una refutación de la estética del grupo Orígenes, en particular de su fascinación con el siglo XIX, con eso que García Vega llama «zonas del destartalo» y de la «cursilería familiar» a las que, indudablemente, se alió el origenismo, no lo es menos que este es uno de los

57 Ver: Duanel Díaz. «Piñera revolucionario» en Archivo de la revolución cubana. *La Habana Elegante*.

58 Roberto Fernández Retamar. «Rubén Darío en las modernidades de Nuestra América». En *Para una teoría de la literatura latinoamericana. Primera edición completa*. SantaFe de Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1995. pp. 300-301.

59 Francisco Morán. *Julián del Casal o los pliegues del deseo*, 37-42.

ensayos más duros que se hayan escrito contra Casal. Sobre todo si no se olvida que lo escribe y lo publica en el contexto del Centenario,⁶⁰ no es posible eludir la agresividad que exhibe contra Casal, y que, como antes Piñera (en 1959) se hace eco de objeciones muy similares a las que, paradójicamente, le habían hecho a aquél los positivistas de su época y los marxistas de la nuestra. Más aún; ciertas zonas de este ensayo se alían a la jerga política revolucionaria de los sesenta. Ciertamente que Orígenes no se acerca solo al XIX cubano, en particular a sus postimerías, como a un espacio en que se puso en juego y se afirmó en Casal, el derecho del poeta a la arrogancia de ser eso, hombre de letras, sino también como reserva nostálgica de una aristocracia venida a menos, y por lo mismo un poco ñoña. Ciertamente que García Vega arremete contra esto. Como observa Antonio José Ponte, García Vega «[m]ira al ceremonial de Orígenes desde su ceremonial de portero, mira a la historia cubana desde la lejanía del exilio y encuentra pura apariencia, disimulo en el ceremonial y frustración, vacío, en lo que la teleología origenista alza como sentido».⁶¹ Pero la «opereta cubana» de Casal no es solo el *no* de García Vega a la «opereta cubana» de Orígenes; y hay que insistir en que *no* lo fue cuando se publicó en 1964, puesto que esto mismo lo pone en relación con lo que se publicó sobre Casal por aquel entonces. De ahí la importancia del matiz diferenciador que introduce Ponte: Si por un lado preferimos «lo hallado en *Los años de Orígenes*, páginas enfermizas que no arriban a ninguna certidumbre, a la certidumbre que puede darnos *Ese sol del mundo moral*, por ejemplo», por el otro, «para nosotros, empeñados todavía en encontrar un modo de vivir como gente de letras, resulta atendible el ejemplo de Orígenes como lo es también de Casal».⁶² No se trata de un juicio que deba leerse de pasada, sino fundamental para comprender tanto la contribución de la lectura de García Vega, como su limitación que llega a caer en desafortunados reduccionismos. Esto lo vemos — para no mencionar sino un ejemplo — en el hecho de que identifica lo que llama «despego [de Casal] de nuestros campos», expresión que sospecho habría sido del agrado de Manuel de la Cruz, de Varona, o de Mirta Aguirre, con un «aparente afiebramiento por una ciudad copiada de los folletines parisienses».⁶³ Se trata de las mismas críticas que, insisto, esperamos y encontramos en muchos de los crí-

ticos contemporáneos de Casal, e incluso de los que vendrían después. Pero el ensayo de García Vega es absolutamente válido y aporta otra mirada al XIX cubano que sirve de necesario contrapeso a la de Orígenes. Esa fue la razón por la que quisimos incluirlo en la edición de *La Habana Elegante. Julián del Casal In Memoriam* (La Habana, 1993). La censura no lo permitió entonces, y por eso nos alegra poder incluirlo aquí.

El Centenario de Casal de 1963 nos dejó la primera edición de las *Prosas* de Casal, sin cuya lectura habría sido prácticamente imposible arribar a otras interpretaciones de su obra y de su vida, y otra de sus *Poesías* (pero también nos escondió sus colaboraciones para *La Caricatura*). Todo esto se lo debemos al grupo de trabajo que tuvo a su cargo esa ingente tarea y, muy particularmente, a su inspirador José Lezama Lima, pero también a quienes habían iniciado mucho antes este trabajo de compilación de las prosas de Casal: Mario Cabrera Siqui y Ángel Augier. El Centenario nos dejó también los espléndidos e imprescindibles ensayos como los de Vitiery y el ya comentado de García Vega, y uno de los poemas más estremecedores y fascinantes de la poesía cubana: la «Oda a Julián del Casal», de Lezama Lima.

El «silencio» aparente de Piñera en el Centenario de Casal, más que extraño, resultó a la larga irónico. El regreso de los poetas cubanos más jóvenes a Casal en el contexto del segundo Centenario en 1993 coincide con el reclamo del legado de Piñera. Basta recordar que Ponte publicó ese mismo año otro de sus importantes ensayos: «La lengua de Virgilio». Y para la generación de escritores que se aferró a Casal, las lecturas y relecturas de Piñera resultaron igualmente decisivas, importantes. Es posible, pues, afirmar, que reconociendo las inconsistencias y contradicciones en el Piñera de los primeros años de los 60s, que en 1993 nos encontramos con él en «la noche del poeta», ensimismados y desafiantes rompiéndonos las uñas sobre el cuerpo liso, resistente, del poema. A continuación sigue una muestra de los textos publicados sobre Casal con motivo del primer Centenario.

60 García Vega lo publicó por primera vez en la revista *Unión*, abril-junio de 1964, información que le agradezco a Duanel Díaz. No es, pues, rigurosamente cierto lo que escribe en la nota al comienzo del ensayo incluido en *Los años de Orígenes* (Monte Ávila, 1978): «(Es necesario reproducir aquí el ensayo sobre Casal, publicado en el año de su Centenario, ya que sin esta opereta no podríamos avanzar por los años de Orígenes)». El ensayo pertenece, sin dudas, al contexto del Centenario de Casal, y su blanco es Casal. Implícitamente hay una crítica a la lectura origenista del XIX, y al mismo XIX cubano, pero esta interpretación *sólo* se vuelve evidente en el gesto de García Vega de incluir el ensayo *Los años de Orígenes*.

61 Antonio José Ponte. «Por *Los años de Orígenes*». *El libro perdido de los origenistas*. México: Aldus, 2002. p. 99.

62 Ibid. 102.

63 Lorenzo García Vega. «La opereta cubana de Julián del Casal». *Los años de Orígenes*. Buenos Aires: Bajo la Luna, 2007. p. 57.

«Alucinado, neurótico, desesperado, blasfemo, nihilista...»

Mirta Aguirre

«Angustia y evasión de Julián del Casal» tituló hace años José Antonio Portuondo a un breve análisis del poeta. Poetas devotos de Casal, lastimados por ello, han dicho que era «muy cómodo hablar de evasión, de escapismo y otros términos análogos que puso de moda la crítica marxista». ⁶⁴

En realidad, no es cómodo evadirse, cuando de veras induce a ello, como sucedía con el autor de *Nieve*, una gran amargura vital; cuando de veras se tiene, como poseyó Julián del Casal, una gran honradez artística y humana. Tampoco es cómodo, frente a una personalidad bondadosa y tan límpida como la de Casal, frente a un artista de tanta significación como la suya en nuestra poesía, verse en la obligación de señalar debilidades y deficiencias.

Pero lo cierto es que Casal se evadía, lo cierto es que se escapaba de mirar la realidad frente a frente. Y lo cierto es que, aunque incómodo, eso tiene que decirse. Puede comprenderse, puede explicarse; pero no debe callarse. Y mucho menos aplaudirse, Casal —o Baudelaire— y la burguesía eran incompatibles. Casal y el régimen colonial lo eran también. Eso hay que anotárselo. Pero generalizada la actitud a lo Julián del Casal, ¿habría tenido lugar el Noventa y Cinco? El poeta murió en 1893. De haber vivido, no habría sido imposible que, baudelerinamente,[sic] tomara el camino insurrecto. Pero, al desaparecer antes, quedaron en pie las japone-rías, los ojos que para celebrar el Almendares pensaban en el Rhin, el admirador de los tintes y postizos, el hombre que sólo sentía ansias de aniquilarse, el poeta de «Nihilismo» y «Recuerdo de la infancia», cuya idea de la poesía puede encontrarse en párrafos como el escrito con motivo de Fornaris:

El poeta moderno no es un patriota, como Quintana o Mickiewicz, que sólo lamenta los males de la patria y encamina los pueblos a las revoluciones; ni un soñador como Lamartine perdido en el azul; ni un didáctico como Virgilio o Delille, que pone su talento poético al servicio de las artes inferiores; ni un moralista como Milanés entre nosotros, que trata de refrenar en verso los vicios sociales; sino un neurótico sublime, como Baudelaire o Swinburne [...]

[...] Alucinado, neurótico, desesperado, blasfemo, nihilista, era a su vez Julián del Casal. «Juzgándote ven-

cido por nada luchas», escribió él de sí mismo en alguna ocasión.

No obstante, escribió también el soneto famoso a Maceo. Y escribió «La perla», contra la anexión de Cuba a los Estados Unidos; y escribió el soneto a los estudiantes fusilados en 1871 y dejó en sus prosas muy agudas denuncias de nuestra existencia bajo el yugo español y sátiras que lo hicieron temible para la aristocracia colonial.

Era un poeta cautivado por cuanto centelleara y pudiera deshacerse en chispas, quizás porque la luz es lo más transparente, lo más impalpable que percibimos y él era un atormentado por el peso de su cuerpo y un sediento de la pureza. Era un enfermo y poseía sensibilidad de enfermo. [...]

Su sensibilidad y el modo de ver la vida que ella contribuía forjarle, nos son ajenas y distantes. No podemos compartirlas, pero, en sus circunstancias, podemos comprenderlas. Y eso es lo que podemos ofrecer hoy nosotros a Julián del Casal, a quien todo le fuera negado ayer, por haber ganado para Cuba, en las letras de su tiempo, un honroso lugar.

Cuba Socialista, Año 3, número 22. Junio de 1963, p. 34. Reproducido en: Julián del Casal. *La tristeza infinita*. Prólogo, Selección, Recopilación de testimonios críticos y Cronología de Alberto Rocasolano. México: Océano, 2002. pp. 134-35.

«Notas y Noticias»

«Julián del Casal»

Nuestro amadísimo compañero, el afamado poeta Julián del Casal, después de haber pasado gravísima dolencia, tuvo la suerte de mejorar hasta el extremo de que todos lo creíamos fuera de peligro; pero desde el jueves último recayó enfermo de cuidado, atemorizando a todos los amigos cariñosos que rodeaban su lecho de enfermo.

Afortunadamente, lo agudo de la crisis ha pasado, y aunque todavía no podemos anunciar que se halle del todo bien, con júbilo damos la noticia a sus amigos y admiradores, de que el peligro ha terminado, y de que su naturaleza, y la ciencia del eminente Doctor D. Francis-

64 Alusión a la «Octava Lección» de *Lo cubano en la poesía* (1958), de Cintio Vitier, que no reproducimos en la presente edición. (N. del E.)

co Zayas — que con asiduidad y gran cariño — llevan a nuestro ánimo la esperanza y hasta la convicción de que en breve se vea sano y salvo.

La Habana Elegante, 17 de septiembre de 1893. p. 7.

Julián del Casal en su Centenario ⁶⁵

Cintio Vitier

Como los países, las épocas tienen sus secretos, y no son las más cercanas las menos desconocidas. Creemos conocer y comprender el romanticismo del siglo XIX porque todavía somos un poco románticos, pero cuántos matices, cuántas vivencias se nos escapan de aquellos años, y cuántos equívocos surgen en la lectura al superponer en nuestra perspectiva la que demasiado fácilmente imaginamos interior y espontánea de los románticos, cuando no es más que una forma de nuestra mirada. Pero entre los secretos de una época, y de un autor significativo de ella, es preciso contar los que esa época y ese autor desconocían, los que eran especialmente para nosotros — un nosotros siempre cambiante — y que sólo podían hacerse visibles a una cierta distancia, desde un cierto *sitio del tiempo*.⁶⁶ Así, el pasado, inmediato o lejano, se nos va revelando

como un paisaje que desconocemos en su primera intimidad, pero que conocemos precisamente en la medida en que él se desconocía, en su incesante futuridad.

A los cien años de su nacimiento, a los setenta de su muerte, podemos, por ejemplo, preguntarnos con mayores probabilidades que nunca antes de contestar correctamente: ¿qué significó para Julián del Casal la pintura de Gustave Moreau?

Dice Manuel de la Cruz: «Leyendo a Huysmans vino Casal a hacer de Gustave Moreau una musa auxiliar, como lo ponen de relieve — y él lo proclama — numerosas páginas de *Nieve...* Y Casal — añade — no ha visto un cuadro original de Moreau, ni copias, ni pastiches; conoce toda su obra por la reproducción fotográfica

y por los exaltados panegíricos de Huysmans.»⁶⁷ Por su parte Casal, en el artículo sobre Huysmans, que es sin duda una de sus páginas de prosa de más vigor y calidad (virtud que ya señaló don Rafael Montoro), dice del autor de *À rebours*: «Casi todos los artistas que ensalza han confirmado ya con sus producciones el valor de sus juicios. Entre varios, recordaré solamente al imponderable Gustave Moreau, el Rey-Poeta del color, cuya paleta, como la bóveda celeste, parece tachonada de piedras preciosas...» (recordando después, con elogios igualmente impresionistas, a Whistler, Degas, Odilon Redon y Felicien Rops).⁶⁸ En

efecto Huysmans, que escribió a Casal adivinando en él a «un sensitivo», dedicó a Moreau en *Certains* (1889) lo que un crítico norteamericano llama «un ensayo de crítica extática»⁶⁹ y en el capítulo VI de *À rebours* (1884) apa-



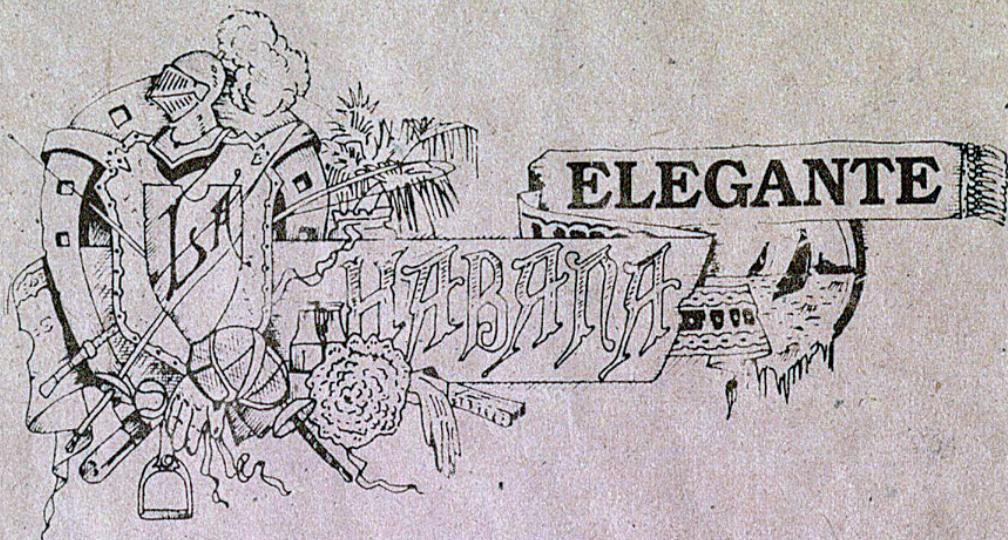
⁶⁵ Conferencia leída en la Biblioteca Nacional «José Martí» el 6 de noviembre de 1963.

⁶⁶ Hemos reemplazado las negritas del original por itálicas (N. del E.)

⁶⁷ Manuel de la Cruz: «Julián del Casal». En: *Cromitos cubanos (Bocetos de autores hispanoamericanos)*, Habana, Est. Tip. La Lucha, p. 306, nota.

⁶⁸ Julián del Casal: «Joris Karl Huysmans». En: *La Habana Literaria*, 15 de marzo de 1892, pp. 108-112.

⁶⁹ Alfred H. Barr, Jr.: *Matisse, His Art and bis Public*, New York, The Museum of Modern Art, 1951, p. 15.



ASOCIACION HERMANOS SAIZ

| 1863 - 1893 |

Julián del Casal

(IN MEMORIAM)

...



Donde está Casal: «La Juventud Del Centenario» y La Habana Elegante. Centenario de la edición de Nieve (1892-1992) y de la muerte de Casal (1893-1993).

Donde está Casal: La «Juventud del Centenario» y La Habana Elegante

Francisco Morán

Fue el poeta Juan Carlos Flores quien me sugirió homenajear a Casal con motivo de acercarse el Centenario de su muerte (1893-1993). Estábamos en 1991 y conmemorábamos el Centenario de la muerte de Rimbaud. El proyecto que concebí en menos de una semana resultó a la larga tan ambicioso que para llevarlo a cabo se iba a requerir un significativo apoyo institucional, algo en lo que debí pensar antes de dejarme arrastrar por el entusiasmo. Víctor Fowler, que fue a quien primero le expliqué la idea, me sugirió que se lo presentara a Jorge Luis Sánchez, quien había hecho un documental sobre Casal, estaba fascinado con su obra y, además, ocupaba la dirección de la Asociación de Hermanos Saíz. Pero resultó que ya ese puesto no lo ocupaba Jorge Luis, sino Fernando Rojas. A Rojas no solo le gustó el proyecto, sino que también respaldó la petición que allí se hacía de dedicar a Casal la jornada de la Cultura Nacional de ese año. Al principio, todo marchó bien. Hasta recibí una beca del Ministerio de Cultura, a través de la AHS, para dedicarme exclusivamente a los trabajos del Centenario. Todo parecía indicar que contábamos con un apoyo total por parte del Ministerio de Cultura.

En 1992 celebramos – a modo de preámbulo – el Centenario del segundo libro de Casal: *Nieve* (1892). Festejamos esa nieve con un coloquio en la Casa de cultura de La Habana Vieja (19-20 de octubre), que fue

también el primero que se le haya dedicado a Casal en Cuba. Al día siguiente del cierre del coloquio fuimos en peregrinación a la tumba de Casal: Fowler, Jorge Luis Sánchez, Jorge Miralles, Carmen Peláez – sobrina de Casal – y yo. Waldo, un chileno amigo nuestro, nos acompañó y videograbó el descenso a la tumba y la conversación, especie de improvisado conversatorio en la que nos involucramos por casi dos horas. Recuerdo que cuando volví a ver al chileno, me preguntó si yo recordaba lo que habíamos hablado. Le respondí que no, y él agregó que lo había visto solo, estaba muy impresionado, y pensaba que teníamos material para un buen documental. Nos reunimos, editamos lo que había, y Waldo realizó el documental *Hojas al viento* (1993). Curiosamente, es un trabajo que casi nadie recuerda hoy. Cuando vine a Estados Unidos traje mi copia, y luego, intentando hacer un transfer de VHS a DVD borré accidentalmente los primeros minutos. Todavía no me repongo del dolor que sentí entonces, y de lo perplejo que me dejó aquello, porque me pareció otro signo, uno más, de que Casal insistía en ocultarse.

El proyecto del Centenario que ya he mencionado contemplaba la realización de otro coloquio el 18 y 19 de octubre de 1993, y el lugar escogido fue el Café El Louvre (Gran Teatro de La Habana). Habría una cena literaria y artística en el hotel Inglaterra el 21 de octubre, ocasión en la que se estrenaría la romanza *Hojas al viento* que Hubert de Blanck le dedicó a Casal y que, hasta donde pude averiguar nunca había sido estrenada. A la cena seguiría una velada artística y literaria en el Gran Teatro de La Habana a las 8:30 p.m., y en ella

participarían el Ballet Nacional de Cuba, un pianista y los poetas.

A la noche siguiente, es decir, el 21 de octubre, fecha en que conmemorábamos la muerte de Casal, se produciría el estreno de la pieza teatral *Mascarada Casal*, de Salvador Lemis, la cual sería precedida por la proyección del documental *Donde está Casal*, de Jorge Luis Sánchez, que todavía hasta hoy – que sepamos – no ha podido pasarse por la televisión cubana.

El 22 de octubre nos reuniríamos los poetas en la Casa del Joven Creador para leer poesía. «En la musgosa peña», que fue como llamamos a este evento, participarían: Pedro Marqués de Armas, Ismael González Castañer, Víctor Fowler, Antonio J. Ponte, Francisco Morán, Juan Carlos Flores, Rolando Sánchez Mejías, Reina María Rodríguez, Antón Arrufat y Alberto Rodríguez Tosca. Como invitados especiales estarían con nosotros Cintio Vitier y Fina García Marruz. Pero antes celebraríamos lecturas de poesía itinerantes en diferentes lugares, principalmente en los pocos cafés que quedaban en La Habana. Por ejemplo, en el «Te de Mercaderes», si la memoria me sirve bien, Ponte leyó sus poemas. Creo que otro de los lugares escogidos fue «La lluvia de oro», en Obispo. Esas fueron nuestras lecturas de *La Galería Literaria*, en homenaje al recuerdo que hace Federico Villoch, y de las que conservo el plegable de la que dio Víctor Fowler, creo, en La Casa de la Música. En esa ocasión sus poemas: «Cristo pueblerino», «Restos de antiguo ardor», «La foto», «Palabras, peces, años», «Rastros de animal» y «Delante de tus ojos».

Uno de los primeros escollos con que tropezamos fue intentar repetidas veces que Eusebio Leal, el historiador de la ciudad, nos concediera unos minutos de tiempo, nos recibiera en su oficina y se convenciera de la importancia de rescatar lo que quedaba de la casa en que nació Casal. La idea era convertirla en museo, que se guardaran allí las pocas pertenencias del poeta que, hasta ese momento, había cuidado su sobrina Carmen. Pero no queríamos un «museo» como otro cualquiera, sino uno que fuera también casa de poesía, con una habitación donde pudieran trabajar los poetas con menos recursos. Allí habría una habitación con su máquina de escribir, papel, una cama limpia. Acordamos convocar a un concurso para elegir el mejor proyecto de recuperación del lugar. Para marcar el inicio de los trabajos, un grupo de poetas nos dimos cita un domingo en la casa de la calle Cuba con el fin de remover escombros. Norge Espinosa recuperó la memoria de aquél día en una bella crónica que reproducimos aquí.

Otra de las ideas del proyecto consistía en publicar en el periódico *Juventud Rebelde*, durante los meses pre-

vios a la fecha del Centenario, una sección titulada como el primer libro de Casal: *Hojas al viento*. En ella aparecerían reflexiones sobre el poeta, firmadas por escritores de diversas generaciones.

También la sección de literatura de la AHS convocaría al concurso de ensayo «El Círculo Habanero», y aunque podían concursar trabajos que abordaran “cualquier tema relacionado con la cultura literaria del siglo XIX,” habría un premio especial – Centenario de Julián del Casal – por el que solo optarían aquellos ensayos que se enfocaran en aspectos de la vida y obra de Casal.

Habíamos proyectado, además, la inauguración de dos exposiciones. Una de ellas sería la muestra *Los pintores contemporáneos de Casal* (Casa del Joven Creador, 19 de octubre), mientras que la segunda sería la exposición fotográfica *El sonido del cuerno en la espesura*, de Eduardo Hernández, quien hizo las fotos para la misma a partir de poemas de Casal.

Finalmente, se develarían sendas tarjas de bronce – según lo prometido por Carlos Martí, entonces ministro de cultura – en la casa donde murió Casal y en el panteón donde fueron inhumados sus restos (y del que misteriosamente desaparecieron). Martí (Carlos) nos dijo que aún si no aparecía el bronce necesario, tenía en su oficina una mano de bronce que pondría a nuestra disposición para que se fundiera e hicieran las tarjas.

El homenaje se completaría con la edición de un número especial de *La Habana Elegante* que iba a ser una antología de textos sobre Casal en la que aparecerían textos críticos, testimonios, poemas sobre Casal, y firmados por: José Martí, Rubén Darío y Paul Verlaine, Cintio Vitier, Dulce María Loynaz, José Lezama Lima y Lorenzo García Vega, Antonio J. Ponte, Víctor Fowler y Pedro Marqués de Armas, entre muchos otros autores. A esta re-aparición de *La Habana Elegante* la acompañaría la edición facsimilar del número que la revista le dedicó a Casal el 29 de octubre de 1893 con motivo de su muerte.

El Centenario de Casal: un homenaje a la frustración

El coloquio «Julián del Casal, cien años después» se realizó según lo previsto.

El hotel Inglaterra exigió que los gastos de la cena literaria – la cual incluía un batido de esa fruta exótica que es la guanábana – se hiciera en dólares. A Fernando Rojas se le ocurrió montarme en un carro de la Asociación de Hermanos Saíz y pasearme por cuanta embajada había en La Habana para invitar a la cena (previo pago en dólares) a sus respectivos attachés culturales. La idea consistía en cobrarles el doble y con esa otra mitad costear los

cubiertos de uno de los poetas. Para hacer más atractiva la invitación serían invitadas a la cena personalidades de la cultura cubana, como Alicia Alonso, y que probablemente no tenían ni idea de nuestro trabajo. Porque de más está decir que las actividades que estábamos realizando apenas tuvieron repercusión en los medios. Como no hubo respuesta de ninguna de las embajadas – excepto la del Reino Unido, que la rechazó – se suspendió la cena literaria, no se estrenó la pieza de Hubert de Blanck y terminamos los poetas en la Casa del Joven Creador a donde nos fuimos a leer poesía. Allí recibimos cada uno un pan y refresco (que llamábamos *guachipupa*).

A la velada artística no concurrió casi nadie. La lluvia que cayó esa noche y la absoluta falta de divulgación garantizaron su fracaso. Carmen Peláez, no obstante su avanzada edad, se las arregló para llegar al teatro. Dejando a un lado a los escritores y artistas participantes, el público presente no pasó de unas treinta personas.

Todo estaba listo en el Gran Teatro para el estreno de *Mascarada Casal*. Pero, justo apenas una hora antes del estreno, llega la noticia de que el taller de attrezzo no había podido confeccionar las máscaras de todos los personajes. Se suspende por lo tanto la función, y el cake que iba a utilizarse en la obra en la escena del cumpleaños del niño Casal – y que por tratarse del día del estreno el director pidió que fuese de verdad: con su merengue y todo – desapareció más rápido de lo que pueda imaginarse. La obra se estrenó finalmente, pasadas las actividades conmemorativas del Centenario, en el Teatro Nacional (Plaza de la Revolución) donde se puso por poco tiempo y pasó prácticamente desapercibida para los críticos. Todo lo que tuvimos esa noche fue la proyección del documental *Dónde está Casal*, de Jorge L. Sánchez.

Con respecto a la muestra *Los pintores contemporáneos de Casal*, mi memoria vacila. Creo haber visto algunos de esos cuadros en la Casa del Joven Creador, pero no estoy seguro de ello.

Eduardo Hernández inauguró su exposición fotográfica, que casi se frustra porque esa misma noche, minutos antes de la hora en que debían abrirse las puertas al público, la llave de la puerta no aparecía. Finalmente, la exposición fue inaugurada. La dedicatoria de Eduardo en la cubierta del programa lo dice todo: “Qué decirte Francisco. Una vez más y Casal presente, aunque siempre arrastrando algo trágico y dificultoso; él se impone; ¿no crees? Tu amigo EHSantos. 93.”

A pesar de que llegó a premiarse uno de los proyectos de restauración de la casa de Casal, nunca se iniciaron las obras. Ahora, como dije antes, se ha comenzado a trabajar finalmente en su restauración.

La dirección de *Juventud Rebelde*, luego de oponer-

se *rebeldemente* a la publicación de la sección «Hojas al viento», finalmente accedió. Pero entonces ocurrió algo que dio al traste con la idea. El primer invitado fue el poeta Ismael González Castañer, quien tuvo la infeliz idea de comparar La Habana nuestra con la de Casal. Y claro, fue censurado. Confirmadas las sospechas que muy posiblemente tenía la dirección de *JR* de que causaríamos problemas, la sección no llegó a publicarse.

¿Y qué pasó con la edición de *La Habana Elegante*? Primero tuvimos que aceptar que censuraran los trabajos de Lorenzo García Vega y de la académica Esperanza Figueroa – quien había salido de Cuba en los años 40s – porque estaban *afuera*: eran *enemigos*. ¿Y la edición facsimilar? Nunca llegó a imprimirse. En cuanto a la primera parte del proyecto, la compilación de textos sobre Casal en una especie de re-edición simbólica de *La Habana Elegante*, sí pudimos realizarlo, aunque solo tras lo que constituyó una verdadera odisea. No solo fue impresa en un baratísimo papel de cartucho que, tal y como salió de la imprenta, se veía ya más envejecida que la mayor parte de los números de *La Habana Elegante* de 1893. El lector puede ver la portada de ese número que reprecimos, precisamente, como cabecera de esta sección. La tirada, además, apenas sobrepasó los 200 ejemplares – el hecho mismo de que llegara a imprimirse debe considerarse como milagroso – y algunos, como el que conservo, salieron plagados de errores tipográficos. Mi ejemplar tiene hasta páginas montadas y, por esto mismo, ilegibles. Pero no llegamos al final de esta película de horror. No crea el lector, sin embargo, que aquí concluye todo.

Insistimos muchas veces para que Luisa Campuzano nos recibiera en la Casa (de las Américas). O sea, que se repitió la experiencia que habíamos tenido con Eusebio Leal. También Campuzano nos recibió finalmente, mas no sin antes dejar claro que disponía de muy poco tiempo. Solo queríamos extenderle una invitación a la Casa a participar en el Coloquio que la AHS le dedicaría a Casal. Su respuesta fue que muy agradecida, pero que la Casa celebraría uno también y que, desafortunadamente, la invitación a escritores cubanos, entiéndase, de la Isla, sería “muy limitada.” Agregó que esto se debía a que la *Casa* había pasado a auto-financiarse y que se veía en la necesidad de priorizar las ponencias de invitados que pagarían en dólares. Así nos lo dijo, sin andarse por las ramas. Podríamos, desde luego, asistir a todas las sesiones, pero teníamos que llevar un paquetico con nuestro almuerzo. Hecha la aclaración que sólo queríamos que nos permitiera presentar *La Habana Elegante* en el congreso, aceptó satisfacer esa petición. Valga decir que el deseo de conseguir la mejor ocasión y lu-

gar para presentar nuestra publicación, obedecía a la idea que nos habíamos hecho del producto final y no a lo que finalmente salió de la imprenta.

A diferencia del coloquio auspiciado por la Asociación de Hermanos Saíz, Casa de las Américas no convocó a un congreso sobre Casal, sino *sobre* Casal y el modernismo. Por supuesto, eso permitiría atraer a un grupo más nutrido de invitados extranjeros, puesto que no era necesario restringirse a Casal. Concebido así el congreso, conectado a la necesidad de auto-financiación de Casa de las Américas, se abrían las puertas para que leyera lo suyo prácticamente cualquiera que mostrara un pasaporte y págara en dólares. Pero, como ocurre siempre, por encima de esa tropelía, sí se presentaron excelentes trabajos sobre Casal como los de Oscar Montero y Ben A. Heller. En los días del 13 al septiembre de 1993 en que se celebró el congreso pude conversar con ambos, y tuve la alegría de descubrir en Montero a un interlocutor, alguien con quien compartía la pasión por Casal, y de cuyo trabajo, hasta entonces, no tenía noticia. Además, Ponte fue invitado a leer una ponencia, y su participación compensó la frustración que guardaba de la conversación con Campuzano. No obstante, lo que he comentado sobre el congreso puede constatarse en el volumen que coordinó Campuzano y recogió una selección de las ponencias presentadas: *El sol en la nieve: Julián del Casal (1863-1893)* (Casa de las Américas, 1999). Lo primero que llama la atención es que en la introducción Campuzano se refiere al evento como un «encuentro de estudiosos y estudiosas de nuestro Continente y de Europa» convocados por Casa de las Américas «para conmemorar el centenario de la muerte de Julián del Casal.» Es decir, se trata de un «encuentro» que no tiene ni nombre. Y debe advertirse que las fechas que aparecen en el título del volumen no aluden precisamente al Centenario. Tampoco aparece allí ni un solo trabajo de algún cubano; ni siquiera de Vitier, del que por otra parte se dice que en la conferencia inaugural hizo una «relectura comentada de sus textos anteriores sobre Casal.» De modo que Vitier ya no tenía a estas alturas nada más que decir sobre Casal. Campuzano comenta que

Lamentablemente han quedado fuera, entre otros, textos que rebasaban en exceso los laxos límites cronológicos del Modernismo o abundaban sobre temas o autores ampliamente abordados, [...] y las comunicaciones de especialistas de Cuba, presentadas en mesas redondas sobre nuestros modernistas y las huellas de Casal en otros autores de la Isla, con las que podría prepararse otro volumen.

.....

Falta también en estas páginas el impacto de las narraciones, piezas de teatro, revistas y películas inspiradas por Casal o destinadas a homenajearlo, con las que jóvenes escritores y artistas de cubanos evidenciaron la persistencia de su influjo a un siglo de su muerte («Nota de presentación», *El sol en la nieve* 7).

Los «especialistas de Cuba» - no se menciona un solo nombre - presentaron o leyeron ¿«comunicaciones»? Y ese volumen que «podría prepararse» con las susodichas comunicaciones, ¿por qué no se preparó nunca? ¿Y por qué no fue hasta 1999 que salió *El sol en la nieve*? ¿Y cómo explicar que Campuzano no parezca tener noticias del coloquio de 1992 y, al redactar la nota de presentación, el que siguió en octubre de 1993 al de Casa de las Américas? ¿Por qué no haber incluido algunas de esas ponencias en el volumen de 1999? El ninguneo a que obviamente somete el trabajo de esos *jóvenes escritores y artistas cubanos*, que fueron quienes, en primer lugar, con genuino entusiasmo y novedosas lecturas - no sólo con «narraciones, piezas de teatro, revistas y películas» - impulsaron y animaron el homenaje a Casal se manifiesta en la curiosa desmemoria de Campuzano: no se hicieron *revistas*, sino *una revista*, y se presentó en Casa de las Américas, y tenía un nombre: *La Habana Elegante. Julián del Casal In Memoriam (1893-1993)*. Y allí no se publicaron solo *poemas*, sino también *ensayos* que están entre los mejores que se hayan escrito sobre Casal: los de Pedro Marqués de Armas, Víctor Fowler, Antonio José Ponte y, por cierto, también Oscar Montero. Y lo mismo puede decirse de los dos coloquios (1992 y 1993) donde se leyeron excelentes trabajos. Pero, en el fondo, no se trata tanto de la deliberada omisión de esos trabajos como sí del hecho de que eso revela a su vez el desapego oficial hacia Casal.

No quiero concluir sin contar la historia de las tarjetas de «bronce» que serían develadas. Como se recordará, nos habían prometido el bronce y, si este no aparecía, estaba la promesa de la manito que tenía Carlos Martí en su escritorio. No hubo bronce, ni mano, sino calamina. Mármol para Martí, bronce para Maceo y calamina para Casal. Porque sí, se hicieron las tarjetas, pero de calamina. Y la que se colocó en la fachada de la casa tiene un error mayúsculo: “En esta casa nació y vivió...” (sólo es verdad lo primero). El día en que esta iba a ser develada, los vecinos del edificio, con quienes Antón y yo ya habíamos hablado antes sobre Casal, esperaban entusiasmados en la entrada la llegada de los periodistas que reportarían “la ceremonia.” Alguien había escrito una composición. Pero todos nos quedamos esperando. Algo parecido sucedió con la tarjeta de calamina que los cuba-

nos logramos poner (finalmente, después de cien años de su muerte) en la tumba de la que desaparecieron o se desaparecieron los restos de Casal. Recuerdo que fui con un empleado de la AHS que llevó la tarja y los instrumentos correspondientes. Él se puso a trabajar y yo lo observaba. Luego del martilleo correspondiente, la tarja quedó en su lugar y él se fue en su bicicleta. Un año más tarde, creo, en el hotel Vedado y con la correspondiente ceremonia, si la memoria no me traiciona, se develó una de bronce en honor a Manuel Navarro Luna. La diferencia apenas necesita comentario.

Reflexiones finales sobre un Centenario

En conclusión, casi todas las actividades con que homenajeamos a Casal fueron las que dependían de nosotros: el coloquio, las lecturas de poesía, la limpieza en la casa donde había nacido, la «celebración de su cumpleaños» en la azotea de Reina María Rodríguez. Esto último fue una fiesta para la que se cocinó una «caldosa», y a la que contribuimos todos según las posibilidades individuales. Como lo sugiere su nombre, la «caldosa» es una especie de caldo o sopa que se hace con los ingredientes que uno tenga a mano. Es, para explicarlo mejor, la versión dilapidada del «ajiaco» celebrado por Fernando Ortiz. Nuestra «caldosa», recuerdo, se hizo con plátanos verdes, pescado, sobrecitos de sopa *Knorr* (que me obsequió una amiga venezolana).

Esa noche hicimos una rifa, en la que, entre otros «tesoros» y «rarezas», había sellos de correo con reproducciones de pinturas cubanas del Museo Nacional, cassettes de música cubana y, recuerdo, *Las ideas y la filosofía en Cuba*, de Medardo Vitier. Los afortunados debían sacar de la caja las papeletas que tenían versos de Casal.

A pesar de la frustración, en muchas de sus propuestas más importantes, del proyecto de homenaje a Casal, tengo igualmente que reconocer que el apoyo de la AHS fue decisivo para mí al menos en dos aspectos: primero, me proveyó con la carta de investigador sin la cual no habría tenido acceso a *La Caricatura*, ni encontrado, por supuesto, algunas de las «revistas de sucesos» que escribió Casal para este semanario; segundo, costó los gastos de una semana que pasé investigando en el archivo Coronado de la Universidad de Santa Clara.

Los años entre 1990 y 1994 fueron probablemente los más intensos de mi vida en La Habana. Mi renuncia a mi trabajo como profesor, y mi posterior empleo como custodio nocturno (CVP) en la revista *Mujeres* (Galiano esquina a Neptuno), me permitieron disponer de más tiempo para escribir y compartir con mis amigos escritores, a veces en mi puesto de trabajo, otras en la azotea

de Reina, y hasta en la calle. Por esos años algunos de nosotros, como Ismael González Castañer, trabajamos de CVP, lo cual nos permitió vivir de y para la literatura. En contraste con la indiferencia y la desidia institucional, creamos una comunidad de escritores conectada por el préstamo e intercambio de libros, por las lecturas de poesía, asistencia a presentaciones de libros, y hasta a los ciclos de cine que ofrecía la Cinemateca. Hubo, desde luego, diferencias, y también fuertes discusiones, desacuerdos. No éramos, nunca fuimos un «grupo» monolítico, sino que, por el contrario, no era difícil advertir que coexistían poéticas diferentes: unos se inclinaron pronto por una literatura más experimental y performática; otros hacia una más barroca, o incluso romántica. Pero, curiosamente, en aquel grupo – y a través de las vías más diversas – maduró un especial interés por el siglo XIX vía Casal. De ello dan fe algunos ensayos y artículos importantes escritos todos en el año del Centenario de Casal: *La sociedad de los poetas muertos, Casal en nosotros, que es en mí* (Ismael González Castañer), *La construcción del sujeto Casal* (Víctor Fowler), *Estertores de Julián del Casal* (Pedro L. Marqués de Armas), *Casal contemporáneo* (Antonio José Ponte), y *De su vida misteriosa* (Francisco Morán). Debe notarse, además, que tanto los títulos de los artículos González Castañer como el del ensayo de Ponte insistían en una actualización de Casal en nuestras vidas y en la ciudad. Como Casal le demostró a Varona, nosotros nos demostramos a nosotros mismos y a la burocracia cultural que en Cuba no solo se podía ser poeta todavía, sino también vivir como poeta (eventualmente la mayoría de nosotros tuvo que irse con su poesía a otra parte).

Igualmente mi amistad con Abilio Estévez – que comenzó alrededor de 1970 – se selló definitivamente, entre otras cosas, en la pasión compartida por Casal y el siglo XIX cubano. Algo similar puedo decir respecto a Jorge Luis Sánchez y a Eduardo Hernández. En el documental *Hojas al viento*, filmado como ya dije en el interior del panteón donde fue inhumado Casal, Sánchez menciona – allí, donde yo mismo tuve que barrer con la mano la basura antes de colocar unas dalias rojas – esa «legión» de casalianos que había surgido de pronto tomándonos por sorpresa a todos. Y eso fue, en verdad, lo extraño, lo maravilloso de esos días. El nombre de Casal hacía amigos, descubría afinidades, ataba sensibilidades. Hoy, en 2012, a dieciseis años del Centenario de la muerte de Casal, y estando muchos de los que formamos parte de ese grupo desperdigados entre España y Estados Unidos, me pregunto si después de todo, no era Casal quien se resistía a entrar en la caja de los homenajes ministeriales; que quizá le bastaba con esa red de ca-

riños cómplices, de memorias obstinadas que, de tanto pensarlo y disputarlo, lo habían devuelto otra vez a La Habana y afirmado, con él, el *ethos* de la poesía. Casal y Piñera llegaron a ser para nosotros, por esta vía, no «torre de marfil», sino atalaya de resistencia.

La Habana Elegante: segunda época

En 1994 ocurrió el llamado «maleconazo», al que siguió el éxodo de los balseros. Ese mismo año, el 7 de noviembre – fecha del natalicio de Casal – llegué a Miami junto a otros escritores y artistas, gracias a una invitación de la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans, para participar allí en un simposio sobre cultura cubana. Todavía puedo verme, a solo unos días del viaje a Miami, frente a mi biblioteca en La Habana – me había llevado toda una vida hacerla – eligiendo los libros que se irían conmigo. Y a todas estas nunca me fui de Cuba con otra cosa que no fuera la idea, muy vaga, de que quizá no regresaría. Por eso me asombra recordar esos días y verme haciendo lo que se hace cuando uno determina irse de un sitio. Y lo repito despacio para que el dolor y la rabia llenen todo el espacio: *irse*. Primero, por supuesto, separé todos los libros de y sobre Casal, las fotocopias y las cientos de notas de *La Caricatura*, de *El Fíguro* (las de *La Habana Elegante* se quedaron atrás, y Fowler me las envió después). Después, los libros de Piñera, de Lezama, los de Juana Borrero, José Martí; también las primeras ediciones de Milanés y de Plácido – comprados en la librería Canelo a precios risibles, hoy impensables – y así siguió la requisa hasta llenar una caja que me llegaba a la altura de la cintura. Pero pude irme con todo, y con todo llegué a Miami.

¿Tengo que añadir que llegué a Miami el 7 de noviembre? Casal, pensé, debe estar celebrando su cumpleaños con tremenda carcajada. Yo también me reí, y lloré. No me importa decirlo: lloré de emoción, de terror, de ver que era posible vivir en la muerte de otro, cargar con ella, vivirla.

Gracias a la generosidad de dos amigas, Alicia y Molly, unos meses después de mi llegada a Nueva Orleans tuve un cuarto modesto en una casa de huéspedes en North Rampart, en el borde del llamado French Quarter o Barrio francés. Ellas me regalaron un pequeño televisor, un microwave, una mesa y unas sillas, la cama. Unas semanas más tarde encontré trabajo en un restaurante cubano: el *Liborio*. En mi cuarto había una estufa que ya no funcionaba, y sobre él había una repisa. Con mi primer salario – \$125.00 – me fui a una tienda de chinos y compré mis primeras, si bien modestas, chinerías:

dos platos, incienso y una bata roja con dragones. Sobre la repisa puse fotos de la azotea de Reina y otra de Casal. Definitivamente, estaba «en casa». Pronto comencé a escribir las primeras cartas a Cuba y en el remitente, bajo mi nombre y antes de la dirección, escribía «Redacción de *La Habana Elegante*». Las cartas llegaron y, para mi sorpresa, las que recibía venían igualmente dirigidas a la «Redacción de *La Habana Elegante*». En enero de 1995 conocí a Mike, mi compañero, y con quien me fui a vivir unos meses más tarde. A fines de ese mismo año compramos nuestra primera computadora. Así empecé a imprimir un papel de carta que decía en su parte superior: «Redacción de *La Habana Elegante*», junto a una foto de la calle Obispo. Luego vinieron los estudios de maestría en la Universidad de Nueva Orleans, a mediados de 1995. A fines de diciembre distribuí una invitación entre un grupo de profesores y amigos que me apoyaron desde mi llegada a la universidad. La invitación venía de «El Círculo Habanero», el cual ofrecería un homenaje a Casal el 4 de enero de 1996. El homenaje, según la invitación, iba a tener lugar

en la «Redacción de *La Habana Elegante*», ahora situada en 2622 North Rampart St, en N.O. También se anunciaba el estreno en los Estados Unidos del documental *Dónde está Casal*, la romanza para piano de Hubert de Blanck, dedicada a Casal, así como una exposición de objetos relacionados con la vida y obra del poeta, y el número homenaje *La Habana Elegante* (Casa Edi-

CONVOCATORIA
CONCURSO LITERARIO
EL CIRCULO
HABANERO



HOMENAJE A
JULIAN DEL CASAL
CENTENARIO DE SU MUERTE
(1893-1993)

Asociación Hnos. Saíz.
Ciudad de La Habana.

tora Abril: La Habana, 1993). Lo de la romanza no era sino el signo de una persistente ilusión; en realidad lo que hice fue mostrar la fotocopia de la partitura. Pero ya existía la «Redacción de *La Habana Elegante*», y era lógico por tanto pensar que la revista misma no podía estar muy lejos. Y sin embargo, tomó otros dos años. Al año siguiente, Mike y yo comenzamos a darle vueltas a la posibilidad de crear un website para la revista. Mientras yo pensaba en las secciones, el posible diseño, los propósitos que quería perseguir a corto y a largo plazo, Mike se dio a la tarea de estudiar los intrínquilos de la tecnología (yo no habría podido hacerlo). Así, en la primavera de 1998, apareció el primer número de *La Habana Elegante*. Uno de los recuerdos más bellos que tengo es el mensaje que Reina y Ponte me enviaron desde la computadora de un amigo, donde habían visto la revista por primera vez. Desde su surgimiento, el diseño de la revista ha cambiado tres veces, y también algunas secciones se han mantenido, cambiado, surgido otras, y algunas han desaparecido. Pero a través de todos esos cambios, no ha dejado de ser un permanente tributo a la memoria de Casal, ni ha perdido de vista a La Habana. *LHE* tiene hasta su propio ritual como cuadra a cualquier ciudad que se respete: las 3 vueltas a la ceiba del Templete virtual al que cada año acuden nuestros lectores para celebrar la fundación de la ciudad.

Mediante suscripción popular la revista publicó la antología de poesía cubana *La isla en su tinta* (Verbum, 2000) y una antología de textos para celebrar el V Aniversario de su publicación electrónica (*La Habana Elegante*, Verbum, 2004). Ahora, al encaminarse hacia una nueva etapa como revista académica y expandir su perfil, *La Habana Elegante* renueva su compromiso con la belleza, con la literatura, con La Habana y con Casal. No renunciamos al sello lúdico y estético que le ha dado su carácter a la revista. En la introducción al primer número, en 1998, comentábamos: «Muchos ejemplares de *La Habana Elegante* se han perdido para siempre. Sobre ese vacío es que queremos fundar. Éste es, pues, un homenaje a la Habana, a la poesía cubana, y a Julián del Casal. Las puertas de nuestra humilde redacción están abiertas. Como estuvo, está y estará abierta siempre la Isla al aroma del té y del café, a los kimonos y guayaberas, a los barcos y a los huracanes, a los exilios y despedidas, al sueño y a la pesadilla. En un café habanero,— ‘multiplicador del hastío’—, trazamos con la uña de Lezama ‘un pequeño hueco en la mesa’ e insistimos ‘en que alguien tiene que llegar’. La risa de Casal se extingue en el humo del último cigarro, y de la arteria rota comienza a caer en pequeños cristales, la nieve perfecta, blanquísima, reparadora, sobre los tejados de la ciudad.»

Coloquio Julián del Casal: su purpurino rastro

Centenario de *Nieve* (1892-1992)

(Auspiciado por la Asociación «Hermanos Saíz»)

Programa

Lugar: Casa de Cultura Habana Vieja
 Dirección: Aguiar y Amargura
 Fecha: 19 y 20 de octubre de 1992
 Hora: 2:00 p.m.

19 de octubre

2:00 p.m. Apertura. Palabras de Antonio José Ponte.
 2:30 p.m. Inauguración de exposición bibliográfica.
 3:00 p.m. Inicio de las ponencias:

Antón Arrufat: «Nieve en el trópico».
 Prof. Antonio Alejo: «La obra de Gustave Moreau».

5:00 p.m. Lectura de poemas.

20 de octubre

2:00 p.m. Inicio de las ponencias:

Prof. Elina Miranda (Universidad de La Habana): «Heredia, Heracles y Casal».
 Antonio José Ponte: «Casal mi contemporáneo».
 Francisco Morán Lull: «Pobre Casal».

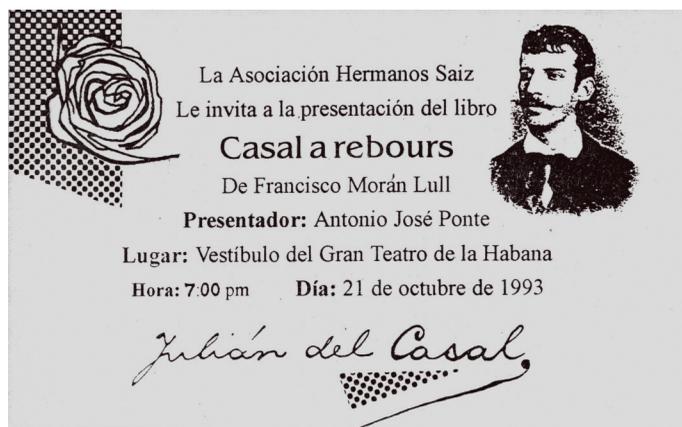
3:15 p.m. Receso.

3:30 p.m. Continuación de las ponencias:

Víctor Fowler: «Hay en París dos ciudades: la modernidad periférica».
 Virgilio López Lemus: «Un paralelo: Casal y Cavafis».
 William Gattorno: «José María Chacón y Calvo: biógrafo de Casal».

5:00 p.m. Clausura: Palabras de Antón Arrufat.

La Habana Elegante. Julián del Casal (In Memoriam). Francisco Morán, comp. La Habana: Casa Editorial Abril, 1993. pp. 46-49.



«Notas y Noticias»

«Julián del Casal»

Este ilustrado joven, tiernísimo y correcto poeta, [...] ha partido para Madrid en busca de ideas nuevas, de ambiente más puro, de horizontes más dilatados para sus ambiciones literarias.

Nuestro querido colega *La Habana Elegante*, pierde con la partida de Casal un redactor irremplazable, pero gana un corresponsal exquisito, cuyas impresiones leeremos todos con fruición.

Un mar sereno, un desembarque feliz, un porvenir brillante; todo para Casal. Bien lo merecen su inteligencia preclara y sus sentimientos bellísimos.

La Habana Elegante, 11 de noviembre de 1888. p. 6.

puesto, no alcancé la dicha de poder transformar a la isla en el Edén. Además me hubiera hastiado del Edén. Yo inventé el suspiro y el hastío.

Encerrado en un cuarto de la calle Ánimas (el cuarto que los amigos, enfermos de tanta salud, llamaban lóbrego), vestido de japonés (por capricho y porque entre otras cosas decidí inventar también la soberbia), me hice príncipe. Súbditos muertos, fantasmas como pajes. Solo reiné en mi vasto y exiguo reino. Quise unirme a la muerte, ser su primer amor. Fue mi secreto. Sé que muchos perdieron el sueño tratando de iluminar el misterio que me rodeaba. Ahora lo proclamo: fui el primer hombre que quiso morir. Nunca bastará la vida, es pobre, ridícula. Sabores tenues, sonidos monótonos, desvaídos colores. Los placeres que ella ofrece serán siempre mezquinos. ¿Qué vida puede ser aquella que exige ser escrita para ser? Quise unirme con la muerte como quise unirme a la belleza. La busqué hasta en el rincón más miserable la ciudad. Me transformé en el primer-exquisito-alma-en-pena-de-la-isla. Toqué manos que se tendían, besé ojos y labios, abracé cuerpos que maculaban el mío, y los dejé fríos, inmóviles. Encontré abominable el beso, que es la prueba del fracaso, y a la lujuria, esa madre de la decepción. Iba dejando la belleza-muerte a mi paso. Yo, el primer hombre-epidemia, daba la alegría junto con la muerte. En un instante de revelación comprendí que muerte y belleza terminaban siendo lo mismo. Al verlas venir juntas una noche, finalmente mías, las recibí con carcajada de dicha. Me cabe la gloria de haber legado a mis insatisfechos descendientes el suspiro, el hastío, la tristeza, la soberbia y la risa.

1992. En *La Habana*

La Habana Elegante. Julián del Casal (In Memoriam). Francisco Morán, comp. La Habana: Casa Editorial Abril, 1993. p. 49.

À rebours

Abilio Estévez

Un día tuve los ojos verdes e inventé el suspiro. Yo-el-de-los-ojos-verdes tocaba a las puertas y suspiraba. Así pretendí enseñarle al hombre de qué modo se cantaba la tristeza. Me fui al campo, lo hice arder. Odié al sol, impedía que mi cuerpo fuera una porcelana perfecta. Odié al sol, hacía sudar. Odié la lluvia del trópico y al cielo de azul insultante, sin alaciones. Odié la tierra-hoguera en que me tocó nacer y desterré de mis libros la palabra *reverberar*. Por su-



Casal disputado y una nota al pie

Víctor Fowler

Hay dos modos de leer las negativas, uno recto y otro torcido; uno que sigue las mismas líneas prescritas por la tradición y otro que intenta penetrar los pliegues, porque un rechazo tiene que obedecer a algún sentido y lo cierto es que ningún otro literato cubano fue tan unánimemente negado mientras vivió como Julián del Casal, y acaso ningún otro se ha convertido en manzana de discordia como él. Si revisamos esas disputas, en las que Casal nunca respondía más que con nuevos textos «modernistas», podremos atravesar el tejido del campo literario de la época y averiguar entonces las conmoviciones que provocó su aparición. ¿Por qué la aparición de *Hojas al viento*, en 1890, se convirtió en una suerte de escándalo en el mundillo literario de la época? ¿Qué sucede que incluso la muerte del poeta, es decir, el número homenaje que a ello dedicara la revista *La Habana Elegante*, puede ser leído como un campo de batalla? ¿Cuál es entonces el problema Casal?

El 26 de noviembre de 1885 publica Francisco Chacón en *El Fígaro* unos apuntes que titula «Casal (notas de mi cartera)». Para ese entonces el total de colaboraciones del Casal aparecidas en la prensa se reducía a los poemas: «¡Una lágrima!», «El poeta y la sirena», «Huérfano», «Amor en el claustro», «Nocturno», «Desde lejos» y el texto en prosa «Manuel Reina». Seis poemas y un texto en prosa, para una vida literaria que había comenzado en 1881 con la publicación de «¡Una lágrima!» en la revista *El Ensayo*, no es demasiado. Sin embargo, para Chacón era bastante ya como para hacerlo escribir esas notas en las que el sentimiento central es la extrañeza. Casal es un raro: «Que Casal no pertenece a esta época mercantilista hasta dejarla de sobra, es cosa en la cual no cabe un adarme de duda. Si existiera la metemosis, aseguraría que Casal encarnó en el espíritu de algún romántico de mediados del siglo. No hay más que verlo caminar por esas calles de Dios, para comprenderle enseguida».

Aquí comienza uno de los errores al juzgar a Casal: se le trata de regresar en el tiempo, se le quiere convertir en un romántico extemporáneo; su rareza está dada por haber nacido demasiado tarde. E igual comienza otro de los tópicos al referirse a su personalidad: Casal no se comporta como las personas «normales»; quiebra, con su comportamiento, la norma. Al final del artículo ocurre una de las confusiones más extrañas alrededor de la figura del poeta: Chacón lo opone a «autores dramáticos»: «Hoy, que tantos mamarrachos pasan por auto-

res dramáticos conviene ir presentando a jóvenes como el de que me ocupo, de verdadero talento y sólida instrucción.»¹²⁷ Son palabras que no acostumbran a ser pronunciadas en los instantes de esplendor de una literatura; tienden a fabricar oposiciones, incitan a elucubrar supuestas tensiones en el interior del campo literario, al parecer colmado de esos «mamarrachos», que serían escasos de instrucción y talento. Y lo cierto es que se trata de un momento en el que ningún gran poeta estremece la literatura nacional. Lo más trascendente que en este territorio ha ocurrido es la publicación en 1879 de la selección poética *Arpas amigas*, muestra de la pobreza del género en tal instante. El gran libro de poemas escrito por un cubano del momento es el *Ismaelillo* que en 1882 ve la luz en New York, poco conocido en la Isla y menos comprendido. No hay más que revisar la citada selección en la que figuran Francisco Sellén, Enrique José Varona, Esteban Borrero, Diego Vicente Tejera, Luis Victoriano Betancourt y José Varela Zequeira para sentirnos entristecidos por la frialdad y ausencia de emociones profundas en tantos versos vertidos en el molde de la corrección neoclásica y transidos de respeto ante el caudal de la tradición poética hispana.

El 11 de marzo de 1888 vuelve a escucharse el nombre de Casal como sinónimo de rareza. Escribe esta vez Manuel de la Cruz un retrato del poeta para la sección «La Joven Cuba» de *La Habana Elegante*, sección que se propuso llevar al público a los valores jóvenes de la cultura nacional. Ya para entonces Casal es nombre conocido en el público lector habanero. Cuarenta y siete colaboraciones suyas han aparecido en la prensa. Antes de que concluya ese mismo mes, será ya figura de escándalo, pues apenas quince días después del texto de Manuel de la Cruz aparecerá el primer artículo de la serie «La Sociedad de la Habana» en el que Casal se burla, con esa ironía que poseyó fina y cruel, del General Sabás Marín, Gobernador de la Isla de Cuba. Por ello la huella de rebeldía que de la Cruz descubre en Casal es premonitoria: el poeta ha sido educado en el Real Colegio de Belén, dirigido por los padres jesuitas, que «crean empollar cuervos y búhos que luego son águilas y cóndores» (4). La ruina, la muerte de los padres y un amor infeliz a una mujer desconocida son, según de la Cruz, los factores que conforman el carácter de Casal quien vive “sin más amor ni más ideal que el culto del arte.” Puesto a fijar genealogías, también de la Cruz lo regresa en el tiempo, tiene Casal “temperamento de romántico impenitente.” Un pronóstico sorprendente nos permite acceder a una nueva oposición: quizás de pronto se opere una reacción en Casal que le haga volver so-

127 Fowler se equivoca en este punto. Lo que hace tan extraño el comentario de Chacón es que lleva a pensar a sus lectores que Casal es un escritor dramático.

Carta de pésame de Santos Lamadrid a Carmen del Casal y de la Lastra

(fragmento)

Al cadáver [de Casal] se le encontró en los bolsillos tres centenes dos pesos en plata y cuatro cajetillas de cigarros.

Enrique Hernández ha recibido una carta de vuestra tía Matilde de Lastra y en la carta le suplica que si Vdes no ordenan lo contrario, desea que se le dé el escritorio que ya tú conoces y que está en muy mal estado y el sillón que corre la misma suerte.

Cuño de la casa Juan de los Santos Lamadrid y Ribalta.

29 – oct – 1893.

En la tumba de Julián del Casal

para esperanza figueroa

Francisco Morán

Aquí los desperdicios de la muerte,
el aire roto,
el cuerpo abrumado por el frío y la sorpresa.
¿Qué nos separa de su vigilia,
del secreto paladar de sus demonios?
¿Quién puede asegurar
que no somos nosotros los muertos,
los que hervimos falsos manjares
y tullidos hasta la risa
nos revolcamos entre alimañas
que nunca jugaron en la nieve?

Todo cuanto hicimos para arrancar la cera
a sus ojos de muerto,
fue inútil.

Nada va a devolvérselo.
Ninguna ternura que soplemos juntos
hará que se levante.
Todas las flores de la Isla no podrían deshelar
su retraimiento.

¿A qué venir entonces aquí
si no es a hacer con la muerte una bebida común?

Sospecho que gastó sus días y también los nuestros.
Darío nos preguntó dónde estaba Casal
y nadie pudo responder.
Tampoco lo sé yo,
pero «son los días tristes y lluviosos,
y son las noches largas y sombrías».
Y he visto lotos blancos de pistilos de oro
en los jirones de Puentes Grandes.

En cualquier kimono pueden estar sus huesos,
en cualquier abanico el exagrama de su frialdad.

¿Dónde está Casal?

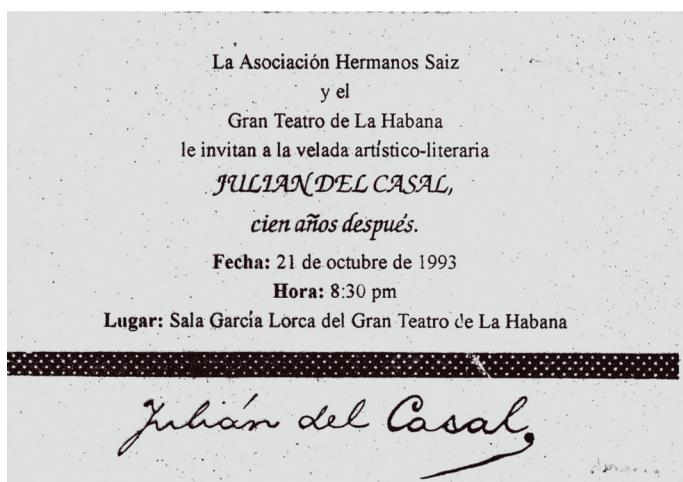
¿Adónde fueron la sonrisa encristalada,
la ciudad de precarios camarotes
que no podíamos ver
en los espejos de los Pérez de la Riva?
¿Dónde el cenicero,
los restos del banquete,
el punto de encaje del chiste,
el tapiz que contaba nuestra historia,
frágil como un aneurisma —
a la hora de las comidas,
cuando la mesa y la calle están a oscuras,
cual si hubiesen perdido su aceite,
el ardor de las compañías?

Vivimos entre maleficios y desapariciones.
Celebramos aquelarres con la soledad,
alumbrados por el silencio.
Y en cada misa negra
nos bebemos su sangre roja de tigre real,
de tuberculoso,
de huérfano.

Y lo compartimos agradecidos,
amorosamente,
entre los arrecifes
y las columnas
vencidas.

La Habana, 1993.

La Habana Elegante. Julián del Casal (In Memoriam). Francisco Morán, comp. La Habana: Casa Editorial Abril, 1993. p59. La versión del poema que incluimos aquí es la versión revisada de las que aparecieron, primero, en 1993, y luego en el poemario *Habanero Tú* (Cieza, 1997), pp. 49-50.



Era duro el invierno

Sigfredo Ariel

Fantasma de Julián del Casal
no te parece que hoy es demasiado tarde.
Mientras se acostaban juntos
en Bélgica en su cuarto y eran
novios tormentosos
Verlaine el joven y Rimbaud el niño
tú escribiste sudoroso cegato
tú escribiste sacrificio es obtener
ventaja sobre Dios.

Cifrada está la lengua desde entonces.
La Habana era La Habana
no Cantón ilusivo.
Los primeros tumbos del amanecer
siguen llegando al cuerpo.
Como antes traspasan las paredes de tiza
y el cuerpo está nadando sin molestar
a nadie
sin tocar a nadie.

Sostuviste una conversación
a media lengua —siempre a la mitad—
los desvaídos rostros que miraban a dónde
con recelo
los labios que volaban y quizás

no sepa nunca quién me ama.

Ciertas visiones te asustaron
a la puerta del cuarto en Mercaderes
donde estuve por cierto a punto de vivir
y festejar los novecientos siglos
de tu muerte súbita
o la muerte que tengo adormecida
en la calle de Zanja
frente a dos o tres chinos
con los ojos perdidos
y la cabeza ida.

No te parece que hoy es demasiado tarde.

Cuando se preparaban las citas
en el Prado
y los hombres se miraban
como los relámpagos dormías
remoto disfrazado
dejándote adular bajo el cielo de Cuba.

Ahora estás entre la luz
y en Guane o Artemisa como un vaho
como un cero a la izquierda
en la vida de los vivos
y los muertos.

Fantasma de Julián del Casal
no me dejes este frío a mí.

La Gaceta de Cuba, septiembre-octubre de 1993. p.
14.

En Cuba 4, junto a Casal

Norge Espinosa

Eran los días más áridos de 1993 y estábamos ante la casa natal del poeta. Agolpados bajo el calor de un verano implacable, los poetas reunidos ante aquella vieja puerta de madera verde tratábamos de recordar esa misma fachada, vista entre las ilustraciones del primer tomo de las *Prosas* al conmemorarse un centenario, editadas con la devolución que los versos de aquel habanero habían animado en tantos contemporáneos casi todos ya desaparecidos. Se tendía nuevamente sobre la isla el arco

de otros cien años, y esta vez, sabiendo que en ese mausoleo ante el que gustaban de retratarse los origenistas no descansaban en verdad sus restos, buscábamos a Julián del Casal en las ruinas de su primera morada, ahora que su muerte era una cifra redonda y Francisco Morán conseguía el milagro de extendernos su presencia como una garantía de estos días también finiseculares. Habíamos recorrido los sitios que él visitó, y a veces en grupo numeroso o en salones casi vacíos hablábamos de Casal vehementemente, al punto de que algunos de los allí convocados hubiesen podido firmar nuevos opúsculos sobre el autor de *Nieve* en una edición excepcional de *La Habana Elegante*. Esa edición finalmente existiría: conservo un ejemplar de ese cuaderno de tan pobre diseño, como fe de esas horas de 1993, en las cuales pudimos ser y estar *en* Casal, como se puede estar en La Habana o París, en un libro de Huysmans o en un cuadro familiar de los Borrero. Era pues una mañana de 1993, y esperábamos ante ese portón carcomido de la calle Cuba que el propio Morán apareciera con la llave imprescindible para ejecutar nuestra misión: salvar, desempolvar los restos de aquella casa en un improvisado trabajo voluntario — vaya término nada casaliano — a fin de mostrar con algo más que palabras nuestra devoción. Tengo en mis manos la fotografía donde aparecen algunos de los que, finalmente, pasamos aquella puerta cerrada a cal y canto. Apuntalado su interior, nada quedaba entre esos muros de la fina escalera de caracol o la balaustrada de madera que en aquella edición de las prosas puede hallarse. Los mediopuntos, la galería, los detalles interiores habían sido ya borrados: el esbozo de ruina por venirse al suelo deshacía la ilusión de encontrar en ese espacio polvoriento alguna señal del poeta, un leve indicio de lo que sus primeros años fueron. Acaso debimos buscarlos en esos cuartos miserables donde Casal colgaba su máscara japonesa, sus prendas orientales, o leía a Kempis. ¿Qué hicimos finalmente en aquel lugar? Apartar unas tablas, sacar algunos escombros, limpiar un terreno donde Morán proponía inaugurar un centro de estudios sobre el modernismo, a fin de que ese fervor cristalizara en algo más palpable. Luego vendría una humilde mesa de frutas en el balcón del aldaño Museo de la Música, una lectura a la cual acudiría Carmen Peláez, sobrina del poeta, encuentros en la azotea de Reina María y en la hoy irremediadamente perdida Casa del Joven Cre-



ador, una abortada cena en el hotel Inglaterra y tantos otros diálogos y pretextos que la Asociación Hermanos Saíz prohibaba. Queda, en la fachada de la mansión de Santos Lamadrid, una tarja que, puesta allí entonces, recuerda la carcajada fatal del poeta, el chorro de sangre, el cigarrillo inacabado, el misterio que aún azota el rostro de ojos verdes retratado en los volúmenes de tanto tiempo atrás. Estamos en esa foto, mirando al lente, sonriendo a quién. A Casal, tal vez, en una respuesta pueril que ya no nos convence. Mucho menos ahora, cuando el último huracán derrumbó finalmente esa casa en la que nuestra inocencia nos hizo entrar con ánimos de fundación. Éramos artistas, recuérdese, y doble pecado: éramos también jóvenes.

«Yo soy como una choza abandonada / que el viento huracanado desmorona». Esos versos suyos, de seguro no los mejores, vuelven a la memoria ante los restos de una casa en la que vivió poco; él que tan poco nos vivió. Y esos restos desperdigados nos hacen pensar en otras casas no menos destruidas, venidas al suelo bajo la indiferencia pasmosa de quienes debieron haberse adelantado al temporal para salvarlas. Avanzo por alguna calle de La Habana Vieja y descubro un balcón, un enrejado *art nouveau* a punto de desaparecer, una estela mutilada que ya no recobramos, en recodos a los cuales no se ha acercado la mano restauradora. Quiera Dios que esos trabajadores que ahora limpian lo que dejó el ciclón en esa vivienda, ya despoblada de fantasmas, estén salvando lo que perdura como un posible homenaje a Casal, y no que en el sitio donde nació se abra otro bar insulso, otra esquina de mercadeo improvisada en pocos días a las cuales el cubano de a pie no puede dirigirse.

Y tampoco el poeta, que bien lo sabemos.

La década, al fin, ha soplado sobre nosotros su memoria. Los que sonreímos en la fotografía que aquí se reproduce, hemos ganado o perdido los destinos más diversos. Acaso Morán, ahora en su exilio, pueda agradecerme el evocar ese día. De cualquier manera, la casa derrumbada me recuerda al propio Morán, me provoca el largo desasosiego con que él hubiese vivido esta pérdida. Y si ahora escribo estas líneas, las firmo pensando en las que él mismo alzaría ante la puerta de Cuba 4 que, tras el paso del huracán, ya no conduce finalmente a nada. Pienso en la escalera de caracol, en el patio interior de la casa, en un libro de Emilio de Armas, en todo

lo que he perdido y me hablaba del poeta. Digo unos versos suyos y sé que otros — salvados en esa fotografía, o en una conversación apenas susurrada — pueden repetir conmigo esos rondales, esos endecasílabos tan finiseculares como lo somos ya nosotros mismos. Formas engañosas del vivir, declamar sus versos lo hace habitar, de algún modo en nosotros, ahora que su primer libro cumple cien años y una década. Sólo espero que Julián del Casal pueda perdurar así al menos hasta que, como a la antigua casa de puerta tenaz y verde, nos borre también el temporal, el último viento.

Extramuros, número 2, marzo, 2000.

Carta de Enrique Hernández Miyares a Carmen del Casal de Peláez

(fragmento)

Habana 25 Novbre 1893.

Sra Da Carmen del Casal de Peláez.

Mi distinguida y triste amiga:

.....

Como U. sabe, Casal dejó en las primeras páginas de impresión su nuevo libro *Bustos y Rimas*, el cual se decidió a publicar a mis instancias, porque yo ideé, viéndolo tan malo en uno de los ataques, que ese era un medio para distraerlo y además podía ser un recurso pecuniario si el libro tenía suerte. Yo logré de mis socios en la Imprenta que se procediera a la impresión de la obra por solo su costo, y que las utilidades fueran para él.

De *Bustos y Rimas* sólo se imprimirán 500 ejemplares, que fue lo que él dispuso; [...]

.....

En mi anterior, donde le hablaba a U. de mil detalles de los últimos días de nuestro hermano, le dije que cuando se mudó de casa de Valdivia, se apareció en mi casa en un coche, con el cuadro *El Gólgota*, que le llevaba a Panchita, mi esposa, de cuelga.

Yo lo insté mucho para que no se lo regalara y se lo remitiera a U; pero me dijo que de ninguna manera, que le llevaría a U. otro gran regalo y que el cuadro se hubiera roto en el viaje hasta Yaguajay.

Casal y compañía: el simposio de 1993 en La Habana

Oscar Montero, CUNY

En cuanto supe que en 1993, fecha que por cierto ya luce los matices de lo antiguo, se celebraba un congreso sobre Casal y el modernismo en La Habana, pensé que podría intentar otro viaje al país natal. Digo “intentar” porque nunca viajé a Cuba con el desenfado jovial de una cienfueguera con quien había conversado en el viaje anterior. La señora llevaba en la cabeza cinco sombreros, uno encima del otro, y me confesó, muerta de risa, que llevaba diez blúmeres y cinco ajustadores puestos. Para mí los preparativos de esos viajes, el papeleo de las visas y los permisos, los encargos familiares y luego el viaje en sí se habían hecho siempre bajo el signo de la zozobra. Esta vez pensé que sería diferente, que se trataba de un congreso importante en Casa de las Américas, que podría pasar unos días en Cienfuegos y en Cruces, de donde soy.

En el viaje anterior, en el verano de 1989, no había podido llegar ni a Cruces ni a Cienfuegos. Coincidió mi visita con el proceso y la ejecución del General Ochoa. La ciudad parecía sumergida en un agua espesa, como si flotara fuera del tiempo y del espacio, iluminada todas las tardes por el fulgor de los televisores sintonizados al mismo canal, duplicadas hasta la náusea las imágenes horribles del proceso. El oficial de inmigración a quien presenté mi caso se negó a extenderme la visa de dos semanas. Confiado en que lo de la renovación de la visa sería cuestión de rutina había dedicado las dos semanas a trabajar en la biblioteca. El miliciano nervioso me habrá visto cara de gusano y en medio de aquella crisis, mejor obrar con cautela: de visa, nananina. Al otro día de la entrevista tuve que regresar a Miami y contentarme con una llamada telefónica a Cruces, a mi tía Yara.

Esta vez, cuando salí de New York, rumbo a Miami, donde hacía escala, pensé satisfecho que tenía todo listo, los puntos sobre las íes, todos los patos en fila, como se dice en inglés. El plan era pasar par de días en casa de mis padres, que por aquellos años vivían en Miami, y luego seguir el viaje a La Habana. Poco después de mi llegada, mi padre tuvo que ser hospitalizado y descubrí, no sé cómo, que faltaba un papel, un permiso, la visa, que sé yo. El caso es que no podía viajar a La Habana.

No recuerdo ni cómo ni cuándo, pero llegó el papel y decidí dejar a mi padre enfermo para asistir al congreso. No podía saber, ni quise pensarlo aunque ya se hacía evidente, que le quedaba un año de vida. ¿Y tú qué carajo vas a hacer allá? Mucho cuidado, me dijo.

Mi libro sobre Casal acababa de salir y me armé todo un relato con las confluencias sugeridas por el homenaje al poeta en el centenario de su muerte. A las cuatro de la mañana ya estaba en el aeropuerto de Miami, junto a un batallón de mujeres decididas, cada una con los conchabidos sombreros en la cabeza y un bazar de bisutería en el cuello. Del viaje quedan algunas impresiones, pedazos de diálogo y algunas imágenes, mentales unas, captadas otras pocas en las fotografías que adjunto. Es la reproducción distorsionada de esos fragmentos que quiero compartir con los lectores de *La Habana Elegante, segunda época*, para contribuir al festejo de sus quince años de publicación.

Cuando por fin llegué, la verdad es que nunca lo había pasado tan bien en un congreso; supongo que porque me apasionaba su tema, porque la acogida era sincera y porque me sentía entre mi gente. Brillaban los pisos de Casa de las Américas y comíamos bien, lejos de los simulacros de pizza que vendían al doblar de la esquina. Me repuse de la crisis miamense y acabó de consolarme el relato animado de Carmelita Tropicana, que había corrido peor suerte que yo. Había llegado al aeropuerto José Martí y no la dejaron entrar al país: sorpresa, faltaba un papel. Tuvo que regresar a Miami y conformarse con el «si te he visto no me acuerdo» del funcionario de turno. Una vez en Miami, recibió el permiso que faltaba y regresó a La Habana, ajada pero contenta. La idea, vaga e incoherente pero poderosa, de las almas gemelas, Carmelita y yo por supuesto, y nuestros destinos paralelos me rondaba por la cabeza y me sentí feliz. Del viaje de Carmelita, el alter ego de Alina Troyano, surgió *Milk of Amnesia. Leche de amnesia, performance* que presentó ella en el célebre espacio PS. 122, en New York en 1994, y a la cual tuve la suerte de asistir. El tema de la obra de Troyano es la memoria, apenas recuperada, transformada en una pesadilla más o menos llevadera. En la obra aparece otro alter ego de Troyano, Pingalito, conductor sexista de la guagua M15 en La Habana y adorador de Carmelita, «símbolo de la mujer cu-

ba». En *Leche de Amnesia*, Carmelita se come un sándwich de carne de puerco en La Habana y cae en estado de “CUMAA: Collective Unconscious Memory Appropriation Attack”, y por ahí seguía la cosa. El lechón, colgado del techo en efigie de cartón, adquiere un papel protagónico, que comparte con un caballo.

Pensé que se seguía cumpliendo mi ilusión sobre las confluencias cuando me encontré en el congreso con mi profesora y mi amiga de Chapel Hill, María Salgado. En un curso antológico *undergraduate* que ella dictaba, leí por primera vez a Casal, en la antología de Anderson

Imbert: “Nostalgias”, “Neurosis”, “En el campo”. Después nunca fui el mismo y el «no ha podido decir a mi alma extraña» de Casal todavía me guía y me acompaña «bajo las gotas frías de la lluvia/ y a la luz funeral de los relámpagos!». Había que celebrar, y del Hotel Colina, modesto albergue frente a la Universidad, me pasé al Hotel Presidente. El Presidente, de más caché sin duda, casi



frente al malecón, fue construido en 1928 por un inversionista de New York.

La segunda mañana del congreso, llegué tan temprano que no había nadie, excepto una empleada que me ofreció café y un muchacho que apareció por un pasillo y se puso a hablarme de Casal con gran entusiasmo. Era muy delgado, pero con un cuerpo atlético, como un púgil de peso pluma, un cuerpo que no correspondía del todo con la cabeza grande, acaparada toda por unos ojos ávidos. El muchacho era Francisco Morán, que un año después ya estaría en New Orleans, donde con su primer sueldo, diría luego, compró «un kimono de seda negra que tenía un dragón incrustado en la espalda, unos conos de incienso, un pequeño abanico de papel y una sombrilla» (*LHE V* aniversario 11). Le pregunté que por qué no había presentado su trabajo en el congreso, y me miró como diciendo «¿y tú de qué nube te bajaste?». Seguimos conversando y quedamos en vernos luego, en cualquier sitio por ahí cerca, con tal que no fuera Coppelia.

Esa tarde los participantes del congreso fuimos con Luisa Campuzano, organizadora del congreso a quien había tenido el placer de conocer en New York, a la casa en La Víbora de su amiga Carmen Peláez, sobrina de Julián del Casal y hermana de la célebre pintora Ame-

lia Peláez. Doña Carmen era la última sobreviviente de su familia, la menor de los once hijos del médico Manuel Peláez Laredo y Carmela del Casal y de la Lastra, hermana menor del poeta, a quien doña Carmen, a pesar de que evidentemente había nacido después de su muerte, llamaba «tío Julito». La casa de los Peláez en La Víbora es amplia, con lindos mosaicos en los pisos, de alto puntal, con grandes puertas que abren a un patio interior, característica de las casas construidas a principios del siglo pasado, llena de libros y muebles cómodos, cuadros y reliquias de la familia Peláez del Casal. Al fondo de jardín interior había estado el estudio de Amelia. En la biblioteca doña Carmen nos mostró el libro de cuentas del abuelo, que Casal había transformado en su álbum, con poemas y láminas pegados sobre los apuntes inútiles, el mismo libro que había servido a Lezama, que en una época fue visitante asiduo de la casa, como imagen generadora en su célebre ensayo sobre Casal. Nos sirvieron café y regresamos a Casa de las Américas en el lujoso autocar que nos había llevado hasta La Víbora. Doña Carmen, una mujer pequeña, de movimientos precisos, acogedora y simpática, salió a despedirnos al portal.

Por suerte, apareció de nuevo Morán, esta vez con el plan de almorzar con doña Carmen, pero antes daríamos un paseo por La Habana Vieja, por el barrio de Casal. Nos detuvimos frente al casco del edificio de Hierro y Co., cuyo despliegue de objetos lujosos fue comentado en una crónica publicada en *La Habana Elegante*, en la sección «Notas y noticias» del 2 de enero de 1887. El escritor anónimo, Casal o tal vez Hernández Miyares, contrasta el desaliño de la capital con el lujo de la tienda: «La Habana, de cuya suciedad y atraso hablan casi todos los viajeros en sus libros originales, tiene algo magnífico de qué enorgullecerse: de la casa de Hierro y Compañía». Los anuncios del «gran bazar de joyería y efectos de fantasías de la calle del Obispo,» dice el cronista, aparecían en la revista sobre todo en época de carnaval. Para el carnaval de 1885, se anunciaba en la revista la venta de disfraces de dominó por un peso. Dice el anuncio, «¿Quién no se disfraza por un peso?» en estos «tiempos calami-

tosos». La frase es de Hernández Miyares, de su sección regular «Ecos y murmullos», *La Habana Elegante*, 15 de marzo de 1885. En 1993, en pleno período especial, la respuesta a la pregunta de 1885 a los nuevos tiempos calamitosos nos esperaba a la vuelta de la esquina.

Caminamos hasta la calle Empedrado y ya cerca de la Catedral sin más ceremonia que un ligero empujón estábamos Morán y yo en medio de una comparsa de los Compondores de Batea del Barrio de Cayo Hueso. Encabezaba el guateque ambulante media docena de muchachos vestidos de rumberas, seguidos de otros que ba-

lanceaban en la cabeza cestas llenas de frutas y calabazas: detrás iba el pueblo en tandas al compás de güiros y tambores. La mejor descripción de semejante desfile la encontré después, en *Espejo de paciencia*, donde dice: «Vinieron de los pastos las napeas, / y al hombro trae cada una un pisitaco, / y entre cada tres de ellas dos bateas / de flores olorosas de navaco» (67). Morán

me contó que los obreros que regresaban de Cayo Hueso fundaron la comparsa en 1908, y que en sus orígenes incluía solo hombres; algunos se vestían de rumberas para la ocasión. Se sentía el calor y regresamos, aprovechando los portales cuando fuera posible, hacia el Hotel Presidente para el almuerzo prometido.

No sé que habrá pasado después de los últimos arreglos, pero en 1993, al menos en el lobby y en el comedor, el Presidente conservaba una elegancia discreta, más atractiva aún por estar algo raída por los bordes. El hotel carece del glamor indiscutible de construcciones más recientes, primera entre ellas el Hotel Nacional, que lo eclipsó definitivamente cuando se inauguró para las fiestas de fin de año de 1930, solo dos años después de la apertura del Presidente. En 1934 una bomba destruyó el lobby. Almorzamos en la terraza y conversamos de todo un poco; comimos muy bien, disfrutando de la brisa exquisita que tardaría meses en convertirse en ciclón. Doña Carmen nos habló de sus viajes en compañía de Amelia por Europa y México. Comentamos algo, con la discreción de costumbre en estos casos, de los altibajos de la Revolución. El almuerzo en El Presidente con Francisco y doña Carmen fue el punto culminante de aquella visita

RELOJERÍA, PLATERÍA, PERFUMERÍA, QUINCALLERÍA Y JUGUETERÍA.



EL FÉNIX, DE HIERRO Y CA.

a La Habana, y tal vez el *highlight* de lo que había sido para mí un largo proceso de reconstrucción personal de “lo cubano”, quehaceres propios de todo exilio, reconstrucción hecha de lecturas, de viajes, de amistades, de fragmentos que en fin de cuentas nunca se han fijado en una imagen precisa, que han seguido dispersándose más bien, como en un Big Bang íntimo.

El día antes del regreso fui a almorzar solo a una cafetería, “moderna” como se decía antes, con empleadas uniformadas y platos más o menos apetecibles. La empleada que me atendió aparentaba quince años y me conversaba sin parar. Me divertía su hablar dicharachero y el revoloteo de sus manos. Cuando me levanté para pagar en la caja, según las instrucciones de mi anfitriona, esta me siguió, chachareando todo el tiempo. Mientras pagaba, pude ver en el reflejo de la vitrina situada detrás de la contadora que ella, ahora silenciosa, le hacía señas al cajero y formaba palabras con los labios sin emitir sonido alguno, aunque sus gestos exagerados transformaban su silencio en la pantomima de una gritería. Apuntaba con el índice a mi espalda y las palabras que formaban sus labios decían: “Es de fuera”. Yo le había dicho que era de Cruces y llevaba una camisita playera bastante auténtica, pero parece que nada de eso captó. Serían los Adidas nuevos, me dije resignado, los delatores de mi simulacro, o a lo mejor había sido el acento «venezolano», como me dijeron en otra ocasión.

Regresé al hotel a hacer la maleta, tarea fácil, pues había podido ir a Cruces y allá lo dejé casi todo; me iba con lo puesto, algunos libros y un gallito de madera que me regaló mi tía. En el aeropuerto compraría el Havana Club. La alfombra de la habitación había sido verde, tal vez un verde aguacate, pero el tropelaje de burócratas soviéticos y hetairas suntuosas lo había transformado en algo que no era un color sino más bien una melcocha gris. Esa noche salí a dar una última vuelta por la zona. En el lobby un italiano cincuentón conversaba con una adolescente preciosa, acompañada por una abuela o una tía, en un medio luto elegantísimo. A partir de las once, enterrada en la noche, la ciudad era de piedra. Bajo el cielo, que parecía un hueco, las fachadas sucias se alineaban por la calle rectilínea, jamás turbada por el caminar de un paseante ni por el ladrido de un perro. La ciudad silenciosa era un andamiaje de moles inertes. En la avenida las efigies taciturnas de los grandes desaparecidos, asfixiados por el mármol y por el bronce, sugerían una imagen degradada de lo había sido el hombre, ídolos que regían bajo un cielo espeso, en las esquinas sin vida. Menos mal que la efigie de Casal nunca perturbó la simetría de un parque. Cuando vine a ver, ya estaba en Miami, en estado de CUMAA *of course*.

Oscar Montero,
New York, N.Y.
7 de diciembre, 2011

Carta de Ben A. Heller

10 de enero, 2012

Querido Morán,

Gracias por la invitación a recordar esos días del «período especial» en que conmemoramos el Centenario de la muerte de Casal. Llegué a Cuba en septiembre de 1993 para la conferencia sobre Julián del Casal y el modernismo, patrocinada por Casa de las Américas. Era mi tercer viaje a Cuba en tres años, pero aún así me parecía que entendía muy poco de la realidad cubana. Tal vez entienda más ahora — la distancia y el tiempo aclaran. El fragmento a continuación viene de mi diario personal. Sugiere más de lo que dice, y si tiene algún mérito, será por lo que calla.

Pasamos la mañana con Víctor en el Cementerio de Colón, uno de los cementerios más interesantes que he visto—tanta piedra, tanto mármol brillando en el sol matinal: cristos y próceres en blanco renegrido alzándose de los techos de tumbas, mujeres inclinadas a un lado con expresiones indolentes o dobladas casi al suelo, escuchando dramáticamente, ángeles como zonzunes, congelados en medio vuelo, alas estiradas. Aquí y allá un árbol en flor, corolas púrpuras, la corteza un gris tierno.

Bajamos a la tumba de Julián del Casal. La puerta estaba abierta y el lugar había sido testigo de ritos. Había mazorcas de maíz en el primer peldaño, un vaso para proteger una vela en el segundo, una botella vacía al lado de una pared al fondo, y lo más extraño, tirado en el suelo, un zapato con su pierna, o por lo menos un calcetín lleno de algo que parecía un pie y una pierna. La luz filtraba hasta allí, un gris diferente.

El pasado se nos presenta como fragmentos y el presente se troca a veces en un tur por las ruinas. Prendemos una vela en la tumba del poeta, pero esto no nos entrega el poema y mucho menos la poesía.

El tiempo se nos presenta como una cirugía brutal, como amputaciones — y lo que quedan son reliquias de esa fuerza incisiva. ¿Hay devoción suficiente, vida suficiente, ahora mismo, para unir esos pedazos?

Al salir: un manojo de perro vino mudo y se puso a mi lado mientras intenté sacar una foto del arco. Flaco y decaído, se apoyaba en mi zapato y no se movía. Medio kilo tal vez? Tan débil que no podía alzarse la cabeza.... Estará muerto ahora, seguramente.

Francisco, como sabes, volví a Cuba solo una vez más, en 1994. Al salir del país los guardias en la aduana me registraron la maleta con cuidado, buscando señales de colaboración con enemigos del estado, cuestionando cada carta, cada poema, hasta que me quejé y me soltaron por fin. Y lo mismo hicieron los guardias americanas al entrar a U.S.A. —probando que la paranoia e insensatez no son patrimonio exclusivo de ninguna nación.

Un abrazo,
Ben

El camino de Damasco

Francisco Morán

A partir del ataque de fiebre y escalofríos que sufre Casal en 1892, durante la cena de Nochebuena en casa de Malpica, su salud se deteriora aceleradamente. El 18 de junio de 1893, *La Habana Elegante* informa a sus lectores que últimamente el poeta se había visto atacado por una persistente dolencia, de la cual había conseguido mejorarlo la sabiduría del doctor Francisco Zayas. La nota añadía que aquél había embarcado hacia Yaguajay ese mismo sábado con el propósito de visitar su familia y recuperarse. Unas semanas más tarde, el 30 de julio, reporta su regreso a La Habana, y también que en los últimos días el mal se había agudizado. La nota hace saber que Casal se había mudado al Hotel Central, lo cual — se sugiere — se debió «a la bondad material» de Domingo Malpica. Su cuarto, según se expresa, «es visitado diariamente» por sus compañeros y amigos, incluidos los redactores de *La Habana Elegante*, quienes «desean con todas sus ansias ver lo más pronto posible un desenlace satisfactorio en los padecimientos del joven y notable autor». A pesar de esta recaída que, como es natural, debió hacer pensar a todos que el desenlace fatal se aproximaba, sorpresivamente, sin embargo, *La Habana Elegante* anuncia el 1ro de octubre que ya está en prensa el último libro de Casal — *Bustos y rimas* —, y comunica a sus lectores y a quienes se habían preocupado por su salud que «su mejoría se ha determinado de manera tan rápida y progresiva, que esperamos que muy pronto, después de pasados los días de la convalecencia, podamos verlo de

nuevo entre nosotros, prestándonos su valiosísima colaboración». Más aún, allí se inserta un «soneto inédito» de Casal, dedicado a Enrique Gómez Carrillo, y hasta se hace saber que el poeta ya tiene un nuevo libro en imprenta. Ese nuevo libro que hace sudar la tinta de la imprenta y los cuerpos de los linotipistas, ha crecido como otro rizoma pulmonar, de la escritura, a expensas de la sangre y de la fatiga. Lejos de anunciar la recuperación del cuerpo como creían sus amigos — anuncia su gozosa disolución, su ablución en las aguas albañales y opalinas, en los aromas enervantes del jabalí perseguido por los ágiles lebreles de la escritura. Sólo falta — sin un toque de suerte lo permite — el broche que engarzando al estilo con la sangre lo ponga todo en su sitio: cuerpo y ciudad, el cuerpo apalabrado en la página final, blanco catafalco de todos sus deseos.

En contraste con el súbito optimismo manifestado por la redacción de la revista insignia del modernismo cubano, y por sus amigos, Casal, por el contrario, está convencido de la inminencia de su muerte. Mientras aquéllos lo creen ya fuera de peligro, y lo anuncian públicamente, él comienza a despedirse de los amigos que están más lejos. Así, menos de una semana después de publicada la nota del periódico, le escribe una carta de despedida — es el 5 de octubre — a Eulogio Horta: «Ven lo más pronto que puedas, para darte un abrazo antes de marcharme». Y escasamente dos días más tarde, se despide de Darío: «Te escribo estas líneas para demostrarte que aun al borde de la tumba, adonde pronto me iré a dormir, te quiero y te admiro cada día más».

No percibimos el miedo, sino la urgencia por no dejar inconclusos los asuntos más apremiantes: la confirmación de los amores, de los afectos, y que su último libro salga de la imprenta a tiempo para verlo. Verse por última vez en el espejo de las palabras, en la placa fotográfica del poema; verse en el ensayo de su propia muerte, estudiar cada gesto, definir la última pose. Por eso importuna a la dirección de «La Moderna», haciéndose necesario persuadirlo de que todos están haciendo lo que pueden para que el libro salga pronto: «¿Cree usted que pueda convenirme atrasar la obra por mortificarlo a Ud.? [...] El papel llegó el sábado y hoy pienso imprimir los dos pliegos». La fecha de esta carta, que inútilmente intenta tranquilizarlo, resulta escalofriante: 16 de octubre de 1893. La seguridad que buscan transmitir sus líneas, hoy lo sabemos, no persuaden a Casal. «*La Habana Elegante* me está editando [*Bustos y rimas*]», le había dicho a Darío en su carta de despedida, «pero no tiene ningún valor. Yo te lo mandaré, o te lo mandarán». Esta modestia, sin dudas fingida, se deshace ante la ansiedad que nos sugiere la carta de la imprenta. Aurelio Miran-

da, su compañero de redacción, asegura que «todo su afán era saber si había pruebas o pliegos de su obra *Bus-tos y rimas*, en prensa».

El 21 de octubre, Casal va temprano a la redacción de *La Habana Elegante* y deja una nota, sin firmar, sobre *Mi libro de Cuba*, de la escritora puertorriqueña Lola Rodríguez de Tió. Luego de entregarle a Miranda las pruebas revisadas del «busto» dedicado a Aurelia Castillo de González, y al ver que el cielo se nubla, le comenta: «Mal día es hoy para mí», y se despide: «— Hasta el lunes». Su amigo, no obstante ese augurio que tiene el peso de una lápida, lo recuerda

«risueño, alegre, jovial». También Elga Adman expresa que «[h]acía años que no lo veíamos tan alegre como el sábado». Aún Hernández Miyares llega a creerlo también fuera de peligro, pues lo ve «contento, sonriendo, con los ojos claros relampagueantes, respirando vida». Gonzalo Aróstegui afirma inclu-

so — al parecer sin comprender muy bien lo que dice, o quizá porque ya Casal lo ha incluido en su novela — que «[e]l día de su muerte fue el día más alegre de su vida», y según la nota de *El Figaro*, Casal, al comunicar «a sus íntimos amigos» que ya estaba repuesto, afirmaba «encontrarse como en nueva vida (era su frase)».

Convencido de que está a punto de morir, de que ese día, el 21 de octubre, será aciago, Casal transforma su descubrimiento en fiesta, en alegría. Ese sentido de anticipación que los dioses les hacen llegar a sus elegidos, a los más hermosos, será aprovechado para pulir hasta el más mínimo gesto, cada palabra, cada saludo, los últimos versos. Tomará un especial cuidado en asegurarse de que aquéllos que lo vean por última vez conserven impresa la imagen feliz, henchida de vida y de futuro, que el baño de sangre tornará aún más indeleble. Al creerlo completamente recuperado, sus amigos cooperan, toman parte sin saberlo en una representación que no les pertenece, y a la que asisten — en todos sus significados — como meros accesorios del mito. Son los personajes secundarios del drama, los encargados de tomar notas, de preparar meticulosamente la escenografía, el último cuadro: la mansión señorial, el banquete exquisito, la designación del lugar de cada comensal. A ellos corresponde animar la conversación de sobremesa, pa-

sar el vino — no hay que acudir al viejo truco, por demás innecesario, de derramar la sal. Solo dos años más tarde, Martí, con similares gestos, trama la *mise-en-scène* de su propia muerte, pero con un designio malévolo: endeudar a todo un pueblo, asegurar el busto, los desfiles patrios, la «guerra necesaria» de todos, con todos y contra el bien de todos.

Al anochecer de ese mismo día 21, Casal sale de la casa de Malpica, en la calle Virtudes, y se dirige a la mansión de Lucas de los Santos Lamadrid, en Prado 111, a donde había sido invitado a cenar. Apenas empe-

zamos a subir por la escalinata de mármol, nos llegan las voces, el aroma de algún asado, el perfume enervante de la piña, los giros de una pieza de Ignacio Cervantes, la confusión de las voces de los invitados, y el humo de los cigarrillos y los tabacos. Luego viene la sobremesa, la conversación informal entre las últimas copas y las volutas

del humo haciendo cabriolas entre las lámparas de gas. Casal, que no ha dejado de fumar desde su llegada a la mansión de Lamadrid, enciende otro cigarrillo. Lezama hace reaparecer para nosotros «el cigarrillo que entre [sus] dedos se quemaba». Las chupadas se alargan y espacian, mientras su mirada se concentra en la punta que se consume. Todos sus sentidos parecen concentrarse en el final del cigarrillo y en las volutas perfumadas del humo que, por un instante, lo invisibilizan. Su nariz se ensancha, enardecida por el aroma, de modo que a nadie que lo hubiera observado con detenimiento se le habría escapado la excitación interna, la aceleración de la sangre, golpeando la habitual palidez del rostro. Él lo supo a tiempo. Le vino de un recuerdo fugaz, instantáneo, cuando muchas veces, al leer o escribir, la sensación era de tal fuerza que podía percibir, en el interior de su organismo, el estallido que produce la rotura de un nervio al llegar a su máximo de tensión. Pensó la palabra *rotura* cuando ya uno de los invitados, mensajero de los dioses, había hecho el chiste, y ni siquiera tiene tiempo — ensimismado como estaba — para escucharlo. Eso es lo que lo hace sonreír: ver el chiste que se esconde y rompe en fuegos de artificios en la punta del cigarro. Volviendo entonces los ojos inflamados a quienes ahora tenían los suyos clavados en él, sintió que el sudor frío



humedecía su frente, que se amorataban sus labios rojos, y ya sin poderlo evitar, estalló en una carcajada resonante, feroz, puntuada por la ironía, que deshizo en chispas las perlas del collar. Quedó allí, en medio del banquete, rodeado de sus invitados que lo vieron inmobilizarse en la pose, horrorizado y gozoso para siempre en el purpurino rastro de la sangre que corría de sus venas, al ver que lo recibían como un sudario sus más íntimas posesiones: la tina de mármol rosa, la habanera bañera de alabastro, el frío, el secreto, el abrazo frío del cadáver futuro de Eduardo Rosell, y que sintió apretarse contra el suyo. Aún después de haberse sosegado el cuadro, de haberse enfriado sus colores, la risa no dejaba de resonar, de propagarse en los perfumes, de intoxicarlo todo. Pronto fue obvio que la representación no estaba realmente terminada, por lo que una desolada señora corrió en busca de un médico y regresó con el doctor Santos Fernández. Llegó a tiempo el galeno para ver la monstruosa hinchazón del cuadro y las esquirlas de los pulmones de Casal esparcirse violentamente, en todas direcciones, en lluvia de sangre en gotas carmesíes. Tuvo que cerrar los ojos y cubrirse fuertemente los oídos con las manos para no escuchar esa risa chillona de pájaro, ni ver esos ojos endemoniados que seguían abiertos, obstinadamente fijos en el cigarro encendido. Intentó, con la ingenuidad y arrogancia que cabe esperar en los de su profesión, arrebatar ese cigarro cuyas escandalosas emisiones nocturnas no se doblegaron nunca al régimen ni a la vigilancia del consultorio. Pero no hizo más que acercar la mano, y el todavía humedecido cigarrillo de «La Honradez» se abrió, entre los dedos que lo retenían con firmeza, en un loto blanco de pistilos de oro. Vencido de espanto, y falto ya de recursos, Santos Fernández sólo pudo certificar que el deceso había ocurrido a consecuencia de la rotura de un aneurisma. No se había secado todavía la tinta sobre el papel cuando todo el lugar fue invadido por un perfume muy extraño, un perfume de templo, a la vez que de lupanar....

A esa misma hora y muy lejos de La Habana, en París, Gustave Moreau recordó — sin poderse explicar muy bien por qué — la insistencia con que hacía solo unos años un joven poeta habanero le había solicitado una reproducción de uno de sus cuadros: *Le Jeune Homme et la Mort*. ¿Por qué no accedió entonces a su ruego? Sin poder hallar la respuesta, y sin recordar siquiera el nombre de ese poeta — sus cartas estaban en alguna parte, pero quién podía estar seguro de que aparecerían en el caos en que se había convertido su estudio —, y mucho menos por qué lo asaltaba ese recuerdo, el pintor se estremeció como si el rayo del escalofrío hubiese

hecho una vaina de su cuerpo. No podía imaginar siquiera que en una calle habanera — de la que quizá jamás conocería ni el nombre — una súbita carcajada había desangrado al modelo, que formas y colores habían cobrado cuerpo antes de estallar, alegremente, con vibrar sonoro.

La Habana Elegante, Invierno 2007.

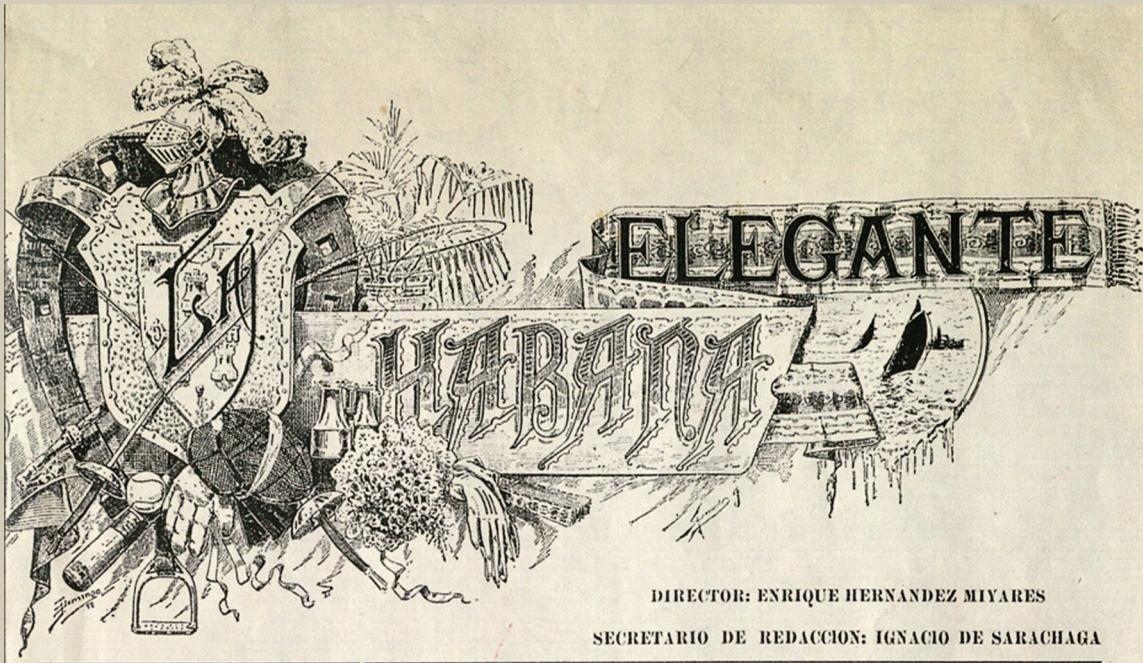


«Sueño»

Ya les contaré a ustedes lo que he soñado anoche.

La Habana Elegante, 28 de diciembre de 1887.

Julián del Casal

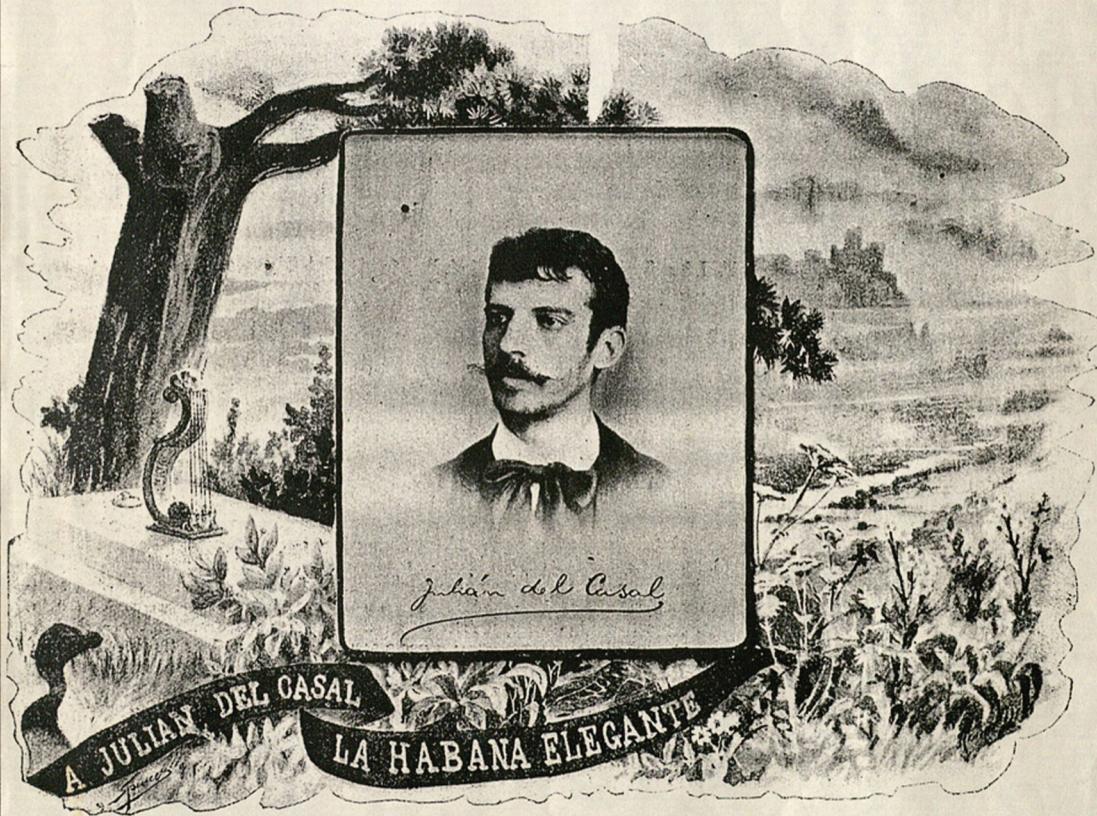


DIRECTOR: ENRIQUE HERNANDEZ MIYARES
 SECRETARIO DE REDACCION: IGNACIO DE SARACHAGA

AÑO IX

HABANA, 29 DE OCTUBRE DE 1893

NUM. 43



ULTIMO RETRATO DE JULIÁN DEL CASAL.

Número-homenaje de La Habana Elegante a Julián del Casal: 29 de octubre de 1893

Julián del Casal

Empiezo a darme cuenta de su muerte; poco a poco cuando se aplanan mis nervios y me fijo en la fecha del almanaque; cuando voy recordando con la debida gradación todo lo que me pasó desde la noche del sábado hasta hoy, en que ya miro que comienzo a sentar la cabeza, es decir, a no sentir tanto y a poder confundirme con los indiferentes: con el sol, que alumbra lo mismo; con la noche que se viene encima al morir el día; con el que charla, el que habla de negocios, el que me pide un cigarrillo, hasta con el que ríe... A confundirme con todo el que no lo quería tanto como yo lo quería.

Casal y yo nos conocimos un día, hace muchos años, cuando el bozo nos sombreaba incipientemente los labios. Nos conocimos de ser presentados, de darnos la mano; porque hacía mucho tiempo antes que nos conociamos de vista. Cuando yendo por una acera, me pasaba por el lado, yo lo miraba como diciéndole ¡quiero ser tu amigo! y él me miraba a mí — más generoso y más apasionado — como queriéndome contestar ¡ya lo soy tuyo! Pero seguíamos caminando, cada cual por opuesto rumbo, y, siempre, como yo volviese la cara para verlo por la espalda, me encontraba con sus ojos claros que habían tomado la misma determinación.

Y aquel día que nos dimos la mano, con verdadera efusión, nos contamos uno al otro, tratándonos de usted, todas estas circunstancias, y cuando me hubo recitado de memoria una rimilla mía y yo le declamé con entusiasmo unas de sus primeras estrofas, habíamos llegado al final de la escalera de mármol, donde ya nos tuteábamos, cogidos del brazo, contentísimos de haber anudado simpatías mutuas, ofreciéndonos todo lo que poseíamos, aparte de la amistad: libros, periódicos, grabados, fotografías... ¡qué sé yo! el tesoro de los años juveniles, aumentado con el entusiasmo y el fervor de ricos gustos y ensueños literarios.

Al otro día me fue a buscar a casa; al otro día yo lo fui a buscar a él; y entonces se inició una amistad estrecha, íntima; una confraternidad, una comunión de ide-

as, de propósitos, y aún de finalidades, tanto más rara cuanto eran diferentes nuestros caracteres: yo, asemejándome sólo en el fondo romántico y melancólico de mis tristezas no dichas y de mis noches inenarrables; pero jovial, bullicioso, enamorado del mundo y de lo superficial, en lo aparente; y él, producto maldito de herencias fatales, de desencadenadas tormentas morales y materiales, que engendraron en su alma el odio inextinguible al medio en que había nacido, al mundo que lo rodeaba, a las cosas tangibles; mostrando siempre indiferencia por todo lo que no fuera la belleza, el arte quintaesenciado, la frase cincelada, la rima más armoniosa y el asunto más original.

Poco después ya yo tenía cierta participación y mando en LA HABANA ELEGANTE, y como era natural, a mi lado siempre, en las columnas de este mismo añejo periódico del que ha sido el alma, comenzó a darse a conocer como poeta genial desde el primer día, primero; como prosista correcto, atildado, atrayente, elegantísimo y depurado, luego; y en LA HABANA ELEGANTE, con excepciones contadísimas, han visto la luz todas las rimas de su lira de oro y sombras, y todos los párrafos admirables de sus cuentos, esbozos, narraciones y bustos.

Cierta ocasión (perdónenseme las fechas) llegó a casa regocijado en extremo, luciendo un nuevo traje, hecho todo un *dandy* — un Barbey d'Aureville, como él decía — y me refiero a aquella época en que, arrastrado por mí, estrechó algunas amistades, visitó diversos salones, y con el frac al hombro y el lápiz pronto, escribió los célebres artículos *La Sociedad de la Habana* (1), en los que satirizó al General Marín y habló tal vez con irreverencia del señor Obispo (lo que le valió su cesantía, porque entonces era empleado — ¡amanuense! — de Hacienda; y lo que fue la base o partida de la excomuniación lanzada contra este periódico) aquella ocasión, decía, llegó a casa, me invitó a almorzar en *El Louvre*, y en mitad del almuerzo me mostró una gran cantidad de dinero. «He vendido el solar... ya sabes, y no me regañes — me dijo; — tal día me embarco en el vapor francés, y ni sé a qué voy, ni cuando he de volver, ni si he de quedarme en Europa... ¡Quién sabe! Si mis lejanos Parientes del Carde-

JULIÁN DEL CASAL: IN MEMORIAM es una extraordinaria recopilación de materiales de y sobre Casal que abarca tanto su trayectoria vital como la historia y evolución de su recepción crítica. Por fin, gracias a la investigación acuciosa de Francisco Morán, Casal puede hoy ser apreciado como un modernizador literario y cultural a plenitud, y como una activa figura fundadora de la literatura latinoamericana moderna. La larga proyección de Julián del Casal queda atestiguada en este volumen como el legado de un autor cubano que no solo escribió sobre la modernización de su época sino sobre las modernidades alternativas que él mismo anticipó en su vida y en su obra.

Aníbal González (Yale University)

La Habana Elegante. Segunda época. XV Aniversario (1998-2012). Julián del Casal (In memoriam) conjuga el rigor académico con la originalidad creativa: la que el lector tiene en sus manos es una hermosa y cuidada edición que recoge no sólo materiales inéditos a la fecha a la par de un buen número de materiales conocidos pero dispersos y los pone a disposición de los especialistas tanto de Julián del Casal como del modernismo hispanoamericano. Este volumen monográfico de *La Habana Elegante* cumple con dos propósitos: uno de ellos seguir ampliando el archivo del modernismo cubano; y dos, ofrecer un meticuloso recorrido por la recepción crítica de Casal desde 1883 hasta hoy. En tal sentido el trabajo aquí realizado por Francisco Morán recoge un exhaustivo mapa del modo como circulaba la cultura finisecular, porque recupera la riqueza visual de las revistas, las portadas de las mismas, reproduciendo los anuncios publicitarios, las fotos de los escritores, caricaturas y toda la memorabilia de la época. Así pues no sólo el curioso lector, pero por sobre todo el investigador podrá percatarse de la intrincada correspondencia y redes de interacción intercontinental y trasatlántica que sostenían escritores de aquel entonces, sino también apreciar que las letras circulaban sumergidas en otras prácticas visuales de la cultura impresa, y que ambas, letras e imágenes, configuraron una nueva especificidad de la cultura moderna, donde precisamente la letra no estaba desligada de la imagen, sino funcionaban interconectadas. Esto obliga por otra parte a re-

plantearse si los estudiosos del modernismo no deberían empezar a atender también que a la vez de consumir novelas, poemas y crónicas, se consumían productos de tocador, y que visitar las revistas “literarias” era también hacer un recorrido escópico por la cultura material. Con este tercer libro sobre Julián del Casal, Morán continúa enriqueciendo los estudios sobre la literatura cubana del modernismo.

Beatriz González-Stephan, Rice University

Con esta nueva entrega Francisco Morán nos proporciona la guía más completa y autorizada para entender la figura de Julián del Casal, el principal animador del modernismo en Cuba. Los textos críticos reunidos en este volumen ayudan a tener a Casal en los diferentes contextos donde se ha leído su obra y abren nuevas interrogantes para los estudiosos del Modernismo.

Jorge Camacho, University of South Carolina-Columbia

La reedición del volumen **JULIÁN DEL CASAL. IN MEMORIAM** (1993) de Francisco Morán, publicado hace veinte años en La Habana, con motivo del centenario de la muerte del gran poeta y cronista del siglo XIX, confirma la validez del gesto por el cual una generación irrumpe en el campo intelectual haciendo de un antepasado un contemporáneo. Ninguna otra intervención intelectual de los 90 planteó de manera tan genuina los avatares de la tradición literaria en Cuba. Aquellos jóvenes lectores de Casal (Abilio Estévez, Víctor Fowler, Rolando Sánchez Mejías, Antonio José Ponte, Sigfredo Ariel, Pedro Marqués de Armas, Norge Espinosa...) veneraban al autor de *Hojas al viento* y *Nieve*. Pero lo veneraban con la suficiente memoria crítica como para saberse herederos de un viejo sueño de vindicación, que arrancaba con José Manuel Poveda a principios del siglo XX y desembocaba plenamente en Virgilio Piñera, quien consideró a Julián del Casal como el único de los escritores del XIX cubano con un «plan poético».

Rafael Rojas

**Stock
CERO**

